



WALDO
PQ4683

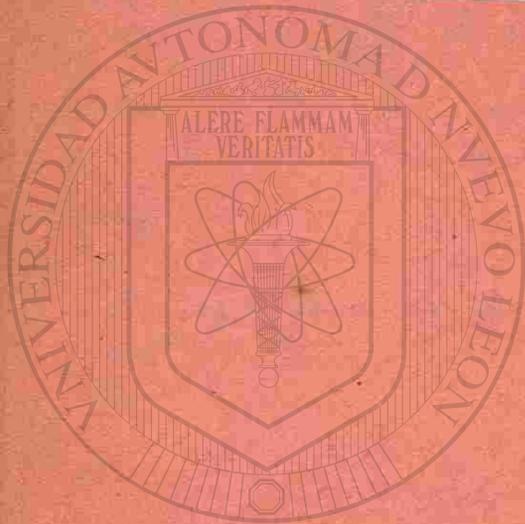
.A3

A48

v. 3



1020027097

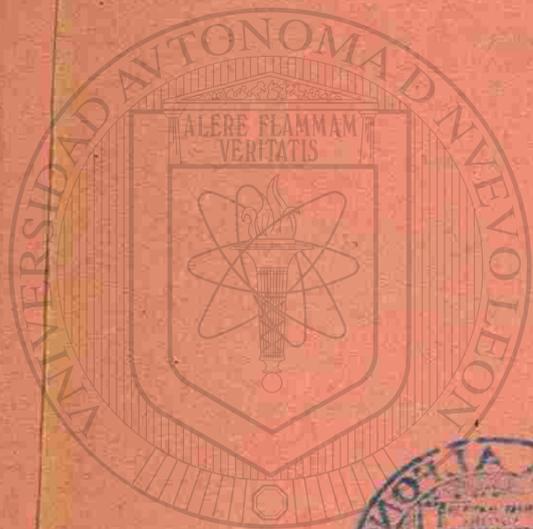


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
RICARDO COVARRUBIAS

LOS AMIGOS

U A N L

Núm. Clas. 177.604
Núm. Autor A516a
Núm. Adq. 31041
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificac
Catalogo 29

OBRAS DE D. H. GINER DE LOS RIOS
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

- El Colegio de Bolonia*, (en colab.), obra ilustrada, ptas. 6,50
Filosofía y Arte, con un prólogo de D. N. Salmeron, 3,50
Elementos de Filosofía moral, para la 2.ª enseñanza.—(Agotada)
Biología y Ética, (2.ª ed.), para la 2.ª enseñanza, 3.
Programa de Filosofía moral.—(Agotada).
Programa de Psicología, Lógica y Ética, 1.
Programa de Biología y Antropología, 1.
Proyecto para el ingreso en el Profesorado libre, etc.—(Agot.).
Teoría del Arte e Historia de las Bellas Artes en la antigüedad,
con un Programa de Arte y su historia, 1,50.
La Enseñanza obligatoria, trad. de Tiberghien (2.ª ed.), 2,50.
Moral elemental para las escuelas, id. de id., 2,50.
Krause y Spencer, id. de id., con una biografía del autor, 2.
Mendelssohn, id., con una *Historia abreviada de la música*, 1.
París en América, por Laboulaye. id. (2.ª ed., Gaspar), 1,25
Discordia entre la Iglesia y la Italia, trad. del italiano, 2,50.
Pío IX y su sucesor, por Bonghi, trad. del italiano, 3.
Leon XIII y la Italia, por el mismo. id. id., 2.
Poesías de Rios Rosas, publicadas por H. G.—(Agotada).
Fragmentos, retrazos y traducciones, por H. G.—(Agotada).
Amicis.—1870 y 1871, *Recuerdos*; un vol., ptas. 3.
Amicis.—*Constantinopla*; 2 tomos, 5.
Amicis.—*Holanda* (en colaboración), un vol., 4.
Amicis.—*La vida militar, Bocetos*; un vol., 3.
Amicis.—*La vida militar, Nuevos bocetos*; un vol., 3.
Amicis.—*Novelas*; un vol., 3.
Amicis.—*Páginas sueltas*; un vol., 3.
Amicis.—*Retratos literarios*; un vol., 3.
Amicis.—*España*; un vol. 3,50.
Amicis.—*Italia*; 2 tomos 6.
Amicis.—*Los Amigos*. 3 vol. 9.
Rios Rosas, *Poesías* (2.ª ed.)—Un vol.

- Milton*, drama en un acto, original y en verso, 1.
Historia de un crimen, drama en tres actos y en prosa, 2.
A tiempo, comedia en un acto y en verso (en colab.), 1.
El último sacrificio, drama en un acto y en verso (id.), 1.
Los parientes del difunto, sainete lírico y en verso (id.), 1.
En busca de proteccion, juguete original en verso (id.), 1.
Fiera domada, diálogo en un acto y en verso (id.), 1.

EN PREENSA

Amicis.—*Poesías*.

EN PREPARACION

- Estudios*.—*Fiamóres*.—*Crítica*.
Lógica, para la 2.ª enseñanza.
Obras completas de Rios Rosas.

OBRAS DE AMICIS

LOS AMIGOS

TRADUCCION DEL ITALIANO

DE

H. GINER DE LOS RIOS

TOMO 3.º



MADRID

IMPRENTA DE A. J. ALARIA

15, Estrella.—Cueva 12

98006

31041

853
A



PQ 4683

A3
A48
V.3

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



LAS CARTAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

12.—OB. DE AMICIS

018

00000

LAS CARTAS



Los primeros documentos epistolares de la amistad, son las cartas que se escriben durante las vacaciones de los compañeros de colegio.

Se escriben por vanidad, como se fuman los primeros cigarros; la idea de dar que hacer, con nuestra pluma, á los empleados de correos, y hacer que den la vuelta por el mundo nuestros pensamientos, nos proporciona una satisfaccion semejante á la que se experimenta más tarde al ver impreso nuestro nombre por vez primera, y el recibir una carta nos enorgullece tanto, que á veces nos escribimos á nosotros mismos con el solo objeto de tener el honor de recibir la carta, que hemos echado al correo á escondidas por nuestra propia mano.

Son cartas por lo general calcadas en el estilo

de la última novela que leímos, las cuales aluden con palabras vagas á los amores de las fuertes pasiones que nos dominaron, á trasformaciones dramáticas de carácter, que se van cumpliendo en nosotros, á causa de misteriosos sucesos, que la prudencia nos aconseja callar.—Tornaré de nuevo á mi comenzado relato...—es una frase muy repetida.

Las descripciones son muy frecuentes:

"—El cielo estaba estrellado; reinaba un silencio profundo; parecía que la naturaleza..."

Después aparece en el paisaje una prima; ojean á la ligera poesías escogidas; abundan las citas pedantescas traídas violentamente de las últimas lecturas; se ponen largas filas de puntos suspensivos, los cuales se quiere que signifiquen grandes cosas que no sucedieron.

Las cartas sentimentales suelen comenzar con esta frase:

"—Soy el último de los mortales."

Todo está escrito con grandes pretensiones de escolar, que cree manejar la lengua del maestro y escribe sus desatinos con serena petulancia. Frecuentemente se observa en ellos un sentimiento de profundo hastío de la vida. A veces hay figuras indecorosas en los márgenes. Y se garabatea una firma elegante por conclusion.

Después vienen las cartas de la primera juventud una especie de poema heroico-cómico en prosa, deslabazado y raro, como la autobiografía de un maniático: cartas brillantes de hombre de mundo escritas para hacer centellear el ingenio vanidoso en los días de esfervescencia cerebral; cartas desesperadas, que claman auxilio y compasión, escritas bajo la impresión de sucesos que nos parecían terribles y que olvidamos á los quince días; cartas de muchachos, llenas de revelaciones indiscretas de amores profanados; cartas furiosas llenas de palabras crueles y de amenazas, escritas hoy y contradichas mañana con el corazón atormentado por el remordimiento; cartas alocadas escritas con la imaginación exaltada en el silencio de la noche, y recordadas después de muchos años, con un sentimiento de vergüenza y de cólera; cartas nobilísimas exaladas por el primer ímpetu del corazón, para hacer justicia á un amigo lejano, desconocido durante mucho tiempo; cartas hinchadas de orgullo insensato, escritas en momentos en que nos animaba un presentimiento de grandeza y de gloria que se desvaneció á la semana siguiente; cartas rebosando afecto, escritas sin motivo en un pronto, por un capricho de la imaginación, á amigos indiferentes que odiamos luego al cabo de un mes, ofendidos por su silencio;

cartapacios profundos y difíciles, disertaciones filosóficas sobre la vida, con un tinte de negra melancolía, escritas bajo la impresión de ligeros desengaños, á los cuales dimos la importancia de grandes injusticias del destierro; cartas locas de alegría, verdaderos estallidos de gozo y de triunfo con los cuales anunciamos nuestras primeras venturas, rasgando el papel con la pluma, en la exaltación de la escritura; cartas burlonas, escritas en un acceso de extraordinaria jovialidad, con un lenguaje extravagante y desenfrenado; resmas de papel en las cuales á tesoros de bondad y de nobleza, se mezcla un cúmulo tal de puerilidades, de tonterías de embustes, de contradicciones, de despropósitos, que ninguno de nosotros conservaría intacta la reputación de criatura racional, si la mitad de lo que hemos escrito de jóvenes se publicara en un libro.

*
*
*

Andando los años, se escribe ya á los amigos más sobriamente. Hemos tenido tantos contratiempos y tantos disgustos en el curso de nuestra vida, que somos parcós para escribir, haciéndolo ya á pequeñas dosis y previa destilación.

El lenguaje apasionado de las cartas de la juventud, se va apagando frase por frase, como una gran iluminación de la que se apagaron uno por uno sus distintos focos.

Las frases epistolares, con las que nuestro corazón solía entonar un aria, se hacen frías y secas, como saludos cambiados por la calle en el rigor del invierno: toda la carta se contrae y se enfría, reduciéndose poco á poco á un artificio de fórmulas huecas y vacías, que le quitan todo valor de "documento humano."

Cuando tenemos que hacer una confidencia, tenemos un momento la pluma en el aire, y las más de

UNIVERSIDAD DE MONTENEGRO
BIBLIOTECA D'ALFONSO
"ALFONSO" (1878)
Año. 1925 MONTENEGRO

las veces, despues de haberlo pensado un rato, no ponemos en la carta más que la mitad.

Despues de escrita una carta expansiva, la dejamos reposar medio dia; y á menudo, despues de haberla vuelto á leer, la tiramos al cesto para escribir otra más diplomática.

Adquirimos gradualmente el aire de halagar el amor propio de los demás con una discreta cortesía sin calor, tras de la cual, nuestro amor propio está á la defensiva, como detrás de un escudo.

A veces el arrepentimiento, el temor de haber ido más allá de lo que queríamos, sobreviene un momento despues de haber echado la carta en el buzón del correo, y nos detiene algunos momentos en medio de la calle pensativos; y entonces, otro sentimiento nos asalta: la vergüenza de haber llegado á ser desconfiados y recelosos en cierto modo. Pero de esta enfermedad ya no nos curamos.

Los amigos á quienes escribimos con franqueza, no son ya más que los muy íntimos, y para muchos, no hay más que uno en este caso.

*
*
*

Nuestra correspondencia con ellos es de tarde en tarde. Por meses, por años, como si se hubiese muerto el uno para el otro; despues un saludo, un accidente cualquiera, reanuda de pronto una frecuente correspondencia.

Durante algunas semanas se cruzan cartas llenas de confidencias y de bromas, á las cuales sigue un larguísimo silencio.

A veces, la correspondencia se prolonga alimentada por la ira. Una mala partida provoca una respuesta seca, las plumas se aguzan, las cartas se encrespan, la amistad está á punto de romperse, ambos intentan, *ipso facto*, ir á pedir una satisfacción cara á cara; despues uno de los dos retrocede, el otro se aquieta, las cartas siguen otro poco la polémica, y finalmente vuelve la calma.

Otras veces, pasan meses y meses picados y en silencio, durante los cuales cada uno, en su interior, vitupera al otro, con el firme propósito de

concluir para siempre: propósito al que se falta despues, de pronto, en un día de buen humor, con una carta cordial que todo lo arregla.

Vienen períodos de correspondencia forzada, en los cuales las cartas, escritas por un deber de cortesía, les cuesta un trabajo inmenso, y se pasan las horas, buscando frases amables, que para no verse obligados á mentir, tardan en encontrar.

Vienen luego correspondencias de amargas quejas en días tristes para ambos: duos epistolares melancólicos, en los cuales cada uno desahoga sus propios dolores, exagerándolos algo, dando á las cartas cierta entonacion monótona de elegía, que da á la amistad cierto matiz de ternura; y entonces nos proponemos no dejar nunca trascurrir un mes sin exparcir el ánimo de uno en el del otro.

Y despues, al cabo de largos períodos de silencio, comenzamos cien veces una carta que interrumpimos bostezando, como si escribiésemos al mismo hastío en persona.

*
*
*

¡Pero cómo se meten en las cartas los sentimientos íntimos del amigo, por grandes que sean los esfuerzos que hagan por ocultarlos! Si tiene alguna queja con nosotros, puede ocultarla cortesmente cuanto quiera; su rencor se transparentará á través de la rigidez de su disimulo, de lo estudiado de su estilo, de la estructura forzada de ciertos períodos, en medio de los cuales se adivina que debia encajar otro, que se tuvo en la pluma, despues de un rato de reflexión.

Ciertas frases que no dicen nada, son evidentemente un *quid medium*, que él busca acá y allá, para no escribir una impertinencia reñida con lo prudente, sin una delicadeza que su conciencia rechazaba.

Al hacer alto en la escritura, se comprende que en aquel momento, el amigo meditaba la estocada oblicua, que viene, en efecto, cuatro líneas más abajo; un cumplimiento en dos puntas. Otras ve-

ces, en un par de corteses líneas, parece que se ven las dos filas de dientes del autor, entre los cuales, os guardaríais bien de meter un dedo.

Así, alguna vez, entre dos buenos amigos, cambiamos una larga serie de cartas atentas, que cada uno de los dos lee con una sonrisa maligna en los labios, diciendo á cada galantería:

—¡Qué farsante!—verdaderas cartas punzantes, que pinchan por todas partes sin herir en ninguna; ó pedazos de prosa hipócrita que muerden solamente en el fondo, como serpientes suspendidas por la cola, y con mordeduras malditas, porque por pronto que sueltan, se quedan al ménos vengados veinticuatro horas con haber clavado los dientes.

*
* *

Y, sin embargo, son las cartas de los amigos las que mantienen viva nuestra fé en un cierto ideal consolador de amistad.

Escritas por lo regular en un momento de disposición benévola de ánimo, encubren muchos defectillos del alma; el amigo no está allí para desmentir con la expresión de su cara las palabras faltas de sinceridad, su carácter se embellece en nuestra imaginación visto al través de aquellas hojas que nos traen casi siempre su pensamiento y su sentimiento estudiado y corregido.

Por esto, los ausentes forman como un grupo aparte en la gerarquía de nuestros amigos; en la cual nos amparamos mentalmente y nos consolamos cuando estamos cansados y descontentos de los amigos próximos; como el artista, desilusionado de los trabajos que tiene entre manos, se consuela con el pensamiento de los que no tiene en la mente sino un vago bosquejo.

Es bueno por esto, entretener siempre, aunque sea con un poco de esfuerzo, alguna amistad lejana, alguna correspondencia sin sombras y sin decaimiento, con alguno de aquellos vagos fantasmas de amigos sin defectos, que nos sostienen si vacilamos, cuando vamos á renegar de la amistad, considerándola como una vaga palabra.

Y cuando ocurre desengañarnos también de ellos siempre obtenemos esta ventaja: que volvemos á los presentes, con el ánimo dispuesto á más indulgencia porque nos persuadimos de que no son peores que los otros.

* * *

Y por otra parte, ¡cuántos placeres en medio de muchos disgustos y de algun dolor nos proporcionan las cartas!

En el acto de rasgar con el dedo el sobre en donde reconocemos una letra conocida, se experimenta siempre una pequeña emoción de curiosidad y de espectación impaciente y agradable que nos hace sonreír, como si de aquella carta hubiera de salir la voz misma del amigo, ó una pequeña imagen suya viva y parlante.

Qué bienes nos producen aquellas cartas llenas de tranquilidad y de afecto, escritas por un hombre sincero, que recibimos sin esperarlas en la tarde de uno de aquellos días desgraciados en los cuales todo nos ha salido mal y hemos vuelto á casa con mil pequeñas heridas en el corazón, hastiados, disgustados de todas las personas y de todas las cosas.

¡Cómo se celebran, con qué loca alegría, se leen y se releen en medio de la calle, no importándonos los

empujones de la multitud y sin temor á las ruedas de los carruajes, aquellas pocas líneas, aunque sean del último de nuestros amigos, que vienen á nuestro encuentro en un país extranjero entre los muros de una ciudad desconocida, en aquellas horas de la tarde, en que la patria nos parece tan bella y tan lejana!

¡Con qué duda y profundo sentimiento de gratitud y de respeto quitamos el sobre á aquellas cartas en las cuales un amigo cariñoso, del que nos creíamos olvidados, nos manda un saludo desde otra parte de la tierra, un papel dobiado que recorre un arco de veinte mil millas á través de los continentes y de los mares, para venir á decirnos una palabra afectuosa!

¡Y cuántos nuevos aspectos de los amigos nos descubren las cartas, cuántos diversos estilos epistolares nos revelan, qué gran campo de observaciones psicológicas nos abren!

*
* *

Uno de los tipos más amenos es el *diletanti* que escribe por el gusto de escribir, cartas de ocho carillas, en papel comercial y de caracteres pequeñísimos que echan á perder la vista y el estómago; exposiciones minuciosas y detenidas de todo lo que hace y de todo lo que piensa, con algun razonamiento tranquilo y sensato sobre política, con el resumen de los libros que lee y las comedias á que asiste.

Es una prosa densa y dulzona que corre poco á poco, horas y horas, como jarabe que cae de una botella de cuello delgado.

Escribe por el gusto de hacerlo, como estaría silbando ó cantando en la ventana; se ha acostumbrado á aquella gimnasia agradable de la inteligencia y de la mano, y no puede prescindir de ella.

Es por lo general, soltero, casero, económico y suele escribir las cartas con borrador.

No hace gran diferencia entre amigo y amigo, no lleva á mal que no se le responda y no sospecha

nunca, ni aun de los más lejanos, que no se leen sus cartas, tanto es el gusto que experimenta al escribirlas.

Terminada una carta larga bien redactada y es-tensa á la que nada hay que pedirle, siente satisfecha su conciencia, como despues de haber hecho una buena accion.

No pretende escribir bien, y no se preocupa por esto; se jacta de una sola cosa: de no áburrir.

Poner sus cartas unas sobre otras, despues de haber leído su principio y su fin, y cuando el monton tenga cierta altura, contestar cuatro lineas á todas ellas y estas bastarán para hacerle trabajar diligentemente otros tres meses.

Este, hacia los sesenta años, suele escribir sus Memorias, que lee despues él solo con gusto.

*
* *

Otro gran tipo, es el que escribe por la mania de hacer escribir, por coleccionar cartas, como otro^s coleccionan diplomas, para hacerse creer que tiene muchas relaciones y muchos negocios.

Envía cartas á todas partes, cartas que obligan á contestarlas á viva fuerza, llenas de preguntas apremiantes y de peticiones, reforzadas, cuando es preciso, con notas marginales.

Escribe preferentemente al amigo que le gusta hablar de él, en las ocasiones en que nadie se acuerda de su persona, simulando la necesidad urgente de una investigación relativa á una persona ó á un asunto cualquiera; pero busca tambien las cartas de los indiferentes, por tener mayor número; tiene llena de ellas la cartera; las saca de todos sus bolsillos con fingida distraccion; revuelve lo que tiene en la mano para buscar una que ha visto desde el principio; lee á sus amigos párrafos de ellas, haciendo resaltar las confidencias que le honran, los chistes agu-

dos y las frases elocuentes es muy feliz cuando de un amigo político recibe un ciento de noticias para hacerlas circular, ó de un amigo literato, el título de una obra inédita para vociferarla por todas partes.

Acostumbra tener un catálogo de las cartas que recibe, y los días en que no recibe ninguna, está pesaroso, se cree abandonado de Dios y de los hombres; vosotros y otros muchos, recibireis al día siguiente una carta suya, en la cual os pedirá ansiosamente un consejo respecto á algun asunto grave, el cual maldito si le importa.

*
* *

Otro tipo os escribe puntualmente, una vez al año hácia fin de Diciembre, respondiendo punto por punto á la carta que le escribisteis un año antes, y que tiene abierta á la vista.

Este es casi siempre padre de familia y hombre metódico; trata la correspondencia con los amigos como una correspondencia burocrática.

Escribe por riguroso orden, primero las noticias suyas, despues las de la mujer, despues las de los hijos, por orden de edad.

El mayor ha concluido sus exámenes de fin de curso con tales notas; el segundo ha entrado recientemente en el colegio militar, desde donde ha escrito su primera carta que el padre resume; la niña ha estado un poco mala, y ha curado gracias á una medicina, de que dá cuenta con todos sus pormenores; él, vuestro buen amigo, ha tenido tambien este año su acostumbrada dolencia, pero no en Abril, sino en Agosto.

Siguen algunas consideraciones generales sobre los principales acontecimientos del año; después las acostumbradas memorias con las mismas palabras de siempre, nombrando á todas las personas de vuestros parientes y vuestros amigos, con el mismo orden.

Le respondéis, y está ya todo dicho para doce meses.

Alguna vez, sin embargo, en el curso del año, os manda, bajo faja, un periódico de su pueblo, en el cual señala con lápiz encarnado, un párrafo de la crónica, que cita su nombre entre otros muchos, á propósito de una junta de beneficencia; y si le mandáis un periódico vosotros, os contesta con una tarjeta, reservándose sus impresiones hasta Navidad.

*
**

Existe otro raro personaje que odia las cartas, sordo á los ruegos más insistentes y á las más resueltas intimaciones se sobrepone á sospechas injuriosas, tolera impertinencias, pierde amistades, padece daños, se resigna á todo antes que á escribir.

La carta en sí misma, aquella forma particular de composición que le han enseñado en la escuela, con aquel giro obligado de frases, al principio y al fin, le inspira una resistencia invencible, como si fuera una cosa contra naturaleza.

Si alguna rara vez se ve irremisiblemente obligado á escribiros, os envía cuatro renglones mal escritos é ininteligibles, en estilo telegráfico por los cuales comprendéis que no ha acabado de leer vuestra carta, y que al escribir ha sufrido las penas del purgatorio, echándoos mil maldiciones.

Le escribís que estais en peligro de muerte: es capaz de mandaros una tarjeta, como si quisiera decir:—Está bien.

Pensará á menudo en vosotros, hablará muy bien de vuestros actos, os hará saludar de los amigos, os mandará un periódico todos los meses, os dará las gracias por un regalo con un telegrama, hará un viaje á propósito para volveros á ver, pero morirá probablemente sin dejaros un autógrafo de quince palabras.

Después de haberle escrito cartas en las cuales lo tratáis mal, podéis, al volverle á ver ir tranquilamente á su encuentro: os recibirá con su acostumbrada cortesía; todos los improperios que le habeis dirigido en vuestras cartas, no le escocerán, todo le parece soportable ménos el suplicio epistolar.

*
* *

El más curioso de todos, sin embargo, es el amigo que no escribe un renglon para salvaros de un conflicto, que no responde á vuestras cartas, que no os da cuenta de ninguna desgracia en cinco ó seis años, y que después, de repente os escribe cuatro páginas llenas de afecto y de suavidad, que terminan con la petición de un favor, ó con el aviso festivo de su próxima llegada, en el cual está sobreentendida la esperanza de una espléndida acogida.

"Llegaré el viernes á las ocho y quince," y os dan ganas de responderle: "Saldré á las ocho y catorce."

Pero hay en esto una cómica ingenuidad en aquel engaño de egoísta, que concluye por divertirnos en vez de tomarlo á mal.

La carta es por lo general una obra maestra de mentira trasparente.—Verdaderamente, él os está en deuda de algunas cartas; pero mil con-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" "DE PES"
1925 MONTE...

trariedades..... El irlo dejando de hoy para mañana..... No se ha pasado, sin embargo, un día sin que su corazón..... Vuestra bondad es tal, por otra parte..... que no se pueden hacer equilibrios, se sobreentiende.

Y llega con su hermosa cara de pascuas, toda alegría y ternura, se regocija tres días en vuestra nobleza hospitalaria, se va con los ojos humedecidos..... y si te ví no me acuerdo.

Durante otros diez años, podeis escribirle, volverle á escribir, y romper: no vereis una letra suya.



Una cosa más digna de estudio, son las alteraciones aparentes que experimentan ciertas personas expresándose por cartas.

Nada hay más falso que esta frase; el estilo es el hombre, por lo que respecta á la mayor parte de las cartas de los amigos.

Se incurriría en grandes errores si se juzgase á todos por lo que escriben, y como lo escriben.

El esfuerzo de la composición, la impropiedad de las frases, las incertidumbres, las lagunas producidas por la dificultad de expresarse, desfiguran tanto, en algunos, sus sentimientos, sus pensamientos, y las intenciones, que poco ó nada de lo que tienen en el corazón, llega hasta nosotros.

La carta es como un cedazo, pasando por el cual, muchos parece que pierden ciertas cualidades morales, otros parece que las afinan, alguno, que las adquiere de nuevo, y muchos no salen sino contrahechos é irreconocibles.

Ciertos caracteres, como la luz á través del prisma, se descomponen á través de las cartas y revelan cualidades que permanecían ocultas enteramente en la práctica de la vida ordinaria: algunos se os reflejan íntegros, pero como imágenes en un espejo cóncavo, abultados; se desvían ligeramente como líneas oblicuas á través del agua.

Ningun conocimiento que se tenga de un amigo se puede estimar completo hasta que se le haya sometido á la prueba de una carta.

Hay, por ejemplo, personas ordinarias, vulgares en sus maneras y aparentemente también de alma, las cuales en sus conversaciones no se elevan nunca un palmo de la tierra, y que parecen incapaces de un sentimiento noble. Pues bien; la primera carta que os escriben os produce una gran admiración, os parece escrita por otro. Comenzando por la letra, fina y elegante, sus cartas son totalmente diversas de sus apariencias: os encontráis los sentimientos más delicados expresados con las más delicadas palabras, un afecto ardiente, un perfume de poesía, una gracia en la forma que os revelan un corazón, una inteligencia y una cultura, que estábais muy lejos de sospechar.

Son así. Son personas que se avergüenzan de expresar ciertos sentimientos de palabra, en presencia del amigo, porque les parece que la expresión de ciertos sentimientos no está en consonancia con sus caracteres físicos; una especie de pudor salvaje los

tiene encerrados dentro de sí mismos. No se revelan más que en las cartas; no dan forma exterior á su afecto, sino para arrojarlo por el buzón del correo.

Después que han roto así el hielo con la pluma, creéis al volverlos á ver que los habeis de encontrar cambiados de maneras, y están más vulgares que al principio, para haceros entender que no quieren que abuseis de las expansiones epistolares para violentar su naturaleza. No son aptos más que para el comercio de la amistad escrita. Nada os liga á ellos más íntimamente que la ausencia.

*
* *

Otros presentan una contradicción semejante, pero en sentido opuesto.

Vivos por naturaleza, alegres, grandes habladores, con el corazón abierto, pierden, escribiendo, todas estas cualidades.

La pluma es como un "cuerpo aislador" que tiene la electricidad de su alma, no dejándola comunicarse en lo más mínimo al papel.

Parece que, escribiendo, tienen siempre en la mente aquella famosa frase: "Con tres renglones manuscritos de un hombre se le puede mandar á presidio."

Tienen un concepto tan grande y terrible de las cartas, les turba de tal modo la idea de que un período de sus escritos haya de ser visto por un tercero; el temor de dejar escapar una palabra imprudente, ó un despropósito gramatical, ó una falta de ortografía, ponen en tales angustias su amor propio, escriben con tantos miramientos, con tantos

escrúpulos y con tantas reservas, que sus cartas acaban por no decir absolutamente nada: son pequeños modelos epistolares con algunas raspaduras cuidadosamente disimuladas, fríos, rígidos, intachables en todos sentidos, respecto al número de renglones, con la firma en el sitio correspondiente, viéndose á través de la carta el borrador que ha servido de modelo y no es la expresión ni la manifestación de la naturaleza del hombre que conocéis.

Os encolerizáis, romperíais la carta como si os dijese una impertinencia.

No es solamente en este caso: también cuando estáis afligidos sinceramente de alguna desgracia vuestra, os escribirán una carta de pésame, amenerada y estudiada en igual forma.

Es preciso verlos y oírlos, lo más frecuentemente posible, para que no nos irriteemos.

*
* *

Algunos, por regla general ignorantes é ingenuos, se hacen retóricos al escribir.

En la vida común son gentes vulgares, sencillísimas de maneras y de lenguaje, incapaces de introducir en su conversación una frase poética, ni aun por equivocación; y en las cartas usan una dición tan ampulosa y tan falsa, desenvuelven sus conceptos con tantos circunloquios de palabras difíciles, tanto sentido figurado, que leyendo por primera vez una carta suya, nos quedamos atónitos, inciertos, sin saber si han escrito en serio ó han querido hacer una bufonada.

Son muy capaces de anunciar la muerte de su madre con la inexorable parca, con el ángel de la desgracia ó la mano despiadada del destino. Os dicen con un largo período hinchado que "vuestro recuerdo estará siempre vivo en su corazón."

Os dan "tan más sentidas acciones de gracias."

Desenvuelven con gran trabajo la semejanza del

torrente y de la nave combatida por las olas, para contaros ciertos pequeños disgustos de familia.

Llaman á la casa "el santuario de las paredes domésticas" y á un resfriado "una ligera indisposición."

Lo singular es que no tienen la menor pretension literaria; escriben así, porque creen que así debe escribirse; todo lo peor que conservan de sus peores lecturas, se les ocurre al escribir; y enturbia, ensucia y corrompe en su origen todos sus pensamientos y sus sentimientos todos.

Teneis gusto en responderle de la misma forma, buscando la armonía con su estilo y aun burlándoos benévolutamente; no lo comprenden y se esfuerzan aun en hinchar más la frase.

Y seréis muy torpes si bajo aquel éxtasis retórico no conocéis la sinceridad de su carácter, como se adivina á veces un hermoso cuerpo bien formado bajo los vistosos vestidos de una campesina en día de fiesta.

*
*
*

Otros podrían llamarse "los desvergonzados de las cartas" respetuosos y corteses cara á cara, pierden todo sentimiento de galantería al coger la pluma.

Tienen un particular concepto de la carta, la cual, segun ellos, es el sitio natural de las inconveniencias.

Creen que en las cartas se puede decir todo y todo se puede tolerar, como las conversaciones entre amigos borrachos en una orgía.

Bajo su pluma, el chiste agudo se cambia en burla sangrienta, la alusion punzante se trasforma en grosera injuria.

Los más de estos son naturalezas acres y tímidas á ese tiempo que se desquitan de aquel modo, á distancia de muchas pequeñas humillaciones, que deben sufrir con los amigos presentes, contra los cuales no se atreven á revolverse por miedo de salir peor librados.

Por cualquier cosa os escriben un cartapacio en el cual parece que han perdido el más elemental conocimiento del valor de las palabras.

Es como una necesidad que sienten en la sangre, de dar desahogo á la bilis acumulada en las discusiones verbales, en las cuales se ven obligados á tascar el freno.

Se les oye decir á menudo, con complacencia:— Hoy he escrito un cúmulo de insolencias á Fulano de Tal.

Si respondeis amenazando se callan; si escribís con un digno resentimiento redoblan la dosis.

Después se os presentará con su semblante natural, tendiéndoo la mano, como si no hubiese ocurrido nada; llaman á sus cartas "cartas vivaces" como la gente airada llama "actos de vivacidad" á los palos.

*
* *

Hay personas quisquillosas, pero que tienen esta debilidad solamente escribiendo.

Son seres originales, desconfían de la palabra escrita; de la palabra de otros, se supone.

En las cartas de los amigos no admiten el chiste, á la chanza más inocente arrugan el entrecejo, en cada frase sospechan una segunda intención, ven por todas partes alusiones de una profundidad misteriosa; se deslizan sobre puntos que no dicen nada, como sobre un geroglífico que esconde un enorme significado.

Pertenece á aquella clase de suscritores de periódico que se incomodan y piden explicaciones por carta al director cuando reciben su número con una cruz encarnada sobre la faja, hecha para comodidad del reparto.

A cada momento os piden una aclaración lamentándose.

—Hay una frase en tu carta, que no sé como in-

interpretar... —Me ha parecido notar un cierto resentimiento... —He notado una palabra que haría sospechar...

Si tardais un día en contestar á una carta suya, os vuelven á escribir en seguida:—No sabiendo como interpretar tu silencio...

Si respondeis con tres páginas en vez de cuatro es signo de frialdad; si escribís mal es descuido; si sois secos es soberbia; si sois muy afectuosos es ironía.

Muestran un sentimiento delicadísimo en todos los matices de los epítetos del encabezamiento y del sobre, tienen una fórmula dada para la despedida tradicional en la familia, y antes de contestaros hacen leer vuestra carta á un amigo, observando la expresión de su semblante.

*
* *

En las primeras cartas de otros amigos, hacéis descubrimientos que os admiran: despues de haberlos tratado muchos años sin haberles oido jamás una palabra que os pudiera hacer nacer aquella sospecha, descubris que tiene cierto fondo de vanidad literaria, nacido y crecido secretamente, venciendo la fuerza compresiva de una profecía y de un modo de ser de vida muy lejana de toda relacion con la literatura.

En familia, gozan de la reputacion de buenos estilistas, y sus cartas, sin vosotros saberlo, han sido causa de admiracion en el pequeño círculo de sus parientes. Pero por lo regular no es un descubrimiento agradable.

Su conversacion, era chispeante y acalorada: sus cartas son retocadas, relamidas y perfiladas, llenas de frases escogidas, que tienen el aire de falsos giros, de juegos de palabras colgados aquí y allí como sarcillos, con períodos que parecen pasos de minué.

Os piden perdon, á pesar de esto; han escrito precipitadamente; sabe Dios qué errores han dejado correr. ¡Pobrecillos, Vosotros respondeis:

— "Querido amigo: tu carta es una joya."

Y entonces vienen otras más floridas, más afectadas, más atildadas y escritas con más coquetería. Algunas veces tambien decaen: la carta está sostenida y delicada hasta la mitad; pero la han debido interrumpir, y despues concluye á la ligera; y así en la última página, caracteres, estilo, lengua, ortografía, todo decae y se acaba de cualquier modo, como una mujer elegante que de pronto se despoja de sus galas.

Pueden ser obras maestras, de correccion lingüística, pero son cartas que no sirven para nada y que os hacen el retrato del amigo de piés á cabeza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTEL"
Año. 1985 MONTERREY, MEXICO

*
*
*

Hay amigos á los cuales desagradan las palabras vulgares, incultas y verdes, llenas de vida y francas como nacidas del alma, los cuales tienen inspiracion natural, el don, por decirlo así, de las cartas, como otros tienen aptitudes para referir hechos, ó para la imitacion de gestos y de voces.

En una hora de inspiracion, os escriben cartas interminables de un tiron que parecen improvisaciones oratorias taquigrafiadas y que os obligan á leerlas de una vez como una enorme estrofa en la que esté suspenso el sentido hasta el último verso; cartas que os hacen oír la voz del amigo y ver su cara y los movimientos de su boca y de sus manos, llenos de imperfecciones gramaticales y de ingenuidades, de períodos sin pié ni cabeza, de paréntesis interminables que nunca se acaban, de admiraciones, sembradas al acaso, de frases tres veces subrayadas, de palabras francesas y de palabrotas, de salidas de tono y de repeticiones ridículas, pero impetuosas, persua-

31041

sivas, conmovedoras, y por añadidura garabateadas en zic-zac, con los márgenes llenos, con cuatro post-datas, con una página suelta dentro, con una mancha de tinta en la firma, con las páginas equivocadas y con una quemadura de cigarro en el sobre; cartas frescas y paipitantes que en medio de otras muchas que recibió, llenas de afectación y de doblez, os hacen el efecto de un buen vaso de vino fino de la tierra bebido entre cocimientos y drogas en una penosa convalecencia.

Es también un tipo de corresponsal epistolar el buen comerciante, ó empleado, ó labrador, para el cual, las ocasiones en que debe escribir son las únicas que se le presenten en la vida para ejercitar sus facultades intelectuales más elevadas que están enmudecidas por la falta de uso.

Escribir una carta literaria de invención, como él quizá lo llama, es para él un asunto de mucha importancia.

Aquella noche entra en casa más temprano, recomienda el silencio á los niños y se recoge. Escribiendo experimenta una satisfacción que crece poco á poco; se admira no poco de ciertas ideas que se le ocurren de repente y de ciertas frases que acuden con facilidad; comprende vagamente la naturaleza y las emociones del trabajo artístico; le parece en aquel momento descubrir en sí barruntos de ingenio literario, facultades embrionarias de escritor que, educadas, no habrían acaso dado mal resultado; y sienten com-

placencia y una ligera excitación de su fantasía, en ciertas palabras extraordinarias, en ciertas pequeñas audacias de estilo, improvisadas é ingenuas, inspiradas por Prudhon.

Antes de echar la carta, la lee á su mujer; y despues de haberla echado, tiene curiosidad por saber que direis de ella, y una hora despues, concluida la excitación, no piensa más en ella.

Sus cartas son, por lo general, tranquilas; con un ligero colorido de sentimiento poético, y aquí y allí alguna tentativa de agudeza; tienen un preámbulo demasiado largo con relación al cuerpo de la carta, y es claro que busca la originalidad del contenido.

*
* *

Hay también el amigo bueno por naturaleza y que os quiere bien; pero que, escribiéndoos, os engaña constantemente y se engaña él mismo.

Tiene la imaginación viva, temperamento excitable, pluma fácil; escribiendo una carta, se exalta por grados como componiendo una oda; en los primeros renglones, os expresa una benevolencia tranquila; en la segunda página un afecto vivísimo; en la tercera, evoca mil memorias queridas, vuestra imagen se engrandece y se ilumina, su corazón se hincha, su estilo se inquieta, su amistad llega á ser cariño de hermano, devoción, entusiasmo; en los últimos renglones, os adora y se le caen las lágrimas.

Pero, ¿por qué? ¿con qué motivo? No lo comprendéis; no lo sabe él; se ha puesto á escribir la carta por entretener una hora, por pasar el rato: la imaginación le ha llevado la mano y el sentimiento lo ha levantado por los aires.

Y en aquel momento es sincero; llora á lágrima viva y se os echaría al cuello si estuviérais delante.

Doblais la carta con el corazon conmovido, y le escribís las cuatro carillas que os reclama, llenas de gratitud y de cariño, imaginandoos con placer la alegría que él experimentará al recibirla.

Mas ¡ay! Vuestras cuatro carillas le sorprenden escribiendo á otro la misma carta que antes os escribió á vosotros: la lee al descuido y no os contesta en un año.

*
*
*

¡Qué importancia acaba por darse á las cartas de los amigos, con el tiempo, cuando se ha aprendido, por nosotros mismos y por otros, á adivinar los secretos del corazon humano!

¡Qué miseria de secretos!

Declaraciones de afecto, alabanzas echadas á montones, sin conciencia, para despertar una gratitud, que será útil un día; cartas llenas de ternura, escritas así, no por impulsos del corazon, sino porque empezadas por casualidad en aquel tono, se quisieron llevar hasta el fin sin decaer, y se miente por buscar la armonía; cartas en las que se siente una emoción triste ó agradable, producida en nosotros por otra causa, dándole el colorido de exaltación de cariño por un amigo, el cual nos sirve de comodín para nuestras pasiones; cartas llenas de entusiasmo que parece brotar del fondo del alma y procede de una botella de vino añejo, que extiende su sombra sobre el papel en que se escribe; ofre-

cimientos generosos de servicios y de sacrificios que se hacen de pronto, á la mitad de la segunda página, porque en aquel momento pasa una banda de música bajo vuestras ventanas; frases que hacen dar un vuelco al corazón del que las lee y que fueron interrumpidas á la mitad, por el que las escribió, para encender el cigarro ó para reírse con un amigo; renglones oscilantes, escritos con un temblor voluntario ó de la mano, para figurar una gran agitación del ánimo; manchas de lágrimas, hechas con el dedo mojado en agua; tachaduras hipócritas, hechas para hacer leer las palabras, demostrando no haber tenido el valor de escribirlas allí; ficciones y bribonadas de toda suerte, que hacen nacer mil ilusiones, á las cuales siguen mil desengaños.

*
* *

Algunas veces tenemos pruebas curiosísimas de cuán peligroso es juzgar á las gentes por sus cartas. Después de una correspondencia de años y de años que corrió como agua clara y tranquila, sin un disenso de pareceres y sin una palabra áspera, haciendo nacer una amistad feliz, nos encontramos con el amigo, que no habíamos jamás visto.

¡Qué gran placer! Teníamos un Pflades con el que podíamos vivir en aquella armonía imperturbable que es el ideal de todos.

Corríamos á su encuentro con impaciencia.

¡Pobres de nosotros, qué desengaño!

Después de pocos días, todo ha concluido. El amigo tiene otra cara, otra voz, otra sonrisa, otra manera de hablar, de mirar, de tratar, de vivir, de la que habíamos imaginado.

Pasados los primeros días, en los que no hacíamos más que prolongar á voces el dúo epistolar que nos suena todavía en los oídos, las dificultades y las

imperfecciones del carácter salen fuera unas detrás de otras, rápidamente; experimentamos por primera vez su mal humor; vemos brillar relámpagos de malicia en sus ojos; oímos en su voz movimientos hostiles del alma, nos sorprendemos en sus primeras contradicciones, y todo aquello que perdonamos fácilmente á otros amigos, nos parece enorme é insoponible en él porque ha caído desde lo alto de una bella ilusión. ¡Ah, impostor! Es otro hombre, pues; hemos sido burlados y engañados. Y naturalmente, viéndonos cambiar aire y maneras, él piensa de nosotros lo mismo.

En poco tiempo llegamos á estar recelosos el uno del otro como dos personas que hubieran cometido juntas alguna acción reprehensible, y si nos separamos otra vez, la correspondencia epistolar no se reanuda más; hemos corrido á su encuentro con demasiado ímpetu y al chocar, hemos roto en pedazos la amistad.

*
* * *

Pero nada apaga tanto el ardor epistolar como volver á leer algunas antiguas cartas.

Escarbando entre las cartas de años anteriores, encontramos, alguna vez, la correspondencia que tuvo con nosotros un amigo en un período dado de tiempo; un haz de cartas llenas de protestas de cariño, de confidencias, de entusiasmo, las cuales nos recuerdan las nuestras no ménos apasionadas que se nos han olvidado despues de tantos años.

¡Pobres afectos humanos!

Es triste ver toda aquella expansion de amistad de que no existen ya huellas.

¿Por qué ha cesado la correspondencia?

¿Quién se acuerda de ello?

Murió poco á poco, por consuncion, y el amigo se ha borrado al mismo tiempo del corazon y de la memoria.

No se consigue ya comprender de dónde nace todo

aquel afecto que sentíamos por él, y nos avergonzamos de haberlo derrochado de aquella manera.

Nos avergonzamos todavía más cuando el amigo, como sucede alguna vez, se ha hecho indiferente ó antipático y con una sonrisa sardónica, pone á nuestra vista, despues de muchos años, las cartas entusiastas que ha recibido de nosotros.

Queriendo ocultar un poco el rubor que asoma al semblante, recorreremos aquellas páginas curiosamente, como haríamos con las memorias de un muerto, y sentimos un escalofrío al pensar que llegará acaso un día, en el cual nos producirán el mismo efecto las cartas que escribimos á nuestros más queridos amigos de hoy.

¡Cómo quedamos humillados de nuestra propia mutabilidad, desconfiados de nuestros propios afectos, y cómo se jura en aquel momento refrenar la pluma para siempre!

*
*
*

Y, sin embargo, á despecho de todos estos propósitos, cuando nos sobreviene una gran desgracia, ó cuando un conjunto de circunstancias favorables nos hace experimentar por un día la ilusión de ser felices, ó cuando nos mueve un vivo impulso de simpatía y de gratitud, derramamos casi siempre el alma en una carta á un amigo, sin límites y sin temores, como hacíamos de jóvenes.

Mientras más nos contenemos ordinariamente, es mayor el ímpetu con que nos dejamos ir en aquellas ocasiones.

Es una necesidad irresistible escribir alguna vez todas aquellas cosas que no se dicen nunca, que se tienen como escondidas en los pliegues de la conversación, ó porque no hay tiempo al hablar, de encontrar la frase delicada y propia que las exprese, ó porque la mirada del amigo nos cohibe. Y estas cartas nos dejan casi siempre con una especie de alivio en el alma, como si hubiésemos cum-

plido un deber, como si con aquel acto de franqueza y de confidencial abandono del corazón, hubiésemos purgado nuestra conciencia de lo que hay de mezquino y de innoble en la continua reserva sospechosa con la que solemos escribir ó hablar todos los días?

Alguna de estas cartas las recordamos con placer, como una poesía, como un aria de música, que nos trae á la memoria un dichoso día de nuestra vida, un estado de ánimo, un orden de ideas, por el cual pasamos, y que hubiéramos olvidado quizá, sino lo hubiéramos fijado en la mente con la pluma.

Otras evocamos que nos causan alegría, porque fueron una revelación espontánea de las mejores cualidades de nuestro carácter, á las cuales debemos la estimación y la simpatía de las personas que nos aprecian y nos quieren.

Otras quedan como un alivio de la conciencia, durante toda la vida, porque fueron la confesión y la expiación espontánea de una falta, un acto de justicia y de generosidad que el orgullo nos hubiera impedido cumplir de palabra frente al amigo á quien habíamos ofendido.

¿Qué importa si alguna de estas cartas cae en malas manos?

Haciéndonos insistir una hora más, en un pensamiento delicado, y sentir un poco más viva con el trabajo de expresarla, una emoción noble y generosa, nos lo han compensado bastante.

A muchos de nosotros nos ha sucedido, repasando antiguos papeles de familia, encontrar un paquete de cartas amarillentas y llenas de polvo, atadas cuidadosamente con una cinta, colocadas por orden de fechas.

Las hemos hojeado... eran las cartas que escribió un antiguo amigo, por espacio de treinta años, á nuestro padre, muerto desde hace tiempo.

Se escribían periódicamente, cada tantos meses; se consultaban recíprocamente sobre asuntos de interés, se daban minuciosas noticias de las respectivas familias, se aconsejaban, se consolaban en los momentos difíciles.

Repasando aquellas hojas encontramos pasajes que nos explican ciertos acontecimientos de nuestra familia, de los cuales, cuando muchachos no habíamos comprendido la razón; alusiones á estrecheces y á sacrificios que no habíamos nunca sospechado; dolores que nuestro padre nos ha callado siempre.

Atraídos por aquella lectura, hemos avanzado en ella con curiosidad cada vez más viva, y no sin emoción.

Pasan los años; encontramos palabras de pésame, una señal de respuesta á un anuncio dado por nuestro viejo, de los primeros síntomas del mal que lo condujo al sepulcro.

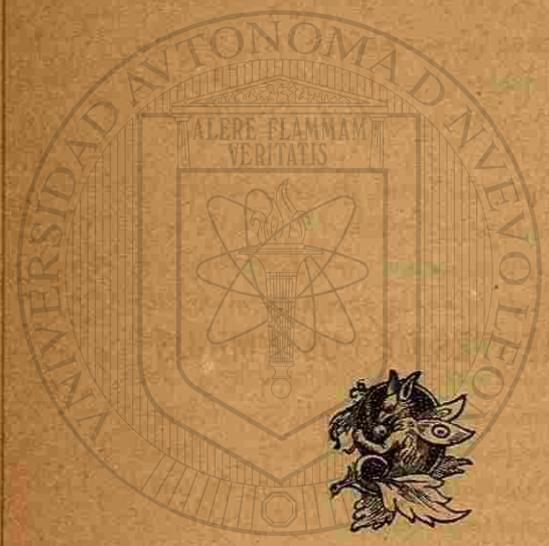
Un año despues es el amigo mismo quien habla de presentimiento de su fin no lejano.

Las cartas se hacen cada vez más tristes y se comprende que contestan á otras semejantes; los caracteres se hacen más inseguros, pero hay siempre el mismo afecto, cada día más expresivo, demostrado con palabras de consuelo y de esperanza, con evocaciones de antiguas memorias, con alusiones á muchos años pasados, á dolores sufridos, á pruebas de amistad dadas y recibidas de ambos.

De repente llegamos á la última hoja que contiene el postrer adios, y la lectura que comenzamos sonriendo, termina con lágrimas.

Y de aquellas cartas recibimos en el alma un perfume de amistad sano y vivificador que nos hace tomar en seguida la pluma para mandar un saludo fraternal á algun buen amigo ausente!





LOS PARIENTES DE LOS AMIGOS

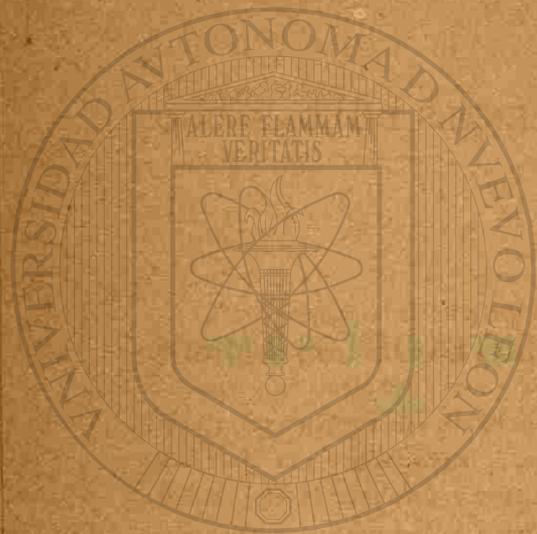
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®



LOS PARIENTES DE LOS AMIGOS



os parientes de los amigos!

Al principio nos parece ver venir hácia nosotros una oleada de gente como aquella que sale por la puerta, repentinamente abierta, de la sala de espera de una estación de camino de hierro: una multitud de viejos señores, con anteojos, mujeres elegantes, jovencillos, viejas canas, muchachas, familias enteras, antiguas parejas matrimoniales, todas caras conocidas: las cuales pasan á nuestro lado, rápidamente, enviándonos un vocerío confuso de saludos, de reproches, de lamentos, de palabras afectuosas, de impertinencias que nos dejan llenos de mil recuerdos gratos y placenteros, llenos de vergüenza y de ternura, inciertos sobre si nos hemos de alegrar ó entristecernos por el encuentro.

¡Cuánta parte y cuán diversa han tenido en nuestras amistades los parientes de los amigos! De cierto número de nuestros amigos quiero decir, porque muchos de ellos pertenecen á aquella curiosa categoría de amigos solitarios, cuya familia y casa y todo lo que hace referencia á su prosapia y á su vida de maridos y de hijos, queda perpétuamente en el misterio.

Y bien pensado, no sabemos si debe decirse de los amigos lo que se dice de las mujeres, que es mejor tomarlas sin parientes, porque los amigos solos nos presentan el problema de la amistad más sencillo y limpio.

¡Es ya tan difícil mantenerse amigo de un hombre; ¿Cuánto más no ha de serlo mantenerse amigo de una cosa?

*
*
*

¡Los parientes de los amigos!

El pensamiento corre súbitamente á nuestros primeros años.

Los primeros parientes de los amigos que nos dieron qué pensar fueron las hermanas.

¡Cómo acariciábamos en la escuela al hermano de aquella divina niña de doce años, que veíamos de escapada cada domingo á la salida de misa, en la que soñábamos cada noche, con suspiros del primer amorcillo.

¡Con qué curiosidad mirábamos sus gestos y sus palabras y aspirábamos el perfume de sus cabellos llenos de pomada y recogíamos como una revelación misteriosa la menor noticia que nos daban de su casa y buscábamos hasta en sus costumbres un efluvio de aquel ángel de su hermana!

¡Y qué extraño sentimiento mezclado de despecho y de curiosidad voluptuosa nos despertaban sus

discursos de muchacho corrompido, á través de los cuales, á pesar nuestro, veíamos pasar su imágen!

Después, hácia los quince años, otras hermanas ocuparon nuestros pensamientos, muchachas hechas ó que se estaban haciendo, que vemos por los resquicios de las puertas cuando íbamos á buscar á los amigos para dar un paseo por el campo, ó que atravesaban la sala corriendo en *negligé* matutina que nos dejó pensativos durante todo el día.

Por ellas nos hacemos con cuidado el nudo de la corbata; por ellas rehusamos las botas nuevas escésivamente gruesas de suela y sentimos temblar el odio bajo nuestra amistad, cuando los hermanos nos ríen en su presencia por cualquier tontería que nos hace parecer pequeños y ridículos á sus ojos.

Mas tarde, otras hermanas han encendido pasioncillas en nuestro corazon y hecho nacer al mismo tiempo por sus hermanos entrañables amistades; y vamos cada tarde á estudiar con ellos en su cuarto de estudiante, donde llega de vez en cuando, desde la sala vecina el sonido de aquella risa argentina; y el premio de nuestro cariño de amigos, es estrechar aquella manita al retirarnos en la sombra de la antesala, no sin un ligero remordimiento algunas veces, por hacer traicion de aquel modo á los "sagrados deberes de la amistad."

En la juventud, las hermanas ponen casi siempre un poco de poesía en nuestra amistad; el amigo del hermano gana pronto su simpatía, porque es el fantasma de un marido y porque muchas son las novelas azules en que el amante apasionado, es el amigo de la infancia, el hermano de la muchacha, al que confía sollozando la inmensidad de su amor.

Considéranos como una especie de primos electivos y paladines de su familia. Muchas veces son nuestros aliados ignorados, los únicos de la familia, que encontrándonos por la calle, cuando hemos roto con todos los demás, nos dirigen todavía una mirada benévola y triste; con lo cual sucede á menudo que despiertan en nuestro ánimo una violenta simpatía, cargada de caricias y besos.

¡Cuántas y cuán extrañamente semejantes ó distintas de nuestros amigos, se presentan á nuestra mente!

Figuras aéreas y graciosas, como vírgenes de Fray Angélico, hermanas de zagalones estúpidos que para mostrarse omnipotentes en casa las tratan con villanía que indigna, dándonos al mismo tiempo el grato pretexto de mirarlas con ojos dulces y piadosos; hermosos colosos de muchacha, de cuya belleza traían copia los hermanos pequeños entre los amigos los cuales eurojecían al encontrarle hasta la raíz de

los cabellos; diablillos de ojos centelleantes en que se adivinaban todas las malicias y todos los vicios del hermano precoz; altas señoritas secas para las cuales éramos demasiado pequeños y que nos humillaban con su desprecio ó con sus burlas; muñecas alegres y familiares, retratos miniados del hermano, con los cuales, desde el primer conocimiento tomábamos franqueza de camaradas, que no nos dejaba pensar en el amor; buenas criaturas juiciosas y trabajadoras como la mamá, encariñadas con toda su alma á sus hermanos calaveras, las cuales nos trataban como antiguas amigas, halagando nuestro amor propio é imponiéndonos seriamente en los negocios de la casa.

De una buena parte hemos seguido y averiguado la historia muchos años despues: historia de amores desgraciados, de juventud solitaria é infeliz, de matrimonios imprevistos, de trasformaciones extrañas de la persona y del alma.

A alguna volvemos á verla de tiempo en tiempo: una madre de ocho hijos, ocupada solamente de exámenes y de programas escolares; otra, en la flor de su segunda belleza, que despierta en nosotros todos los sentimientos que experimentamos ante la primera; otra, todavía muchacha, pálida y melancólica, reducida á vivir con el hermano célibe, despues de la

dispersion de la familia, una vida retirada y fria de ama de casa.

Y en aquel encuentro, en aquellos recuerdos comunes de la primera juventud, de la casa antigua, de nuestras simpatías y amores de muchachos, hay alguna vez bajo la sonrisa, una tristeza dulce y llena de pensamientos, que hace nacer imprevistamente entre nosotros una familiaridad de parientes y una amistad que durará muchos años acompañada de la vibracion ligerísima, inadvertida casi, de un sentimiento de otra naturaleza.

Los hermanos de los amigos tienen en la historia de nuestras amistades una parte mucho menos poética y benigna.

Los primeros de los que nos acordamos son barbudos hermanos mayores que ciertos compañeros de escuela amenazaban hacer intervenir en nuestras guerras intestinas, y que nosotros mirábamos con terror, como colosos de prodigiosa fuerza que hubieran pulverizado la clase entera de un puñetazo.

Más tarde, los hermanos han seguido siempre todos los cambios de nuestros amigos; primeros de la familia á negarnos el saludo, despues de una ruptura y últimos en restituírnoslo, despues de la reconciliación.

Es difícil que sientan mucha simpatía por nosotros; nos sienten maltratar demasiado en su casa; y la sospecha que nosotros tenemos de su prejuicio desfavorable nos da aire de una ligera desconfianza para con ellos, la cual nos hace todavía menos benévolo.

Esto sucede principalmente con los hermanos de los amigos íntimos.

La primera vez que los vemos, en especial en la edad madura, les observamos siempre con gran curiosidad, sirviéndonos del conocimiento que tenemos de nuestros amigos para leer en su alma, y despues del conocimiento que adquirimos de ellos, para profundizar más en el de nuestros amigos; porque, no obstante la gran diferencia aparente de naturaleza, hay casi siempre entre dos hermanos un fondo comun de ideas, sentimientos y gustos de familia que se reconocen á veces, observando sus manifestaciones en uno y otro y poniéndolas juntas. ¡Qué singulares descubrimientos se hacen!

Nos apercibimos de que, de tres ó cuatro hermanos, el que nos ha tocado por amigo es el peor de todos; todos los demás se le parecen en carácter, en las maneras y hasta en la cara; pero son copias embellecidas de él; y entonces nuestro pobre amigo dá, para nosotros, un traspies.

Otras veces sucede todo lo contrario: nuestro amigo es lo mejor de la familia, el único simpático, el único sujeto aceptable que su padre ó su madre han logrado presentarnos, en medio de una serie de deplorables abortos con los cuales no podríamos permanecer una hora.

No es raro tampoco que dos hermanos sean tan semejantes en todo, comprendida la cara y la voz, y casi iguales en edad, que el recién llegado toma pronto en nuestra amistad el mismo lugar que el primero y nos encontramos con una especie de duplicado de amigo, tan idéntico á aquel, que nos es perfectamente igual estar con el uno ó con el otro, y no nos apercibimos casi de que el uno falte, cuando estamos en compañía del primero.

*
**

En cuanto á padres, también, vemos una larguísima fila: blancos, con peluca, encorvados, pálidos, gordos, con chistera blanca, con la pluma en la oreja y entre los más lejanos, casi desvanecidos, aparece todavía la cara furiosa de un viejo seco que viene á pescar á nuestro amigo en el fondo del billar y lo arroja afuera á puntapiés, después de haberle puesto el puño en la cara.

De jóvenes hemos estado en relación con casi todos ellos y suena todavía en nuestros oídos una cantidad de consejos, de sentencias sobre los estudios y sobre la vida, que pronunciaban con voz lenta y gruesa, dando golpecitos con el dedo en la caja de rapé, mientras nosotros y sus hijos nos mirábamos con el rabillo del ojo, impacientes por tomar la escalera.

Y nos ponían buena cara casi siempre; pero con un poco de desconfianza y mirándonos fijamente los ojos con escrutadora mirada; porque comprendían

todos que el amigo del hijo, es un enemigo natural de la autoridad del padre, y un secreto fomentador de rebeliones.

¡Pobres ingenuos! Todas sus preguntas inquisitoriales se destrozaban como pedazos de papel ante la diamantina máscara de nuestra hipocresía juvenil.

Respecto á muchos de ellos sentíamos remordimientos: engaños filiales que ayudamos á llevar á cabo, calaveradas de que fuimos la razon indirecta; sonrisas inícuas que lanzábamos tras de aquellas pobres espaldas paternas, cuando les veíamos marchar á la oficina por la mañana, embozados en su tapabocas gris.

Muchos de ellos han desaparecido del mundo; más de uno hemos visto muerto sobre su lecho con el rostro tranquilo de un trabajador dormido, mientras el hijo apoyaba su frente sobre nuestro hombro, sollozando.

Vemos bajo otro aspecto los padres de nuestros amigos, ahora que en su paternidad que acaba, estudiamos el porvenir de la nuestra que empieza.

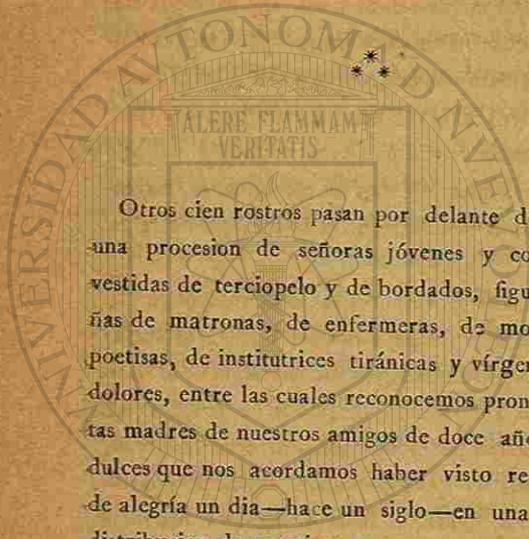
Cada cual de ellos es un comentario vivo de nuestro amigo.

Hay algunos, imágenes fidelísimas del hijo envejecido, en los cuales podemos ver como en un espejo

lo que será nuestro amigo dentro de años, con los actuales defectos aumentados y con otros que adquirirá con los años.

Otros, noblemente graves y amables, de cuya confrontacion sale nuestro amigo piadosamente mejorado; padres más jóvenes y más agudos que los hijos que nos hacen pensar en lo ventajoso de un cambio; viejos locos y vacíos, ante los cuales el hijo digno y culto aumenta admirablemente en nuestra estima, como hombre que lo debe todo á la fuerza de la propia voluntad y á la delicadeza innata de su corazon; pobres viejos obsequiosos, nacidos en condicion humilde, enamoradamente orgullosos del hijo ilustre, é infantilmente admiradores de sus amigos como de satélites espléndidos del sol de su casa; padres tímidos y tristes en cuyo rostro se lee una larga historia de sacrificios mal recompensados y los modales ásperos del hijo nos revelan un alma fría y baja bajo la cortesía ficticia del amigo.

Otros, ya próximos al último paso, sentados en su sillón de gotosos, ante los cuales sentimos remordimientos, por las noches, cuando vamos á buscar al amigo para una fiesta y pensamos con tristeza que también nuestra vejez y nuestras desgracias obligarán á nuestros hijos jóvenes y sanos á dejarnos solos las noches que sus amigos irán á buscarlos.



Otros cien rostros pasan por delante de nosotros una procesion de señoras jóvenes y conservadas, vestidas de terciopelo y de bordados, figuras extrañas de matronas, de enfermeras, de modistas, de poetisas, de institutrices tiránicas y vírgenes de los dolores, entre las cuales reconocemos pronto á ciertas madres de nuestros amigos de doce años; rostros dulces que nos acordamos haber visto resplandecer de alegría un día—hace un siglo—en una fiesta de distribucion de premios; rostros severos de madres sospechosas que nos ponen á la puerta como amigos peligrosos para la inocencia de sus hijos, los cuales nos habían servido de maestros; ciertas otras buenas madres, enfermas de celos escolásticos por cuenta de sus hijos, las cuales nos hablaban con los labios juntos, midiéndonos constantemente el cráneo con los ojos; madres jóvenes y despreocupadas, que pasan junto á nosotros, con un rumor de seda, mientras co-

piábamos la leccion en su casa, y nos saludaban distraidamente, dejando la estancia perfumada.

Y tras estas avanzan otras que hemos conocido más tarde, entrando en el mundo; alguna bella señora en el ocaso, la cual nos inspiró por cierto tiempo un sentimiento confuso, del que nos sonrojábamos frente á nuestro amigo, como una sacrilega traicion; madres afectadas y frías que vimos junto á su hijo noble y triste, inspirándonos un sentimiento de aversion no oculto lo suficiente, para hacérnosla enemiga mortal...

Pero la mayor parte nos deja otros recuerdos.

Algunas fueron amigas nuestras; buenas criaturas afectuosas y sencillas que nos recomendaban al hijo desde la puerta de la casa, cuando le llevábamos con nosotros, que nos pedía informes y pareceres sobre él, cuando no nos oía y nos confiaban angustias y dolores domésticos, llorando como lo hubiera hecho á viejos amigos de la casa.

¡Qué dulces emociones les debemos y cuánto bien nos hicieron!

Los ojos se humedecían al verlas hablar con aquella voz trémula, tan apasionada por los hijos, tan ciegas para sus defectos tan indulgentes para su ingratitude ó ingénuamente ilusas por su conducta, por su carácter y su porvenir; y éramos felices al verlas

hacer elogios que nosotros tributábamos también mintiendo piadosamente y sentíamos nuevo afecto por nuestro amigo, jurábamos tolerar de él cualquier cosa y de permanecerles adictos á toda costa, por amor de aquella buena mujer que dejábamos con los ojos llenos de lágrimas y locos de alegría.

¡Pobres madres! Tienen un concepto tan alto de nuestra amistad, que no conocen todas las miserias y todas las ferocidades de nuestro orgullo.

Y también tenemos remordimientos respecto á ellas!

Más de una ha llorado mucho cuando hemos roto injusta y brutalmente con su hijo y ha sentido flaquearle las rodillas encontrándonos por la calle; á más de una, hemos ido á arrancar el hijo de su casa, á las seis de la mañana, con el pretexto de un paseo por el campo, para conducirlo á batirse y el saludo afectuoso que nos envió desde la puerta diciéndonos: — ¡Divertirse! — penetró en nuestro corazón como una puñalada.

¡Pobres madres! Algunas no nos han perdonado jamás.

Pero nosotros las recordamos con afecto. Y la mayor parte de las veces no podemos ménos que recordarlas.

Una después de otra han acabado de amar y de sufrir.

A veces recibimos una carta enlutada de una ciudad lejana y leemos uno de esos nombres: un nombre que trae á la memoria una cara amorosa, un ángulo de salón, una mesita de labor, ciertas conversaciones familiares y dulces que habíamos olvidado hace años...

Otro amigo ha dado el terrible adiós. Ahora estamos solos. Podemos separarnos, insultarnos, batirnos; ellas no están allí para llorar y temblar.

¡Ah, miserables! Querámonos bien y tratémonos mejor que ántes para que descansen en paz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES
FACULTAD DE CIENCIAS
Año: 1925 MONTERREY, MEXICO

Y hé aquí la última aparición, la más variada y más viva, las mujeres de los amigos, una confusión de cabezas rubias y morenas con plumas y flores, un relampaguear de ojos azules, negros ó grises, amorosos y malignos, sonrientes, soberbios, llenos de lágrimas y locos; y un murmullo continuo en que se oyen todas las voces de la raza alada.

Las primeras nos recuerdan días negros, el golpe que recibíamos en el corazón á cada nueva noticia de matrimonio, en aquel período de la vida en que comienza á verse huir los amigos y la tristeza de nuestras comidas solitarias en el café, después de haber invitado inútilmente, con palabras suplicantes, al amigo casado á quien encontrábamos.

¡Todos caen, unos después de otros en aquella odiosa red después de haberse reído por tanto tiempo de ella.

La rabia de vernos abandonados por aquellos

traidores de la amistad, nos hizo, por fin, desear que no encontrasen más que desengaños y dolores donde buscaban su necia felicidad ilusoria.

¡Qué extraña galería forman puestas todas juntas! Hay mujeres sombrías y selváticas que sospechan en cada amigo del marido, un antiguo compañero de extravíos, que viene á pervertirle de nuevo y le hacen una acogida que significa:

—¡Vete!

Las pudorosas que, en los primeros meses se ruborizan delante de toda nueva cara, como si cada amigo del esposo fuese un amante obligado de la mujer, resuelto á aprovechar todas las ocasiones favorables; figuritas graciosas é inquietas, acerca de las cuales el conocimiento íntimo que tenemos del marido, nos obliga á fantasear mil cosas extrañas, que nos ponen pensativo en su presencia; hermosas criaturas imprudentes que hacen concebir la idea de un tratado sobre la influencia de los pies en la amistad...

Sí, ciertamente; y un capítulo debería estar dedicado á la mímica de un pié suspendido á un palmo del suelo, el cual hace un movimiento de abajo arriba como la barba de uno que interroga, como si preguntase:

—¿Tú eres amigo de mi marido?

Y despues dos movimientos horizontales que parecen decir:

—No creo.

Luego dá un golpecito como para decir:

—Veremos.

Describe más tarde un circulito en el aire, como para expresar que de aquel modo nos hará rodar la cabeza, y por fin dá un estremecimiento, una especie de risa, una exclamacion, triunfante é irónica:

—¡Cuán fácilmente se rompe la amistad con el pié!

¡Oh, vastas hipocresías, frías y cobardes; apretones de manos fingidos; besos de Júdas, dados con labios todavía trémulos por el placer de la traicion; gritos mal sofocados de la conciencia, que hacen subir una oleada de sangre á la frente!

Algunas separan á los amigos del marido con el pié; otras les arrancan su amistad con un trabajo largo y obstinado de consejos malévolos, sugeridos tambien por el pié, furioso de no haber sido visto y comprendido; otras castigan en el amigo del marido las ofensas de la mujer, separando uno de otro con un trabajo oculto y hostil... y hay más de una que nos acerca al amigo involuntariamente, haciéndonos amar por piedad de nuestra desventura, por

una admiracion sincera de los tesoros inmensos de bondad y de paciencia que el matrimonio ha logrado amontonar en nosotros....

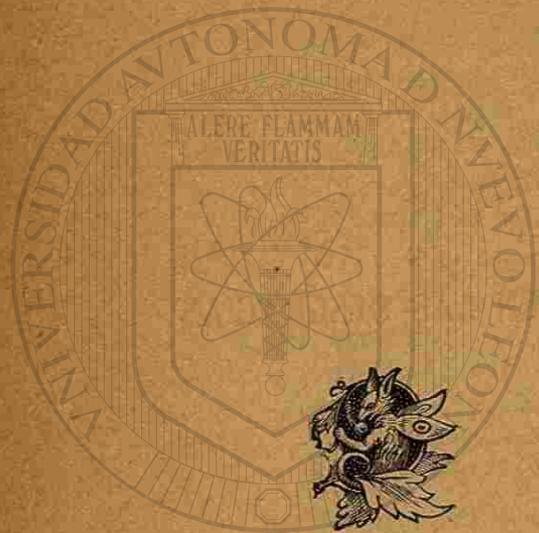
Pero hay un grupo en medio de la muchedumbre que adelanta sonriendo y enarbolando la bandera blanca de la amistad, con una gracia que enamora y una expresion de bondad que hace llover los besos sobre sus manos.

Son las mujeres agudas y admirables que comprenden nuestra amistad y nos dejan íntegros á nuestros amigos.

Estas sí, estas dan buenos consejos, interponen sus buenas palabras, arreglan las diferencias, defienden al amigo ausente, perdonan los olvidos, se duelen de las separaciones, recuerdan á los amigos lejanos....

¡Salud, amigas de nuestros amigos, nuestras hermanas del alma, huéspedes afectuosas y corteses, graciosas protectoras de la amistad! ¡Pueda esta llevar un día sus nobles consueños sobre el corazón de vuestros hijos!





EN LAS DESGRACIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EN LAS DESGRACIAS



ÉLLO allí inmóvil, en la actitud de un muerto: los ojos errantes, abiertos, se fijan aquí y allí sobre las paredes, con una expresión de estupor, como si hubiese pintadas en ellas figuras extrañas, visibles para él solo.

La rotura repentina de una pequeñísima arteria pulmonar, ha interrumpido de pronto su trabajo y sus placeres, suspendido sus pasiones, mudado el curso de sus ideas; alterado su semblante y su voz, cambiado el mundo á sus ojos.

La luz, el ruido y la sonrisa han huido ya de su alrededor; en la estancia semioscura no se oye más que hablar en voz baja y pasos ligeros de personas que no se miran para no leer en sus ojos la inquietud dolorosa que quieren ocultar en el alma.

La puerta se entorna lentamente: he ahí el primer amigo que avanza con cara interrogante.

El abre con su visita una procesion desordenada de amigos, los cuales vendrán á aquella almohada con una variedad admirable de sentimientos y de aspectos, á repetir un corto número de inmutables palabras, antiguas como el mundo, hasta que los despiden la salud ó la muerte.

Pero el enfermo no distingue á aquella luz incierta las diferencias de semblantes; el enfermo es un poeta que ve con los ojos de un niño; él cree que hay en el corazón de todos una parte de la ansiedad que siente en el suyo, y á todos tiende su mano lánguida con igual gratitud.

No teniendo ya orgullo, ve á los amigos bajo un nuevo aspecto: le parece una cosa tan rara haber disputado asperamente y ocultado envidias y rencores, y pasado días furiosos con ellos cuando estaba sano, fuerte, libre y contento!

Pero ahora está bien seguro de que, conseguidas la salud y la libertad, será otro hombre con sus amigos; que la alegría de vivir, de trabajar, de moverse, de ver un largo porvenir por delante, le infundirá en el corazón una inmensa indulgencia para todos.

La enfermedad se agrava; las visitas de los amigos

menudean, y sus silencios se hacen más frecuentes y más largos.

Comienza á ver en sus miradas fijas como el sentimiento de una gran distancia que los separa de él, y entonces siente una necesidad inquieta de detenerlos, de volverlos á ver, de tener muchos alrededor á cada momento, apiñados, juntos, cerca de su lecho, como para apegarse á la vida agregándose á ellos; acuden á su imaginacion los nombres de los ausentes, le asaltan impacientes deseos de la compañía de algunos, amargas sospechas de la indiferencia de los que están lejos, un remordimiento de no haberse hecho querer bastante, grandes y repentinos arrepentimientos, que confiesa al amigo asíduo, con voz triste y humilde, apretándole la mano y rebatiendo con insistencia sus vivas negaciones.

Al presentarse alguno de ellos, parece que alguna esperanza se enciende en su alma, como si cada uno, con los recuerdos del tiempo feliz, en que gozaban juntos de la vida, le llevase una poca de la fuerza y del valor de aquel tiempo.

Con qué ansiosa curiosidad espía las miradas furtivas que se cambian y coge al vuelo las palabras que se murmuran al oído, para recordarse asuntos ó citas de aquel mundo lejano, confuso y espléndido que él acaso no volverá á ver más; y como le parecen todos

afortunados, felices, poderosos, y que les aguardan mil placeres y mil alegrías, fuera de aquella estancia de moribundo, adonde les lleva la compasión!

Una tristeza inmensa y muda penetra poco á poco en su corazón; todo su pensamiento es un adiós; las frases animosas de los amigos le suenan aun en los oídos, pero ya no llegan al alma; el rumor del llanto ahogado que ha oído en la habitación vecina, le ha hecho comprender que todo ha concluido;—la hora del peligro ha llegado;—los amigos, de pié alrededor de su lecho, le representan los compañeros del buzo sobre el agua;—algunos le parecen allí inmóviles desde hace mucho tiempo, otros se presentan de repente á su lado como espectros;—figuras con las que está muy familiarizado, de las que ya no recuerda el nombre, caras que le traen á la mente de una vez, mil recuerdos confusos y remotos que desaparezcan de pronto;—voces de otro mundo y de otro tiempo que le despiertan por un momento un gran estupor y un sentimiento de infinita ternura;—busca sus manos, y toca sus brazos;—quiere oír la voz de todos;—repite á todas aquellas sombras la palabra "amistad," como una palabra que encierra mil plegarias; perdonadme, recordadme, lloradme;—pronuncia los nombres predilectos, recomienda á sus

hijos, y dirige á acá y á allá palabras inconexas dentro de un inmenso vacío oscuro, al cual parece que baja lentamente con los brazos caídos y los ojos cerrados....

¡Con qué alegría triunfante volverá á ver al primer amigo despues de aquel terrible sueño!

La convalecencia, es como una segunda infancia.

Ellos aparecen delante, uno tras otro, rejuvenecidos, embellecidos con cien virtudes nuevas en el corazón y en la cabeza; inteligentes, que cada uno de ellos es para él como una fuente inagotable de hilaridad, y agradables como la vida que temía perder.

Su curacion, le parece que se la debe á ellos en grandísima parte; él aumenta en su juicio los cuidados y las demostraciones de amistad que ha recibido; confunde con la gratitud la alegría de revivir; mientras antes esperaba, ahora está profundamente seguro de que muerto él, sus amigos hubieran hecho por su familia los sacrificios más generosos; sus visitas, son como una fiesta, y siempre le parecen breves; los espera con impaciencia febril, en aquellas horas eternas de la convalecencia, aguzando el oído cada vez que suena la campanilla y cuando siente pasos; los entretiene con mil pretextos; las conversaciones que tienen entre sí le

divierten como escenas de comedia; el polvo de las calles que llevan en sus vestidos, los ramilletes de flores que dejan olvidados sobre la mesa, el abrazo que deja olor á tabaco, el ambiente del trabajo, de la ciudad, de la multitud, de vida, que le llevan á ciertas horas del día, todo es para él motivo de placer, y los ama, como si la causa de aquellos placeres residiera en ellos y no en su naturaleza rejuvenecida.

Ciertamente él no es agradable á todos; su alegría está oscurecida por una nubecilla; algunos no se desvivieron por volver despues de la primera visita; pero cómo perdonará fácilmente á todos, en la alegría de su primera salida, cuando le digan, felicitándolo, que el temor de importunarlo, —sus ocupaciones,—un niño malo,—el exceso mismo de su dolor!...

Sumado todo, quedará satisfecho y dirá lo que dicen casi todos los enfermos curados:

—¡He recibido pruebas de amistad, que no olvidaré mientras viva!

*
* *

¡Pobre diablo, si pudiera saber todo lo que los amigos, aun los más amables han sentido y pensado durante su enfermedad!

Se quedaría en la situación de una persona ignorante, que despues de haber respirado con voluptuosidad una bocanada de aire "finísimo" en la azotea de su casa, reconociera con el microscopio, lo que había respirado; polvos de hierro, filamentos de algodón, moléculas de cal, polvos de harina, esqueletos de infusorios, y pequeñísimos insectos vivos.

¿El amigo *** gravemente enfermo? A una noticia semejante, cada uno se pregunta inmediatamente qué vacío dejaría en la vida la muerte del amigo, en qué costumbres lo perturbaría, de qué placeres le podrá privar ó disminuir; y hecho este exámen rapidísimo, busca en seguida la manera de arreglarse y de distribuir su vida sin él.

Encontrada aquella manera, libre el ánimo de

aquella inquietud, entonces solamente da cabida al "dolor."

¡El dolor! Es la más vaga de las palabras humanas después del amor.

No experimentamos dolor verdadero sino por la muerte de aquellos que, abandonándonos, perturban profundamente nuestra vida; es un dolor, que se debe en gran parte á la sorpresa. Para todos los demás no experimentamos sino tristeza.

No es dolor, aquello que no acaba con la sonrisa y con un cierto sentimiento agradable de la vida. Aun los amigos sinceramente afligidos, cubren su rostro con una máscara más triste que su cinismo, al entrar en casa del amigo enfermo.

¡Pobre enfermo! No vé sus caras secas y frías presentadas por costumbre con la expresion más común del dolor, que es la de una atencion profunda, bajo de la cual, se puede pensar tranquilamente en los asuntos propios; no vé las impaciencias, las miradas dirigidas furtivamente por la ventana, á la alegría de la calle, las bajadas presurosas y festivas por la escalera, los amigos dichosos al sentarse á la mesa, en medio de su familia que está bien, en una habitacion iluminada y agradable, embellecida voluntariamente por la comparacion con la fúnebre que acabamos de abandonar; no sabe las visitas hechas por

conveniencia, después de haber contado los días con los dedos, suspirando; no se apercebe de las miradas de soslayo dirigidas al amigo íntimo, motivadas por él, como si por su enfermedad le robase voluntariamente el tiempo, y le apartase de intento de sus ocupaciones; no sospecha ciertos sentimientos inobles de antipatía, inspirados por su pobre cara desfigurada, ciertos esfuerzos de imaginacion con los cuales los amigos hipócritas se exprimen una lágrima de los ojos en momentos solemnes, ciertos descos horribles de otros amigos, obligados á visitarle, para los cuales la enfermedad se prolonga más allá de la medida de su afecto y de su constancia...

Sin embargo, la enfermedad es todavía la forma de la desgracia ménos fuerte, para las ilusiones de la amistad; la apariencia puede pasar por realidad; no hay que sacrificar más que un poco de tiempo al amigo. Y después de todo, no hay que calumniar la naturaleza humana.

Como en cada compañía de soldados, delante de un peligro, se revelan siempre aquellos dos ó tres héroes temerarios, que no habian dado nunca pruebas de serlo; así en cada compañía de amigos, á la cabecera de un amigo enfermo, en los días terribles, se muestra siempre alguna alma generosa, ardiente-

mente apegada al dolor, infatigable é intrépida, que anima con su ejemplo á los tibios, despierta emulacion en los pundonorosos y hace avergonzarse á los hipócritas sin corazon; y es las más de las veces un amigo íntimo pero tambien es á menudo uno de los amigos ménos tratados, un hombre frío y reservado, el cual se trasforma y se crece al soplo de la desgracia: semejante á aquellas flores de la Siberia, que no abren su pétalo sino cuando el cielo se oscurece y amenaza la tempestad.

*
* *

La desgracia más fatal para la amistad, es la caída de la opulencia en la miseria.

A quien se encuentra en este caso, se le presenta un espectáculo admirable, semejante al que debe verse en los planetas de ciertos sistemas de dos soles, cuando se oculta de una parte un sol rosado y sale por otro un sol verde; el universo cambia de color.

¿Por qué es más ultraje dar dinero que dar la vida, como dice con un sarcasmo hiperbólico Leopardi? Es quizá porque representa indeterminadamente una cantidad, de comodidades, de placeres, de poderes, de paz, que la imaginacion aumenta y confunde en el acto de privarnos de ellas, de modo que nos parece privarnos de miles de aquellas cosas? En pocos días, todo cambia en torno del desgraciado; las caras de los amigos, la entonacion de sus conversaciones, las voces de las personas á su servicio,

el aspecto de las puertas de su casa, las miradas, los saludos y hasta la manera de andar.

Es un mundo nuevo.

Le parece hallarse en medio, y que todos los hombres y todas las cosas están movidas por una irresistible fuerza centrífuga.

Su persona hace el vacío por donde quiera que pasa, como los sultanes antiguos que salían precedidos del verdago.

Su numerosa familia de amigos huye, se esconde, desaparece, se disuelve á su aparición como una multitud de ciudadanos pacíficos sorprendidos por una granizada de balas.

En efecto, el sentimiento que inspira á la mayor parte es el terror...

Presentar el aspecto de egoistas salvajes con un hombre que se ha llamado amigo tanto tiempo y al cual se ha creído siempre noble y generoso, es una terrible prueba para el orgullo de cualquiera.

Todos buscan evadirse de algún modo, aun con los pretextos más descaradamente comprensibles, á fin de evitar el suplicio de tener que quitarse la máscara con una negación en el rostro.

Aquellos que están próximos á él, se la quitan miserablemente.

Algunos llegan á ser humildes por temor al desprecio y rehusan con palabras trémulas, preguntando ansiosamente á la cara del amigo; al cual, después procuran hacer otros mil servicios, también fiados para ellos, para no perder su estimación, que tienen conciencia de no poder ya esperar.

Otros esconden su vergüenza bajo una fingida brutalidad, prefieren romperla de pronto, de una vez para siempre, haciendo del amigo un enemigo, respecto al cual, al ménos, no sentiréis más remordimiento.

Pobres diablos que habían creído siempre que en alguna ocasión habían de ser capaces de un sacrificio por un amigo, permanecen afligidos, humillados verdaderamente de descubrir su egoísmo, como todos los demás, confundidos de tal modo, algunas veces, de haber caído así de su propio concepto, que inspiran compasión y realzan el orgullo al mismo amigo que se ha humillado ante ellos.

De los que dan algo, la mayor parte buscan aturdirse con un consentimiento precipitado y ruidoso, seguido inmediatamente del acto; y acompañado por una alegría desenvuelta y locuaz, á la cual suceden después en la soledad, desahogos violentos de rencor.

Todos están cargados de deudas, de empeños, de

parientes hambrientos, de queridas ruinosas, de colonos ladrones, de hijos—de hijos naturales, que estudian en Universidad lejana;—todos son viciosos, descuidados y desesperados.

Y todos buscan mil disculpas, despues de haber sido rechazados, para demostrarse á sí mismos que aquel acto, que es compatible con la buena amistad, que fué una excepcion, que las circunstancias lo excusan porque todos quieren conservar la ilusion de ser buenos amigos y tener derecho para poseerlos.

El "protestante" por otra parte está en la desgracia por su culpa, ha tirado el dinero por la existencia, todos lo despreciaban, cierto tapiz suyo de 300 pesetas llegó á ser famosos, todo el mundo sabe que hace tres meses envió un telegrama de 50 palabras.

Ninguno habla de él; sin embargo, cuando lo ven de lejos, pálido y casi andrajoso, que atraviesa por la calle; los amigos se miran y le vuelven la espalda precipitadamente.

Un dia despues lo vuelven á ver, restablecido y contento. ¿Quien lo ha socorrido? Fulano de Tal, un amigo que se ha quitado el pan de la boca. —Y bien; ¡bella accion!—dicen; lo que no hace el uno lo hace el otro; aun hay corazones en el

mundo. Pero la antigua amistad cariñosa no se reanuda ya entre el que ha perdido y los que han negado: el uno no tiene ya fé, los otros, han sido juzgados; cuanto hagan por acercarse, lo separará la imágen de un mefistófeles asqueroso que los mira sonriendo con dos monedas en los ojos.

Entre las desgracias, es quizás ménos mala para la amistad, una de aquellas grandes caídas del orgullo que dejan al hombre aturdido y trastornado, como el sarcasmo violento de la multitud.

Pero ¡cuán triste es, sin embargo!

A la primera noticia todos corren de cerca para rescatar sus propios créditos, como se hace en un Banco que está para quebrar.

La facilidad de vengarse, excita en sus amigos hasta los rencores ya muertos.

Descontarán todas las cosas de una sola vez; todas las palabras malévolas, todos los chistes malignos, todas las victorias en las discusiones, todas las suertes pequeñas que le hayan sido perdonadas en dos años.

Ciertos amigos lejanos, olvidados por él hacía mucho tiempo, le escribirán para desquitarse de una antigua envidia, mordiéndole de paso al darle el pésame.

En el fondo de los ojos de los amigos más íntimos, bajo la expresión de la piedad y del afecto, descubrirá, mirándolos bien, una sombra de sonrisa, un puntillo luminoso pequeñísimo como la punta de un alfiler de plata del cual sentirá la herida en la frente.

¡Ah! ¡No hay peligro en que sea dejado solo!

Muchos habrá á su alrededor y llegarán á ser sus compañeros asíduos, dichosos de poder colocarse sobre las ruinas de su orgullo ó acompañar á paseo el cadáver ambulante de su soberbia.

Si ha caído por un colosal despropósito del ingenio, murmurarán siempre á su lado sobre los errores de las ciencias y de las artes; si se ha arruinado por un acto insensato de cobardía, le rodeará triunfante toda la multitud de pusilánimes; si ha caído en el más cruel ridículo por la escandalosa fuga de su mujer, irán á mirarle á los ojos, radiantes de felicidad doméstica, todos los amigos de la frente adornada.

Es un furor de desquite universal, un contagio que se extiende hasta á los mejores; una voluptuosidad refinada y grosera que todos experimentan en manosear y exprimir sin descanso aquel asunto, en conversaciones interminables, reanudadas mil veces con la misma palabra; y cuando él cree que

los más despiadados están ya cansados de ella, los más benévolos gozan todavía.

Puede ser que si tuviese valor para llamar uno por uno á sus amigos más honrados y decirles con indignada y triste voz nacida del corazón:

—¡Sé, tú, al menos, un verdadero amigo! ¡Compadéceme, defiéndeme, ámame!—la mayor parte de ellos le tenderían conmovidos la mano, porque no es perfidia, es pueril malignidad y ligereza femenina lo que les hace duros y feroces.

Pero el poco de orgullo que le resta, le cierra la boca, y la risueña hostilidad de sus amigos, mantenida viva por aquella manifestacion de resistencia, continúa, y levanta la voz, y aumenta el círculo de gentes que le rodean; hasta que los más generosos, cansados de aquel villano encarnizamiento, se arrepienten y se rebelan colocándose entre la víctima y los perseguidores; y callan todos poco á poco, y se disponen á la defensa, ó se olvidan de ello, buscando en el campo de las propias amistades una víctima nueva.

¡Vae victis, aun entre amigos; y afortunado el vencido que halla entre ellos una sincera compasión;—¡una sola!

Y bien, todo esto es triste; pero ¿qué importa cuando nos hiere la más grande de las desventuras?

¡Ah! en aquellas noches eternas y terribles, cuando ha entrado la muerte en nuestra casa; cuando nuestro corazón de hijo mana sangre, ó nuestra alma de padre, mutilada, ahulla en silencio las más dolorosas palabras humanas; en aquellos momentos en los cuales en nuestra razón se suceden oscuridades inmensas en las cuales comienza el delirio, y relámpagos que le hacen ver el porvenir, hasta la más cansada vejez como una soledad más horrenda que la muerte; cuando se anda vacilante por aquella habitación en desórden, entre los sollozos de las mujeres arrodilladas, viendo por todas aquel blanco rostro y pronunciando cien veces aquel nombre, descando enloquecer ó morir: ¡ah! la imprevista aparición de un amigo en aquellos momentos, aquel semblante pálido y aquellos abiertos brazos que nos llaman á su encuentro, ¡cuán bendecidos son!

Cuánto bien hace estrecharle contra el corazón y colgarse á su cuello, y referirle nuestra desolacion casi al oído, vertiendo lágrimas del alma, y escuchar su cariñosa voz que nos llama por nuestro nombre, que nos da valor, que nos recuerda los deberes que tenemos para los que sobreviven, que nos dice: —¡Me quedo á tu lado, no me separo de tí, cuenta conmigo como con un hermano!

Confusamente, mientras echamos su cabeza hácia

atrás para que no vean aquella estancia tremenda cruzan por nuestra mente recuerdos de nuestra buena amistad, visiones rapidísimas y lejanas.

Una aldea en la montaña á la cual llegamos juntos al caer el sol,—un alegre encuentro en un camino solitario,—una hermosa tarde pasada juntos, en familia, delante del hogar, cuando aun no faltaba ninguno, y todos nos hallábamos contentos y sanos,—y todo nos parece ahora acabado ya, acabada nuestra serena amistad, acabados nuestros alegres paseos,—no nos verá reír ya nuestro pobre amigo,—es un adiós eterno á nuestro pasado el que le damos en aquel momento, abrazándole, un adiós á nuestra juventud, á nuestros amigos y á nuestras esperanzas; y á este pensamiento álzase en nuestro corazón agudísimo dolor que termina en una nueva explosión de llanto.

¡Si tuviéramos presente siempre esta escena cada vez que estamos para ofender á un amigo!

—¡Ten cuidado!—deberíamos decirnos: puede ser que un día entre los brazos de este, sofoques un sollozo de desesperación... puede que dentro de un mes!... ¿Tal vez mañana!



ENTRE ITALIANOS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

atrás para que no vean aquella estancia tremenda cruzan por nuestra mente recuerdos de nuestra buena amistad, visiones rapidísimas y lejanas.

Una aldea en la montaña á la cual llegamos juntos al caer el sol,—un alegre encuentro en un camino solitario,—una hermosa tarde pasada juntos, en familia, delante del hogar, cuando aun no faltaba ninguno, y todos nos hallábamos contentos y sanos,—y todo nos parece ahora acabado ya, acabada nuestra serena amistad, acabados nuestros alegres paseos,—no nos verá reír ya nuestro pobre amigo,—es un adiós eterno á nuestro pasado el que le damos en aquel momento, abrazándole, un adiós á nuestra juventud, á nuestros amigos y á nuestras esperanzas; y á este pensamiento álzase en nuestro corazón agudísimo dolor que termina en una nueva explosión de llanto.

¡Si tuviéramos presente siempre esta escena cada vez que estamos para ofender á un amigo!

—¡Ten cuidado!—deberíamos decirnos: puede ser que un día entre los brazos de este, sofoques un sollozo de desesperación... puede que dentro de un mes!... ¿Tal vez mañana!



ENTRE ITALIANOS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ENTRE ITALIANOS



DEBERÍAMOS decir en el fondo de nuestro ser:—¡Tal vez mañana!—cada vez que se agría una discusión entre amigos de provincias diversas, ó está para pronunciarse una acusación ó un sarcasmo contra una parte de la patria:—mañana tal vez quinientos mil extranjeros penetrarán en Italia, con la injuria en los labios y la muerte en la mano; y seremos llamados á la vez para cubrir con nuestro cuerpo y nuestra sangre el camino de Roma...

No es que existan odios entre nosotros, no. Lo que hay algunas veces es una sombra de antipatía, un secreto sentimiento de despecho, que no es fácil decir de qué nace y que se parece algo al que experimentamos en ocasiones en familia, entre her-

manos; irritados de vivir en la precisión de que-
rernos bien, apesar de nuestros defectos.

Alguno tiene algo en la pronunciacion, en la voz,
en el gesto, en las maneras, puede ser que hasta
en la cara—y ciertamente en el ánimo—algo que
en ciertos casos, manifestándose más vivamente que
de costumbre, especialmente en el debate de opi-
niones, disgusta y excita los nervios, como una
nota desafinada, al amigo que es de otra parte
de Italia.

Este no se qué, está particularmente en la pronun-
ciacion y entonacion de la palabra. ¿Será que en
cada idioma hay una íntima relacion entre ciertos
sonidos, ciertas cadencias y ligados, las cuales nos
desagradan, y ciertos defectos morales de la gente
que lo habla?

Verdaderamente que algunas modulaciones de la
voz del amigo de otra provincia, las cuales son
acompañadas de un movimiento particular de la-
bios y de un eco de risa característica, ó de un
entrecomar especial, nos irritan, como nos irri-
taría la expresion directa de un pensamiento ó de
un sentimiento en el cual discordásemos profunda-
mente.

Pero hay otras cien causas fortuitas de esta frater-
nal antipatía, que duran un día ó una hora y que á

menudo no hacen más que pasar por el corazon,
como un capricho por la cabeza.

Y son la instantánea sospecha de una presuncion
de superioridad que nuestro amigo pueda tener sobre
nosotros, por haber nacido en una provincia más ade-
lantada y más estimada que la nuestra, el despecho
de que él no reconozca, ó dé el valor que nosotros
estimamos, ó ciertas cualidades por las cuales cre-
mos que nuestra parte de Italia sobrepuya á la suya;
y la cólera de ver que no tiene conciencia, ó finge
no tenerla, de tales defectos y culpas de su país que
la delicadeza nos impide echarle en cara; el recuer-
do repentino de ciertas burlas, de ciertos juicios
mordaces ó injuriosos para nuestra provincia, dichos
en otro tiempo por gente de la suya y que sospecha-
mos que él aprueba en secreto; son ecos de antiguas
discusiones, reminiscencias de batallas parlamen-
tarias y polémicas periodísticas, palabras acres y apa-
sionadas que aparecen vivas de improviso en la men-
te despues de veinte años de olvido é indiferencia;
son figuras de odiosos personajes de aquella region
las cuales pasan por delante de nuestros ojos mien-
tras el amigo nos contradice y hacen reflejar una
parte del odio que les profesamos sobre toda la pro-
vincia y sobre el amigo mismo, como si fuera la ex-
presion de la naturaleza de todo aquel pueblo.

Todas estas cosas se revuelven en nuestro cerebro y se confunden; algunas gotas de nuestra antigua sangre de fraticidas se inflaman... y entonces nos miramos por un momento con ojos de enemigos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*
* *

No hablamos de los rabiosos; son ya pocos y ridículos; gentes que tienen un ódio particular contra tal ó cual provincia, nacidos por lo comun de una causa personal, una verdadera pasión, que lleva clavada en el corazón como un puñal, por la cual han conquistado una fama cómica en el pequeño mundo en que viven, y recogen con gran cuidado todos los juicios, hechos y documentos que redundan en deshonor de aquel país, para mezclar cada cosa con largas diatribas mil veces repetidas con voz penetrante y sarcástica sonrisa, tan poseidos de su ódio que huyen ó reciben malamente á todo italiano de aquella parte como á un enemigo natural, y tiemblan, como condenados, al escuchar su dialecto.

Pero hasta los más afables de ánimo y los más sensatos, padecen algo de esta enfermedad.

Todos tenemos en nuestro corazón un pequeño atizador de pasiones municipales, el cual no con-

sigue encender la llama; pero rara vez² deja escapar la ocasion de producir una nubecilla de chispas y humo.

Cada vez que leemos ú oímos decir alguna cosa que revela y prueba un defecto de carácter ó una culpable miseria del pueblo de una provincia, en seguida buscamos con el pensamiento, y con un cierto placer mezcla de resentimiento, al amigo de aquel país, para reprobárselo las pretensiones de su orgullo, al cual nos parece haber concedido demasiado, y como si aquellos defectos y culpas de sus paisanos le impusiesen el deber de ser más modestos con nosotros y nos hiciesen acreedores á no qué satisfacciones de amor propio.

Cuando el amigo de otra provincia nos ofende, casi siempre tratamos de persuadirnos de que la primera razon del hecho reside en un defecto del ánimo ó en una mala pasion comun á todos sus paisanos, para abrir así un vasto campo á nuestro rencor y tener prontos mil viejos argumentos de impersonales recriminaciones, detrás de las cuales, nuestro orgullo puede tomar, á escondidas, una venganza mucho más grande que la ofensa.

Cuando un amigo alaba á sus paisanos, aunque sea templadamente y en cosas á las cuales nada tenemos que oponer, siempre parece, sin embargo, que pasa

de la medida, al instante sospechamos que con aquellas alabanzas intenta sobrepujarnos, tanto, que los más corteses se asombran y se miran con irónica sonrisa:—él en el fondo tiene razon, pero queríamos que nos dejase el cometido de alabar á su país; él no dá el suficiente claro oscuro favorable ó nuestro amor propio.

¡Y con qué arte atentísimo y diabólico á la vez nos herimos mutuamente en lo más vivo del orgullo provincial! Hasta los más sencillos parecen maestros en esto.

Pueden enseñar, por ejemplo, cómo se hace para dar una estocada al amigo, citando con inocente aspecto y como al acaso, á propósito de una discusion académica, hechos históricos que proyectan maléfica luz sobre la provincia;—piden al amigo con fingida inocencia aclaraciones sobre el escándalo político ocurrido en su capital en días anteriores—refieren de manera capciosa, sin sombra de despecho, todos los accidentes de un desgraciado viaje que hicieron por aquel país, en el cual fueron mal recibidos, importunados, envenenados, engañados por pura casualidad—regocijan á la asamblea bosquejando cómicamente una serie de bribones, charlatanes y estúpidos encontrados en diez lugares diversos,—pero todos pertenecientes por extrañísima coincidencia á la mis-

ma region:—alaban la famosa belleza de un sitio, con reserva tan fria, que sin dar lugar á la contradiccion ó á la crítica, hace el efecto del desprecio;—remedan la pronunciacion y el modo de hablar italiano con el vocabulario y la cadencia del dialecto, burlándose con gracia, pero mezclando en la caricatura algo que es tonto ú odioso.

La ventaja toda está de parte del que toma la ofensiva: agujoneados de esta manera, no respiramos: no es prudente; pero no obstante ¡qué bien entendemos! No hay alusion que se pierda, todo lo tragamos por amargo que sea; pero si la boca calla, los ojos responden.

—¡Hoy á mí, mañana á tí y te arrancaré tiras de pellejo, bribon!

*
*
*

Pero se ha producido una gran confusion en nuestras pasiones municipales en estos diez años últimos: esto se nota hasta entre amigos.

Las largas estancias hechas por muchos italianos en provincias diversas de la propia, las relaciones estrechadas por el comercio, viajes, matrimonios, cartas y la mezcla de gentes que en Florencia y Roma se ha sucedido, han alcanzado el efecto de suscitar una legion de paladines que defienden calurosamente esta ó aquella parte de Italia, como defenderian la ciudad donde han nacido, los unos por sentimiento de justicia, puesto que han reconocido que son falsos los antiguos juicios, otros por simpatía artística, muchos por gratitud hácia leales amistades y amores felices, por haber pasado allí los más hermosos años de la juventud, durante los cuales se encuentra en todas las partes la patria.

Si en muchos han formado como apéndices de amores regionales, adiciones á antiguos orgullos de

campanillas muy curiosos, en cambio en muchísimos, ya que no en todos, han hecho que el sentimiento nuevo sea tan fuerte y tan celoso como el viejo y en algunos aquel ha vencido y destrozado á este.

No son ya claros y distintos en la compañía de nuestros amigos los colores provinciales: es un número de abigarrados italianos que no sabemos en qué grupo incluir.

Ya no se ven, cuando surgen cuestiones municipales, aquel buen acuerdo instantáneo de los nueve nacidos á la sombra de la misma cúpula para caer encima del décimo, nacido trescientas leguas más lejos.

Ahora este encuentra aliados que no esperaba, paisanos de los mismos contrarios, que se colocan á su lado y combaten por su causa, con ardor igual al suyo, y á menudo con más vivo encono; napolitanos á quienes no se puede hablar mal del Piamonte; lombardos que defienden á capa y espada á la Sicilia; piamonteses que no quieren oír tildar á Florencia, y son defensores formidables, porque han reconocido los defectos del país propio juzgándole de lejos y comparándole con otro, y juzgan á sus paisanos con una agudeza de crítica y una franqueza brutal de palabras que les obliga á defenderse en vez de atacar.

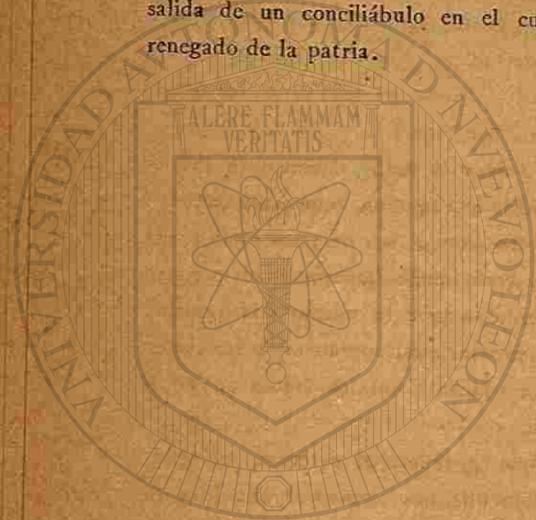
La más sencilla cuestión se embrolla endemoniadamente desde la primer palabra: no se está seguro de nadie; el agresor, acometido de improviso, por los flancos y retaguardia, cogido en una red ofensiva de simpatías injuriadas, de las cuales ni aun la existencia sospechaba, contradicho hasta del cómplice, despedido de la impudencia con que deja adivinar su pasión;—no hay gusto ya en buscar contiendas sobre este asunto,—de todos los injuriosos argumentos se ha usado y abusado, y no hay ya ni uno contra el cual el adversario no tenga pronto y terrible respuesta, el terreno está demasiado contendido, dislocado y minado; nuestro orgullo se abate aunque logre tener ventaja.

Y después siempre hay alguno en la tertulia, el cual, en un instante dado dirige á los contendientes una amistosa recriminación, la cual hace aparecer como una sombra de vergüenza hasta en los rostros más descarados, de tan viva como está en todos la conciencia de merecerla. Pero hoy ya es bien rara que se manifieste abiertamente la propia pasión.

Los accesos de antipatía provincial van y vienen casi siempre en secreto, y si se expresan, no se hace sino con mil cautelas, no usando más armas que la sátira.

Las pocas veces que se vá más allá, se termina

mal,— nos creemos como envilecidos,— parecemos haber manoseado trapos sucios,— y nos miramos á la cara los unos á los otros, como se haría á la salida de un conciliábulo en el cual hubiésemos renegado de la patria.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Y despues... Pero si todos, sobre poco más ó ménos, fuésemos de una opinion, ¡qué santa paz!

Alguno que otro, conoce sus defectos como hombre con cierta aproximada imparcialidad; pero se comprende que no ocurre lo mismo con respecto á los defectos provinciales; porque éstos los tienen todos los que le rodean y son los únicos que no le son reprobados.

En todo lo que se refiere al exterior, por ejemplo, es imposible que nos formemos una idea de la impresion que recibe un extraño por ciertas inflexiones de voz y ciertas rarezas de pronunciacion de nuestro dialecto ó del modo de hablar la lengua nacional.

Lo mismo hay que decir de algunas imperfecciones naturales de nuestra máquina intelectual, de ciertas hereditarias debilidades de nuestro carácter, de viciosas tendencias de nuestra conversacion, de singulares aspectos de nuestra ciudad, de mil peque-

fías y características cosas de nuestra vida común que siempre habíamos visto, ó sea, que jamás habíamos observado, y que no juzgamos francamente ni aun haciéndolas notar un paisano desapasionado.

Advertimos lo que hay de malvado en alguno de nosotros y no lo que hay de antipático en todos.

Todos somos niños irracionales en esto.

Decimos:—Todo el mundo es patria, solamente para excusar nuestros vicios.

Pero, es muy cierto, que cualquier parte de Italia en que se haya vivido algún tiempo, obliga á reconocer que entre cincuenta personas de una clase dada, se halla en número próximamente igual de individuos amables, simpáticos y dignos de estimación al de los semejantes que conocemos entre cincuenta de los nuestros: los nobles de más méritos que enorgullecen á cualquier provincia se encuentran también en todas; orgullosos y groseros se hallan pocos en todas partes.

Pero se dice:

—El fondo, sin embargo....

¡Ah! No hablamos del fondo: no conocemos ni siquiera el nuestro.

Nuestras antipatías provinciales no son más que antipatías de corteza, provocadas por las apariencias más que por las cosas, y cambian á los seis

meses de vivir en el país antipático en todo, ménos en los que no tienen entendimiento ni corazón.

Observando los defectos del vecino, se descubren las causas inmediatas—se alcanza hasta las remotas, varias, profundas, extrañas,—se estudia—y cuando se estudia no se desprecia,—y cuando se comprende se perdona.

Pero ya en la mayor parte son sencillísimas antipatías de oído por muy extraña que la cosa parezca; tan verdad es esto, que no hay casi ninguno que murmure de una provincia de la cual hable el dialecto, y que no tenga simpatía por un italiano de una provincia antipática si este italiano habla el dialecto suyo.

Las expresiones más usadas son, en efecto:

—Me atacan los nervios;—y

—No los puedo oír.

Hay más culpa en la música que en la historia.

Alguna vez entra como factor un poco de historia contemporánea: recriminaciones sobre el modo con que estos ó los otros han entrado en familia.

Pero, ¿quién no tiene alguna cosa que criticarse por este motivo?

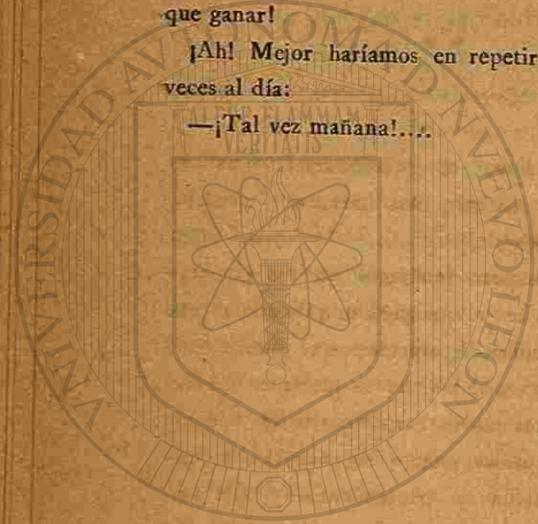
Todos hemos entrado con alguna anterior idea injusta, con pretensiones infundadas, con ignorancias culpables, con soberbías injuriosas.

Inquirir quién es el que ha tenido más ó ménos,
es una empresa siempre odiosa y extraviada.

¡Dios sabe quién tendría que perder y quién
que ganar!

¡Ah! Mejor haríamos en repetir veinte y cuatro
veces al día:

—¡Tal vez mañana!...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

*
* *

Aun haríamos mejor en estudiar nuestro país en
nuestros amigos. Cuarenta años hace, por ejemplo,
no hubiera sido posible.

Comparad el número de amigos que tenía un ita-
liano de entonces con el que tiene uno de ahora: ¡qué
nuevas combinaciones de caracteres, qué nuevos con-
trastes de pasiones, cuántas nuevas que nacen del tra-
to común, cuántos nuevos aspectos de la humana
naturaleza que estudiar; cuánto se ensancha la con-
versacion enriquecida en pensamientos y palabras,
imágenes, colores y sonidos, cuánto más espacio ve-
mos ahora alrededor de nosotros: hablando entre
amigos, cómo se percibe el ambiente de una gran pa-
tria que vive una sola vida hasta en la pequeña cróni-
ca que hacemos cada día en la tertulia, los peque-
ños sucesos de nuestras grandes ciudades, un día tan
lejanas, hoy tan vecinas que percibe la una el aliento
de la otra!

¡Y qué hermoso es en medio de nuestro círculo

compuesto de italianos de todas las provincias, estudiar día por día las diferencias que existen entre los unos y los otros, en el modo de sentir y juzgar la misma cosa: notar cuando refieren una anécdota, un piemontés, un toscano y un napolitano, cómo el frasear cambia de color, cómo la entonación se eleva, cómo se exalta la mímica, cómo el arte del chiste y del relato se trasforma del uno al otro gradualmente: observar los diversos procedimientos en las discusiones, cuando el siciliano y el lombardo sostienen á la vez la misma idea contra dos amigos de la Italia media, los rasgos que aparecen en sus discursos por la diferencia de educación, de los lugares, de los usos entre los cuales han crecido, de los aspectos diversos bajo los cuales han contemplado la revolución italiana, lo que queda en algunos del italiano antiguo, y lo que les sobra del nuevo, el fondo de ideas comunes que hay en ellos, las expresiones provinciales que los unos sorprenden á los otros, la variedad de las voces, las actitudes, las manifestaciones de la cólera, de la alegría, de la tristeza!

No sé, pero en ciertos momentos, al sonido de ciertas palabras, me parece ver á algunos en su propio país: detrás, á la espalda de este creo ver la hermosa calle de Maqueda con su inmenso bazar azul: detrás de aquél, un canal oscuro entre dos filas de

palacios cubiertos de misterio: la bella colina de Valdinierole, cuajada de aldeas á espaldas de otro: un inmenso golfo de color de rosa detrás de su compatriota.

Y entonces me parece imposible que algunas veces se experimente un sentimiento de antipatía hácia el amigo que ha venido entre nosotros desde aquellos lugares, y que vive con nosotros lejos de los sitios donde pasó la infancia y enterró á sus parientes, huésped y hermano á la vez, prueba viviente de nuestra resurrección, distinto de nosotros por tantos conceptos, ligado á nosotros por tantos lazos!

Si me veo delante de cuatro ó cinco de diversas provincias, á veces hijos de italianos á quienes el estado presente de Italia parecía un sueño de poetas, reflexiono acerca de todo lo que hubiese sido preciso para que pudiesen hallarse juntos allá, sentados á aquella mesa, en la ciudad donde yo he nacido y donde ellos ganan igualmente su vida y tienen su hogar.

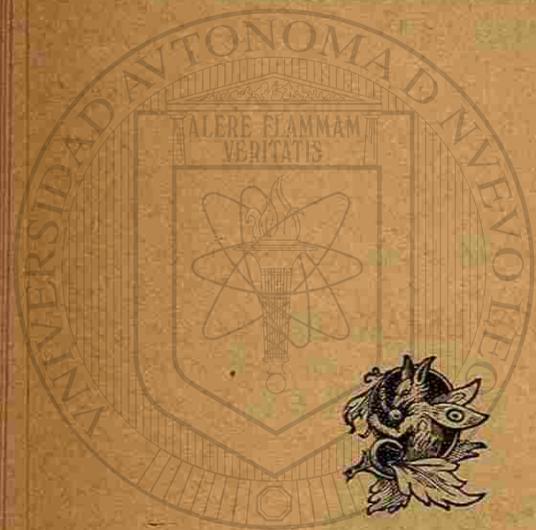
Recorro en un minuto cincuenta años de la historia: veo confusamente detrás de ellos, á una gran distancia, campos sembrados de cadáveres; calles oscuras de ciudades ocupadas por una multitud de gente y destrozada por la metralla, hombres con los brazos atados á la espalda, erguidos delante de pelo-

tones de soldados extranjeros, un horizonte plomizo horrible, erizado de horcas y cruces, y entonces se me ahoga el corazón en tristeza y desden al pensar que nos odiamos aún los unos á los otros, miserables ingratos....

Pero los días serenos de venir á la razón ya han llegado gracias al cielo: y ahora cuando tratamos juntos alguna delicadísima cuestión de nuestra reciente historia, con conciencia y afecto, sin herirnos siquiera con una reticencia, al contrario, con evidente intención de disipar viejos rencores, reconociendo francamente los defectos propios y las buenas cualidades de los demás.

Y todas aquellas voces diversas, pronunciaci-
ones distintas y modulaciones se mezclan, como las mismas voces de la provincia en un grito confuso y alegrísimo, en el cual se nota la satisfacción común de encontrarse juntos, de haber sepultado los antiguos celos y perdonado las antiguas injurias, de pertenecer á un gran país y de quererse bien.... ¡cómo sentimos ahora palpitar el corazón con alegre contento y qué auras ardientes de amor, de patria y poesía penetran en nuestra alma! ¡Volviendo á casa solos, bajo el cielo estrellado, conmovidos aun por aquella buena armonía afectuosa que reinó entre todos, nos parece que nuestro pensamiento vuela

más libremente desde Monte Pellegrino á Superga, y que deben reposar más en paz los treinta mil italianos que han muerto del plomo extranjero ó de dolores por nosotros!



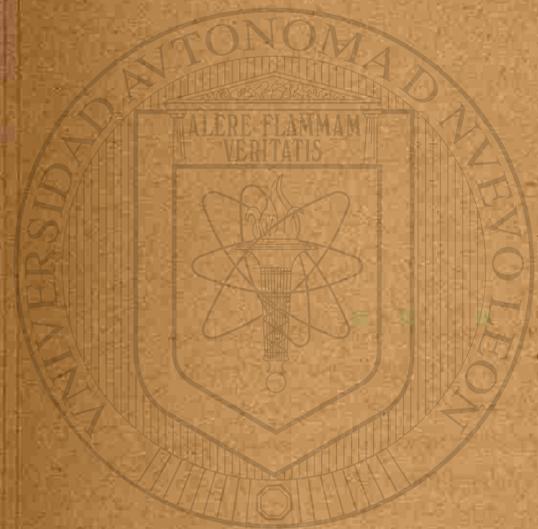
LOS LEJANOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

LOS LEJANOS



UÁN extraños juegos hace la memoria respecto a los amigos de la infancia!

Cuando traemos a la mente aquellos tiempos, se nos presenta como un vasto cuadro, alumbrado en algunos puntos por una luz vivísima, oscurísimo en otros puntos, lleno de manchas y de figuras incompletas y confusas que nos hacen pensar.

Recordamos bien, casi todos, la primera escuela; aquellas paredes, aquella ventana por la que penetraba el sol hasta el banco, la mesita del maestro, el sitio donde nos sentamos la primera vez, bebiendo las lágrimas, mientras nuestro padre nos enviaba el último saludo desde la puerta.

Pero procurando reavivar las imágenes de nuestros

compañeros, encontramos que bancos enteros, filas completas de cabezas han desaparecido.

De algunos recordamos vagamente la forma de la persona, la estatura, hasta el color de ciertos vestidos, pero no recordamos el rostro; han quedado como decapitados en nuestra memoria.

De ciertas caras vemos poco á poco los contornos, el color, la expresión habitual, alegre ó triste; pero nos ha escapado la fisonomía.

Recordamos actitudes, palabras, entonaciones de voz, que no sabemos de quién sean; nombres á los que no corresponde ninguna persona; pedazos de nombre, de los cuales no se consigue coger la primera sílaba, sombras de personas que no podríamos llamar de otro modo, fantasmas sin nombre y sin forma que ocupan un puesto en nuestra mente, no sabemos por qué ni cómo, especie de señas misteriosas que nos hace la memoria y que no conseguimos entender; siluetas de imágenes que parecen reminiscencias de un sueño.

Poquísimos, entre tantos compañeros, permanecen delante de nuestros ojos completos y distintos, como figuras de una pintura al fresco, dejada milagrosamente intacta por la humedad que devoró todas las demás.

Esta muchedumbre de muchachos, compuesta de

personas y de larvas, la vemos precipitarse por ciertas escaleras con gran ruido de zapatos y de reglas esgrimidas contra los hierros del pasamanos y esparramarse en ciertos corrillos por la calle; y siguiendo ora á unos, ora á otros, logramos llegar caminando como á través de una niebla, á patios numerosos, senderos solitarios del campo, bajo oscuros portones de casas, en ángulos de jardines y de habitaciones, ya mucho tiempo olvidadas, que á su vez nos recuerdan otras mil cosas.

La primera sensación que nos produce la nieve, la lluvia, el cielo estrellado, el primer gran miedo á los muertos, las primeras confusas advertencias del sentimiento vienen á nuestro pensamiento, junto con recuerdos extrañamente minuciosos y claros de un cortaplumas roto, de ciertas manchas de tinta en un banco, de fajos de libros atados de cierto modo por la correa de un compañero, del cual tenemos todavía presente un pequeño defecto en el caminar y el rasgo particular que hacía á la T, mientras todo lo demás se ha desvanecido.

Entre los compañeros que recordamos mejor, algunos nos han quedado impresos por la dulzura de su naturaleza, de la cual por otro lado no recordamos ninguna manifestación determinada; no tenemos presente más que una cara simpática y una voz amorosa que nos atraía.

Junto á estos, vemos todavía caras totalmente distintas, rostros malignos que nos eran odiosos; pequeñas caras siniestras, que la multitud de bribones conocida después no puede borrar de nuestra memoria, porque fueron para nosotros como las vanguardias infantiles de la perfidia y del odio humano.

¡Cuán bien recordamos aquellas profundas humillaciones, aquellos dolores que parecían inmensos, cuando al salir de la escuela, después de la primera rifa del maestro que nos había humillado, se nos pone delante la turba insolente, burlándose de nuestras lágrimas, y nos parecía estar en berlina ante un pueblo entero!

¡Cómo vemos siempre ciertas pequeñas figuras de egoistas feroces y ciertos gordinflones bribonazos á quienes nuestro dolor ponía la amenaza en los labios y el prurito en las manos; miniaturas semejantísimas de tanta gente encontrada después en la vida!

*
* *
* * *

A ciertos otros los recordamos por una idea nueva que aportaron á nuestra cabeza ó por un nuevo sentimiento que nos hicieron experimentar.

Casi todos tenemos en la memoria al primero que nos enseñó el significado de una palabra indecible y nos explicó á su manera, por medio de extravagantes conjeturas, la conformacion secreta de una mitad del género humano; el que nos impulsó, el primero, con el ejemplo, al pequeño hurto doméstico, por el que nuestro padre nos mostró por vez primera el rostro terrible del juez; el que fué nuestro compañero en la ansiedad tormentosa de la primera fuga de casa, á través de un campo que nos parecía inmenso, monstruoso como un continente inexplorado; el que nos apretó el primero la garganta en su ángulo de la sala desierta, y nos gritó en la cara: —¡Te mato!— blandiendo un cortaplumas de hueso negro; y ciertos bribones de fama terrible, temidos por todos, reputados capaces de una fechoría, que nos enseñaba por

debajo del banco la hoja de un cuchillo y nos robaban las nueces del bolsillo, dejándonos en cambio la vida.

Recordamos tambien el aspecto de algunos que murieron por el sentimiento nuevo que aquella noticia nos produjo, un sentimiento mixto de incredulidad y temeroso estupor y porque seguíamos por muchos días en la escuela, mirando de vez en cuando su puesto vacío, como esperando una aparicion que nos explicase el secreto de la muerte; y el aspecto de algun otro, un poco más tarde, por el aura de misterio que lo circundaba, por una especie de curiosidad tímida é indefinida de que era objeto entre todos, á causa de una voz que corría por lo bajo, por haber dado un gran paso delante de nosotros, en la ciencia... del bien y del mal.

¡Y qué confusion de recuerdos ha quedado en nuestra cabeza de todas aquellas raras conversaciones, con las que nos comunicábamos unos á otros, nuestras fantásticas ideas acerca de la vida de los hombres, los gigantescos conceptos que formábamos de tantas cosas pequeñas y fútiles, las interpretaciones extraordinarias que dábamos á fragmentos de discursos inocentes de personas adultas, cogidos al vuelo de oculto y las pequeñas esplendideces de nuestra casa, engrandecidas con hipóboles charlatanes.

Ahora nos acordamos de que, desde entonces, alguna cosa semejante á la amistad se manifestaba ya entre nosotros: recordamos ciertas parejas diminutas de Píldes y Orestes, que llegaban y se iban siempre juntos, y se sostenían uno á otro con la palabra y con las manos; ciertas alianzas fraternales, sostenida con regalos de pequeños objetos de bisutería y de fruta seca; ciertas protecciones caballerescas que se anunciaban de compañeros recién llegados, por impulso espontáneo del corazón.

Algunos hay por los que conservamos un vivo sentimiento de gratitud, por cualquier acto de bondad, que ha huído de la memoria, pero que dejó una huella en el alma; imágenes vagas que acuden á nuestra mente cada vez que, en el curso de una meditación, buscamos en nuestros recuerdos argumentos favorables á la naturaleza humana, que nos reconcilien con la vida.

Por otros hemos conservado un sentimiento de

piEDAD; criaturas infelices que comenzaron junto á nosotros, su vida de víctimas predestinadas; pobres muchachos enfermizos, ridículos por defectos físicos, despreciados ya desde entonces por su pobreza y su abandono; y nosotros les vemos todavía en su actitud habitual de resignación y cobardía, ó trasfigurados por un furor repentino de insubordinación, y sofocados por un nudo de llanto desesperado, que suena siempre en nuestro oído como un reproche y que despierta un remordimiento en nuestro corazón.

A algun otro, por fin, no lo hemos olvidado, porque era para nosotros un pequeño númen, al cual éramos adictos y le admirábamos por la superioridad de la inteligencia, y le envidiábamos por su belleza y por su fuerza; una especie de grande hombre de la infancia que, en nuestro pequeño mundo representaba el más alto grado de poder y gloria á que se podía subir.

¡Pero se nos aparecen tan lejanas todas estas figuras!

Algunas pasan á veces por la mente como un relámpago, en medio de los trabajos del día, á través de una serie de pensamientos, á mil leguas de distancia de aquel tiempo, y nos hacen permanecer un momento maravillados, preguntándonos por qué

camino, por qué reclamo, aquella remotísima reminiscencia pueda habernos asaltado en aquel momento.

A menudo también, uno de nuestros antiguos compañeros, de los menos claramente recordados, nos aparece en sueños, después de otra visión diferentísima, vivo y animado como jamás se presentó á nuestra memoria durante el día, en medio á circunstancias de lugar, de tiempo, de luz, tan limpias y vivas, que en el mismo sueño experimentamos un vivo estupor que continúa después de habernos despertado.

*
* *

Los amigos que se desea ver más vivamente son aquellos que tuvimos por compañeros á los quince años, cuando en el muchacho empieza á agitarse el jovencillo.

Ciertamente, la amistad es poca cosa en aquel tiempo; las pasiones nacientes sofocan los afectos; se ama tanto aquello que se vé delante de sí, en el porvenir, que casi no se cuida de lo que está alrededor.

No se tienen amigos, sino camaradas; las manras y el lenguaje, no refrenados todavía por el respeto de sí mismo y de los demás, son más de soldados que de caballeros, nos tratamos á golpes y empujones, quitándonos unos á otros la palabra de la boca, brutalmente, con aquella voz fuerte y desentonada que hemos adquirido en la pubertad casi de improviso y de que estamos orgullosos, como de los primeros pelos de barba; disputando, nos cam-

biamos patentes de asno con una profusion de taberna.

Si alguna vez se demuestra un afecto extraordinario á cualquiera, no es tanto por sentimiento verdadero cuanto porque nos parece bello y viril representar la parte de verdadero amigo, el encarnar el ideal de una gran amistad de poema.

Pero en aquellos años se preparan las líneas con que ordenamos las amistades futuras.

Hay pocas cosas que liguen tanto á dos hombres como el poder recordar juntos el terror de los primeros exámenes verbales, el enojo de aquellas clases de los días de verano, aquella alegría de perros de caza con que se corría al campo libre por las sendas, huyendo del ahogadero de la escuela, aquella perpétua y dichosa propension al ridículo sobre todo y sobre todos, aquellas conversaciones clamorosas, que nos tenía clavados tres horas á una esquina y nos dejaba colorados y excitados, como despues de beber un vaso de vino.

¡Y cómo quedan estampados en la memoria la mayor parte de los amigos de aquel tiempo; ciertos tipos elegantes á quienes se envidiaban los calzones finos, el pié pequeño y el abono al teatro; los primeros de la clase, las cabezas fuertes á que se hacía un poco la corte, con la esperanza de ayu-

da á fin de año; ciertos pequeños mónstruos precoces del vicio, depravados hasta la médula de los huesos; ciertos dormilones incorregibles, atacados de horror instintivo hácia los libros, indomablemente rebeldes á toda especie de ocupacion intelectual, y firmísimamente resueltos á reventar antes que bajar la cabeza ante el yugo del estudio!

A estas imágenes se mezclan mil recuerdos de salas ahumadas de billar, de gritos de vendedores ambulantes, que pasaban por la calle durante las lecciones de la mañana, de soplos repentinos de primavera, que entraban por las ventanas abiertas y nos hacían suspirar por la libertad y el campo y una confusion de reminiscencias, de proposiciones latinas, de versos de antología, torcidos en mil sentidos indecentes y ridículos, de despropósitos colosales de gramática, de grandes nombres históricos convertidos en sobrenombres bufonescos, de fragmentos de composiciones de palabras extrañas pertenecientes á una particular gerga cómica que estuvo en uso entre nosotros durante cierto tiempo, de ciertas frases de libros que nos tuvieron largo tiempo absortos, con la barba apoyada en los puños, en una especie de somnolencia sensual de la que salíamos mediante la voz monótona del profesor de filosofía.

A cierto punto, este primer grupo de amigos se desbanda de repente.

Catástrofes de familia, decretos de ministros, matrimonios juveniles, nos atraen y empujan por cien lados distintos quién á pocas leguas de distancia, quién al cabo opuesto del país, produciendo una gran perturbacion de proyectos fallidos, de ambiciones desviadas, de intereses y afectos turbados ó destrozados; cada cual se lanza á la gran caza de la vida, por su sendero y entra en un nuevo mundo en medio á un círculo de nuevos amigos.

Pasan años y años. Pasa el torrente impetuoso de las pasiones juveniles que nos arrastra; salen los primeros dolorés que nos combaten, trábanse las primeras luchas que nos revelan la vida bajo nuevo aspecto; y en todo este tiempo yendo adelante con una rapidez que nos impide volver atrás, no recordamos sino vagamente y de escapada las cosas y los compa-

ñeros de nuestra adolescencia que nos parece ya muy lejana.

Solamente hácia los treinta y aun más tarde, se detiene el paso, se toma aliento y se empieza á medir detenidamente el camino recorrido; se vuelve con el pensamiento entre los amigos de quince y de diez y ocho años para encontrar entre ellos á nosotros mismos y reconocer los cambios acaecidos en nosotros por la confrontacion del yo actual con el yo de entonces.

Esta primer revista de nuestra pequeña sociedad juvenil nos dá un placer muy semejante al que nos proporciona el regreso de un viaje.

Algunos de aquellos amigos, una oleada de la vida los ha vuelto á traer junto á nosotros, despues de tres ó cuatro años, y los ha mezclado con nuestros amigos nuevos; otros pasaron por nuestro lado, mas apenas tuvieron tiempo para saludarnos, y se alejaron arrastrados por la corriente; de muchos no se ha tenido noticia, desaparecen sin dejar huella de sí, como náufragos en alta mar; de pocos se ha sabido alguna cosa en grandes intervalos de tiempo, despues, de repente, han desaparecido también sus huellas.

Respecto á otros sucede una cosa extraña: un día comparecen en nuestra memoria, inesperadamente,

como esos monigotes de las cajas de sorpresa y entonces nos apercibimos de que jamás habíamos pensado en ellos, que habían sido olvidados en absoluto, arrancados de raíz, por decirlo así, de nuestro pensamiento.

Y algunas veces nos asaltan deseos vivos é imprevisos de volver á ver á algunos.

En ciertos días negros nos parece que tal compañero, no visto hace quince años, conseguiría con su particular sentimiento cómico, restituirnos la serenidad.

Nos parece que volviendo á vivir con ciertos amigos de entonces, encontraríamos la alegría y el sentimiento de la vida de aquel tiempo. A menudo, en un momento de exaltación, despues de un banquete ó al despertarse la mañana de un día que prevemos feliz, nos proponemos inquirir noticias, ponernos sobre la pista de este ó de aquel y de reanudar, al ménos de lejos ciertas amistades antiguas; alguna vez tenemos en la cabeza una carta entera; pero cualquier cosa la desvanece, una hora despues, bajo el peso del pensamiento ó de las ocupaciones habituales.

Algun raro amigo, lo encontramos tambien, despues de mucho tiempo, con uno de aquellos nombres famosos de abogados criminalistas ó de oradores populares; al principio se teme que sea otro, pero des-

pues se reconoce la identidad; es él mismo; y la cosa parece tanto más extraña, porque no nos es posible representárnoslo en el banco del tribunal, en medio de la muchedumbre tumultuosa, de otro modo, que que en el aspecto de los primeros años, con aquel hocico de mona, que hacía sospechar un poco de todo, excepto dos cuartos de cerebro.

Pero de la mayor parte no se sabe nada de nada; avanzando el tiempo, nos dejamos llevar de mil imaginaciones acerca de lo que puede haber ocurrido á cada uno; Fulano de Tal será comerciante en una ciudad del Rio de la Plata; tal otro pasará esta noche misma, con este maldito tiempo, el cabo de Buena Esperanza, sobre un barco de vela, del que es capitan; otro estará tal vez hace diez años en nuestra misma ciudad, tal vez en la calle vecina y no le hemos encontrado nunca y moriremos los dos sin vernos; muchos, sin duda, cuyas imágenes se nos presentan á menudo con aquella cara coloradota de otro tiempo, y con la boca abierta hasta las orejas por una risotada de loco, nos harían retroceder horrorizados si se nos aparecieran delante en su actual aspecto.

¡Cómo pesan sobre nosotros, en ciertos momentos todos estos misterios y cuánto daríamos por saberlo inmediatamente todo!

Muchas de estas curiosidades nos acompañan en el curso de la vida.

Suceden encuentros lejanísimos de toda prevision, en las circunstancias más cómicas y de las maneras más extrañas; nos acosamos, tropezamos, caemos uno sobre otro como números de la lotería mezclados en el bombo ó como personajes de antiguas novelas de aventuras.

Una noche, en el vestíbulo del teatro, estrujamos con la cabeza la chistera de un desconocido, asomado como nosotros á la ventanilla del despacho de los billetes; lo miramos, nos mira...

Es nuestro vecino de banco en el instituto, que no veíamos hace veinte años, el mismo en cuerpo y alma que nos mira con ojos desmesuradamente abiertos describiendo con la boca una O de letrado de tienda.

Dormitais en un vagón, de noche; de repente os levantais, apostrofando á un vecino que os ha puesto una bota en el pecho y que se levanta á su vez para

pediros explicacion de la ofensa; y os encontráis los dos cara á cara, en actitud de guerra, bajo la luz de la lamparilla, exclamando:

—¡Caballero!

—¡Caballero!

Y permanecéis asombrados; despues estalláis en una gran risotada.

Es el mismo compañero de colegio que os puso e primer cigarro en la boca hace diez y ocho años y que os acompañó á casa blanco como un difunto.

Llegáis á una ciudad por primera vez, y por la tarde, en medio de la muchedumbre desconocida, veis delante de vosotras una espalda particular, una espalda diversa de los demás; alargáis el paso, pronunciais un nombre... ¡Es el mismo!

El hombre se ha vuelto rápidamente y os ha mostrado el rostro del antiguo colega, que os mira de piés á cabeza sin reconoceros, con una seriedad de comisario de policia, que os dá un momento de placer infinito.

Alguna vez desde la platea de un teatro de provincias, descubríis en el palco escénico un amigo predilecto de colegio, un cabeza ligera, convertido en primer galan de una compañía dramática de sexto orden; lo reconecéis bajo los restos de un grande de España ó de un antiguo romano, en cuanto declama

su relacion delante de la concha del apuntador, con aquella misma desagradable pronunciacion de montañés con la que leía las composiciones en aquellos dichosos tiempos.

Otras veces, poniendo un despacho en la ventanilla del servicio telegráfico, veis asomarse, como un grillo al agujero, al empleado sonriente, sobre el cual vuestro nombre ha hecho el efecto de una paja, y en aquella cabeza de grillo reconocéis á vuestro antiguo rival en composicion latina que os hacía salir la rabia por todos los poros cuando os lanzaba una mirada oblicua al sentarse, después del "¡bravo!" del profesor.

Ocurren tambien, encuentros tristes. En una mesa redonda, en país extranjero, veis, de repente, al camarero quedarse inmóvil y confuso en el momento de poner os el plato por delante. ¡Dios mio! Ha cursado con vosotros el primer año en la Universidad y más de una vez os ha prestado sus apuntes.

Estos casos, raros en la vida, se suceden en ciertos períodos de tiempo, con una frecuencia que os admira. Tenemos años llenos de sorpresas, de encuentros increíbles, que nos hacen dar un paso atrás y volver hácia un lado la cabeza, como si se nos apareciese un muerto resucitado.

A veces nos ocurren estos encuentros al volver

una esquina, en ciudad extranjera, en los últimos momentos, cuando vamos ambos á lugares diversos, con las maletas en la mano.

Otras veces al alba, en un buque, saliendo uno y otro de dos camarotes próximos despues de haber charlado desde dentro de ellos como dos desconocidos.

Otras veces, en una calle llena de gente, un momento despues que uno de los dos, por un accidente rarísimo, ha pensado en el otro y en la lejana posibilidad de encontrarlo un día por el mundo... Combinaciones que hacen quedaros allí, soñando, casi asombrados, con la sospecha de una predestinacion, de una voluntad sobrehumana que nos habría puesto en la misma calle con algun fin misterioso.

Todo esto es muy agradable pensándolo, pero en la realidad ¡cuántos desengaños nos proporcional! Raros son los que se muestran contentos:

Hay, es verdad personas amables, cordiales, para las cuales estos encuentros son alegrías impagables: en el momento de vernos se nos arrojan al cuello y nos abrazan estrechamente, y despues nos acompañan un buen rato rodeándonos el cuello con su brazo, mirándonos con los ojos húmedos, tocándonos como á un hijo á quien se creía perdido y se acaba de encontrar, jadeantes y dichosos, sin cesar de lanzar exclamaciones de alegría, hasta el punto que la gente se detiene y cree que está pasando el símbolo vivo de la amistad.

Pero hay otros á los que dan ganas, en verdad, de darles un bofetón, sin preámbulos de ninguna especie.

Bajo su rostro no se mueve un músculo, su voz no cambia de tono, os alargan la mano como se la da-

rían al guantero para que les tomase medida, y os preguntan como estais, con la tranquilidad de una persona que os encontrara todas las mañanas. ¡Despues de quince años!

Y son capaces de anudar de pronto, el hilo de sus pensamientos, contándoos las peripecias de una partida de juego que han ganado la noche ántes, sin haceros una sola pregunta sobre los sucesos de vuestra vida.

¡Qué mal se está delante de estos pedazos de hielo y de lodo, y con qué impaciencia se mira la esquina próxima tras de la cual nos vengaremos con un llanto feroz!

Estos y aquellos representan los dos extremos: entre unos y otros corre la infinita escala del termómetro del corazón humano.

Hay el amigo que corre á vuestro encuentro gritando, con los brazos abiertos, como las aspas de un molino de viento, no por impulsos del corazón, sino más bien obedeciendo á ciertos instintos de cómico que le impulsan á hacer demostraciones aparentes y ruidosas, que mueven á decir á los que pasan:

—¡Qué corazón!

Hay el amigo contento de sí propio, que se ha hecho célebre, rico ó influyente, que llega á nosotros con las manos tendidas, que busca con avidez

todos los compañeros de su primera juventud, en cualquier estado de fortuna en que se encuentren, que hasta se humilla delante de ellos, no por bondad y por afecto, sino para procurarse una satisfacción de amor propio, mostrando su cambio para hacerse envidiar y admirar, aunque no sea más que por una hora, de aquellos que, en su tiempo, estuvieron á su nivel y que ahora han quedado debajo.

Hay el pobre diablo, sumido en la oscuridad y en la pobreza, que huye de vosotros, no por desprecio, sino por un sentimiento de dignidad y de pudor, para no mostraros su semblante triste y sus trajes averiados, ú os recibe con frialdad orgullosa, para prevenir vuestro orgullo del cual temen una sonrisa que los humillaría; pero pocas veces ocurre esto. Casi todos, al ver á lo lejos á un compañero de la infancia, mientras no son vistos por él, examinan entre sí, rápidamente, si su vanidad ganaría ó perdería en el encuentro: y frecuentemente, observándole sin que él os aperciba, podéis ver su vacilacion en la desigualdad de su paso y en la incierta turbacion de su semblante.

Hay quien se acerca y despues se esconde, habiendo cambiado de pensamiento; hay quien se para á leer un cartel pegado á la pared, haciéndose visible, para que seais vosotros los que deis el pri-

mer paso; y hay, por fin, quien se aparta de vuestra vista, fingiendo que es por descuido, para que el reconocimiento se verifique necesariamente por las dos partes al mismo tiempo, sin aparecer más deseado por el uno que por el otro.

Hay tambien quien pasa de largo, no por antipatía ni por orgullo, sino más bien por pereza, por evitarse la obligacion de una demostracion afectuosa que le sería impuesta por la cortesía y la incomodidad de volver á hablar de un pasado que le es enojoso.

Existen almas mezquinas que serán partes de nuestra compañía haciéndoos reparar que os hacen una acogida glacial para vengarse, precisamente en aquel momento de un pequeño desaire, de una ofensa de estudiante que le hicisteis hace veinte años y que han conservado cuidadosamente en el corazon como un dardo envenenado, esperando la ocasion de quitárselo para clavarlo á vosotros cuando os encontrase.

Hay alguno que os recibe mal porque su rivalidad de estudiante de Universidad está aún viva en su edad madura, como lo estaba hace diez y seis años, y os acompañan desde lejos, cualquiera que sea la calle que recorrais, aunque esté á mil leguas de distancia de aquella á la que vaya; y sería para

ellos una molestia insoportable tener que haceros un cumplido, aunque fuese sólo con los labios, por el nuevo estado en que os encontrais.

Existen tambien los vergonzosos, que doblan la esquina cuando os ven aparecer, porque cuando estabais juntos en la escuela eran el "hazme-reir" de todos, ó tenían una señal extraordinaria porque le conociais ciertos secretos, ciertas debilidades de muchachos, y temen que su vista os sugieran estos recuerdos por los que deben ruborizarse en vuestra presencia.

Pero ¿quién podría enumerar todas las rarezas, todas las miserias del amor propio y del egoismo que se revelan en estos encuentros?

*
* *

Hay, en fin, quien vacila largo rato alrededor del amigo por una vanidad puramente física, porque le molesta enseñar las canas de sus cabellos ó la mella de su dentadura.

Alguno no se os acerca por huir el compromiso de de invitaros á comer, y sacrifica vuestra amistad, renuncia á veros toda la vida por ahorrar unas cuantas pesetas.

Otros salen á vuestro encuentro, pero viéndoos vacilar algunos instantes y sospechando que la vacilación procede de poco deseo de reconocerle, se van como si nada hubiese ocurrido y os obligan á hacer lo mismo.

De aquí proviene una especie de correspondencia muda entre vosotros: volveis á encontraros otras veces y os mirais sin saludaros, queriéndoos decir el uno al otro:

—¿Pero por qué no das el primer paso, necio?

Hay, por último, el amigo de *buena pasta*, que á

vuestras expansiones corresponde mal, encogido y seco, dejándoos lastimados y ofendidos, no por mal corazón, sino por cualquier tontería. ¡Dios santo! Habéis llegado á propósito á una hora dada: hay una fiesta de amigos en la que no se contaba con nosotros: la echásteis á perder.

Otras veces os recibe con lágrimas de alegría en los ojos; la culpa es vuestra; tendrá remordimiento y vergüenza sinceramente, por una pequeñez que á él le parece un gran pecado: hacía veinte años que no íbais á verlo!

Pero así sucede: hay pocas amistades que resistan á la prueba de una incomodidad.

El cariño tiene su horario.

Hay días en los que el corazón *no recibe*.

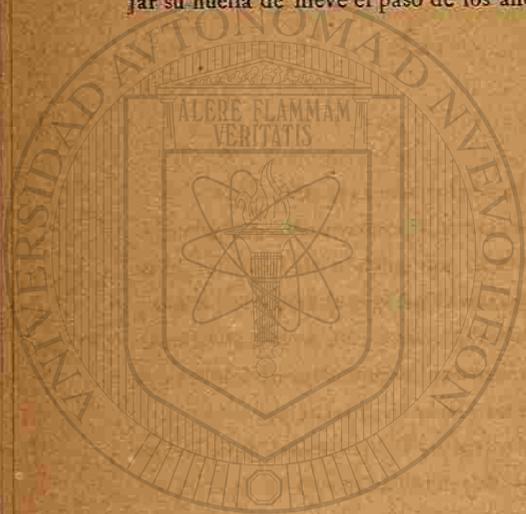
*
* *

No importa: un amigo generoso que tenga el corazón en la mano que os encontréis, os compensa de los desalientos y miserias de otros ciento.

Es un placer que tiene pocos iguales. Se nos aparece envuelto en una nube de recuerdos que evocamos todos de una vez, como una multitud de mariposas de variados colores.

Se nos presenta rasgando un velo, trás del cual abrazamos con una sola mirada en iluminado horizonte, rostros queridos, paisajes poéticos, escuelas recorridas, cien pequeñas crisálidas de nosotros mismos. Es como un fantasma venido de otro mundo, la imagen viva de nuestro pasado, un mensajero que nos trae un saludo de nuestros muertos, un perfume de nuestros afecto y de nuestras alegrías de los primeros años, un poco del aire de todos los lugares en los que hemos vivido y algo del polvo de cuantas cosas hemos amado.

Después, lo primero que se hace observar, comparando nuestras decadencias físicas, principalmente es el cabello, para observar en donde empieza á dejar su huella de nieve el paso de los años.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



¡Qué pronto viene el desengaño, santo cielo!

El tiempo ha hecho sus primeros extragos de viejo bilioso; ha arrancado un mechón de cabellos de la cabeza, ha sombreado de arrugas el cerco de los ojos, ha desfigurado la barba y ha tirado aquí y allá líneas de dibujo topográfico con la cuidadosa delicadeza del que experimenta un placer en el trabajo.

El uno dice al otro: —Te encuentro bien,— que es como decir: —¡Bueno te han puesto los años!

¡Ah! verdaderamente ciertas obesidades de los cuarenta años, ciertas redondeces de tonel, con el aditamento de un principio de joroba, que amenaza crecer, nos hacen sonreír compasivamente como buenos hermanos, con un vago sentimiento de tristeza. ¿Dónde estais gentiles talles ligeros que os mecáis elegantemente en las vueltas de vertiginoso vals? Ciertos pequeños defectos apenas visibles en la juventud, se han revelado insolentemente, aprovechán-

dose del descuido en que los dejó el padre de familia preocupado con otros cuidados.

Se han presentado ciertas aberraciones, ciertas dilataciones semicómicas en el rostro, que parecen efectos patológicos y que os hacen preguntar: ¿Pero está grueso ó hinchado?

Es aquel maldito deterioro de la edad madura que no inspira aún el respeto de la vejez y acusa ya lejana la juventud: el ligero estrago, el que hace se diga de una mujer que está *pasada*; un no sé qué de arrumbado y de áspero, algo que no es la ruina, pero sí el derribo; la apariencia desagradable y un tanto burlesca de un pollo á medio pelar.

Y, sin embargo, encontráis aun algunos frescos y lozanos, como si no hubiesen pasado los años, verdaderos burladores del tiempo, en los que no ha dejado huella alguna los veinte años trascurridos y que están tan poseídos y envanecidos con su postiza juventud, que dá grima verlos.

Otros, los muy bribones, aunque envejeciendo, se han hermosecado á su manera: eran muy poquita cosa á los diez y ocho años, tenían aspecto raquíptico y miserable de colegiales viciosos y han tomado, engordando, con el auxilio de una gran barba de espantañños, cierta postiza majestad que no les dá nada de vista.

Pero, sobre poco más ó ménos, todos estamos lo mismo; con la apariencia de jóvenes, sí, pero agostados por una larga marcha, con los músculos de la cara algo rebajados y polvo en el cabello.

Se habla mucho de la generosidad de la amistad; pero no hay cosa que dé tanto gusto á dos antiguos amigos como encontrarse ambos maltratados por el tiempo con imparcial ferocidad.

Después de este primer exámen estético, se siente en seguida la necesidad de sentarse el uno frente al otro, en algun apartado rincón, para acabar de reconocerse.

—Ea, querido amigo: se han juntado ya algunos añillos, ¿no es verdad? Es durilla la vida, ¿no es cierto?

Ambos, á poco se han formado el mismo concepto, la amargura de la experiencia ha llegado en los dos á la misma altura, por distinta que haya sido su vida; como llega al mismo nivel un líquido en los vasos que se comunican, cualquiera que sea su forma. Y haciéndose preguntas no pueden ménos de permanecer algunos minutos mirándose absorto cada uno pensando en lo que le habrá ocurrido al otro en todo aquel lapso de tiempo?

Todo desfila corriendo delante de su mente, casi espantándolos, como el paso de una multitud albo-

rotada, grandes dolores secretos, notas de terror y de espanto cogidas á la cabecera de los moribundos, gritos de locas ambiciones sofocadas por el mundo, traiciones de amigos, torturas del cerebro, bestialidades, días siniestros pasados con la cabeza en las manos y la rabia en la sangre, meditando el suicidio.

Y después la turba innumerable de pequeñas humillaciones y de disgustos pequeños; los gusanos y la polilla de la cabeza y del corazón, todo lo que punza, lo que muerde, lo que mancha, lo que consume poco á poco y lo que deja en la mirada, en los labios, en la voz, una huella, una expresión indefinible de cansancio, de tal modo, que se puede averiguar la edad de un hombre por sus ojos mejor que por el color de su pelo y las arrugas de su cara.

—¡Ah, sí; amarga es la vida!—Y este pensamiento domina algun rato á los dos y se revelan de pronto entre exclamaciones joviales, en repentinos silencios y en cierto meneo de cabeza que significa:

—Verdaderamente es cierto.

Y mientras vuelven á apretarse la mano y á alegrarse, hablando de los años trascurridos, pareciéndoles oír una melodía suave y lejana, acompañada de malévola voz que le murmura al oído: —Y bien; todo ha concluido.

El verde pajarillo de la esperanza ha perdido sus mejores plumas.

Los mil ruiseñores que os cantaban en el corazón, han tendido su vuelo, han ido á hacer su nido en el corazón de otras personas.

Han pasado para no volver, aquellos hermosos días azules en los cuales se soñaba con los ojos abiertos; aquellos apretones de manos en los que parecía mezclarse la sangre de dos corazones para correr por una arteria común; aquellos besos furtivos en la sombra; aquellos arranques de alegría que llenaban los ojos de lágrimas.

Se han ocultado aquellas manos misteriosas que se estendían por todos los ámbitos del horizonte.

No creáis entonces que todo pasaría como un soplo de aire perfumado. ¿Lo habeis visto? ¿Estáis persuadidos de ello? ¿Qué decís del chasco? Buenas noches, señores,

*
*
*

Acabadas las demostraciones de alegría, se empiezan las conversaciones.

¡Ah, pobre naturaleza humana, siempre tan próxima de la infancia en todas las edades!

Desde que no nos hemos visto, medio mundo ha cambiado de faz, ejércitos enormes se han exterminado y el ingenio del hombre ha hecho prodigios: un inmenso campo se ha abierto á la razón humana. Y nosotros apenas nos hemos hecho, en pocas palabras las obligadas preguntas sobre la salud y la profesión, nos lanzamos de pronto en el pasado; pero solamente para resucitar las cosas alegres, todas las travesuras escolares, las aventuras cómicas, las ridiculeces de los profesores, un cúmulo de bagatelas sin nombre, y nos quitamos á porfía las palabras de la boca, deteniéndonos á ratos para tomar aliento y comer de nuevo con más ardor.

Y es que hay necesidad de reír en este mundo, y de ir buscando con linterna, el más pequeño y el más

lejano motivo de risa, para consolarnos de los mil cuidados que nos oprimen y de los mil peligros que nos amenazan.

La primer hora es una orgía de la memoria, una alegre pesca que se hace en el pasado, de nombres y de anécdotas amenas, un desfile de caricaturas dispersas, una imitación bufa de gestos y de voces interrumpida por algunas explosiones de alegría que nos obligan á apoyar la frente en la mano, como las explosiones del llanto; es una de aquellas pocas horas felices de la vida que se recuerdan siempre como ciertas bebidas deliciosas de determinados manantiales.

*
* *

Después, de repente, la conversación cambia de tono: se pasa rápidamente por los acontecimientos políticos y por los sucesos de familia; nos ocultamos recíprocamente nuestras opiniones y nuestro sentimiento deseosos de descubrir, el uno en el otro, los efectos del tiempo y de la experiencia, pero con precauciones, con preguntas capciosas á fin de dar tiempo á retirar la mano cuando se siente la punta; nos hojearnos mutuamente, como un libro, procurando leernos sin que nos apercibamos de ello y mirándonos á ratos de soslayo para ver si la expresión del semblante corresponde con las palabras que decimos.

Se parte el campo saltando de la política al amor, á los negocios, á las muertes; la conversación toma sucesivamente, distintos colores; la voz recorre todos los tonos, se comienza riendo, se interrumpe para enjugarnos una lágrima, se reanuda el hilo de las conversaciones alegres, se vuelve á deslizar en los

asuntos tristes, se tocan todas las teclas de la vida á capricho de la mano.

Y después, nos quedamos los dos silenciosos, asombrados de no tener nada que decirnos, al cabo de tanto tiempo, con los ojos fijos en el polvillo que flota en el aire iluminado por un rayo de sol, que entra por la ventana del solitario café, algo cansados de aquella carrera precipitada á través de la vida, no poco atormentada la cabeza con el penetrante olor de todos aquellos recuerdos tan diversos, y con una sombra de tristeza que podía llamarse la nostalgia del pasado, semejante á la que se experimenta después de haber vuelto á ver una casa en la que se ha vivido muchos años.

*
* * *

Pero, ¡qué rarezas y qué variedad de cambios se encuentran en los amigos que no se han visto durante la juventud!

Algunos, de natural díscolo y violento, que parecían iban á trastornar el mundo, se han acomodado tranquilamente á la vida del matrimonio: su vida no tiene más fin que la procreación: desde las veinticuatro hasta los treinta y cinco años, su casa se ha convertido en un asilo de niños: han nacido para propagar la especie: no eran turbulentos é inquietos cuando mozos, sino porque sentían ya agitarse dentro de sí la vida de aquel pequeño pueblo que deberían echar al mundo más tarde. Ahora nadie los conoce ya: viven tranquilamente en su oficina de niños, contentos de su obra y pacíficos como cordelillos.

A otros los encontráis secos como zarzos, con cara de bobos: eran paladines y ya no hablan más que monosílabos: llamad á la puerta de su cerebro y

nadie os contestará: no hay nadie en casa. Lanzados al placer á los diez y ocho años, han apurado los goces sin darse un momento de descanso: han vaciado su cerebro, su corazón y sus venas. Vuelven un poco en sí al veros de nuevo, y despues se entregan otra vez á rumiar silenciosamente pensamientos sensuales y mientras le habláis de la muerte de vuestro padre, siguen con la vista á unas faldas que pasan; al cabo de un cuarto de hora le mandáis á paseo y os lo agradecen.

Otros presentan un fenómeno psicológico muy curioso: los veinte años que han trascurrido desde que no los habeis visto, parece que los han pasado durmiendo: tales como estaba entonces, intelectualmente, así los encontrais; sin una idea ni un conocimiento más: repiten, con las mismas palabras, idénticas conversaciones; ríen, con igual sonrisa, las propias tonterías; ticaen aún, al cabo de cuarenta años, la misma barbilla incipiente que tenían á los diez y siete, en la flor de su juventud temprana; se hallan en un estado de conservacion completa, y viven y funcionan como simples aparatos digestivos.

*
* *

En algunos, pero esto muy raras veces ocurre, halláis todo lo contrario: una pasión, un acontecimiento extraordinario cualquiera, ha hecho moverse á la máquina de su pensamiento: todas sus facultades se han engrandecido y agigantado: estudiándose, han llegado á ser pequeños capitalistas intelectuales: desde sus primeras palabras descubris en ellos un nuevo florecimiento de ideas; una razón ejercitada, un ingenio resuelto y batallador que os obliga á ponerlos en guardia con cierto sentimiento de respeto y os admiran tanto más cuanto que no tenáis ningun indicio de ello en los bancos de la escuela, donde no hacían más que delicados trabajos de ebanistería con el cortaplumas.

Voiveis á encontrar ciertos hombrecitos buenos, ingenuos y dulces en el fondo y en la forma, tales como eran de niños; criaturas privilegiadas que han atravesado la vida como un lago tranquilo, vírgenes aun de desengaños, sin experiencia del mundo, ver-

daderos niños envejecidos, delante de los cuales por sencillos y oprimidos que seáis, os parecéis viejos Mefistófeles, cargados de años y de pecados, y os ocurre tratarles con cierta benevolencia paternal, como si tuviérais más edad que ellos.

Otros han pasado por el mundo de la más rara manera posible: los habéis conocido cándidos como palomas, que se avergonzaban por cualquier cosa y de quienes todos se burlaban por su timidez de niños; y los encontráis ahora con otro aspecto, con una expresión áspera y severa, con otro timbre de voz, con una apariencia fría de palabras y de ademanes que os inspira pocas simpatías. ¡Cuidado! Han matado á su madre á sobresaltos: hecho abortar á su mujer: herido en duelo á un amigo por quince pesetas: estafado un capital á un pariente y no están en presidio por un milagro.

Sin saber por qué, sentís en su compañía un mal-estar, una repugnancia que no os sabéis explicar y lo dejáis en la primera ocasion que teneis, quedándoos como si os quitarais un gran peso de encima.

Otro, que estaba rebosando salud y contento, lo volveis á ver enflaquecido y macilento, con la cara contraída y una sonrisa forzada.

Era de alma noble y se ha hecho malicioso; era es-
nativo y está muy metido en sí.

Es un pobre hombre caído en el horrible abismo de un matrimonio desgraciado, que ha consumido la fuerza de su naturaleza vigorosa y que la va gastando poco á poco.

Os recibe con gusto y se reanima algo con vosotros olvidando el infierno en que vive; pero baja pronto la cabeza y deseamos llegue pronto el momento de separarnos de él porque no podemos consolarle en su desgracia, que se avergüenza de confesar.

Hay á veces, el amigo trasformado por completo por la influencia de la mujer.

Era un grosero, de gustos y formas ordinarias y una blanca mano lo ha modelado de nuevo, poco á poco; lo volveis á encontrar casi elegante, ligeramente perfumado, familiarizado con lo que antes odiaba y con el gran mundo, del que huía, desacostumbrado al vino, aficionado á la literatura, con la voz más suave y enamorado de su mujer que es para él una especie de institutriz, y á la cual se decide á presentaros despues de haber echado una ojeada á vuestro traje.

Algún otro, de familia pobre, que comía patatas por darle carrera, célebre entre los compañeros por el vacío absoluto y perpétuo de sus bolsillos, siempre callado, avergonzado de su miseria, se os presenta trasfigurado por una inesperada herencia que lo ha elevado de un salto desde las regiones del hambre á las de la opulencia.

Engordado por una buena mesa, se alegra del encuentro para enseñaros su caballeriza con la espresiva naturalidad del nuevo rico, no bien acostumbrado todavía á hacer los honores de su casa y ostentando una vistosa cadena de reloj, pero en el fondo es un buen hombre que volveis á ver con gusto, recordando cierto gaban oscuro que le sirvió siete inviernos.

Encontrais despues caras de difuntos, á las cuales no teneis necesidad de pedir cuenta de su pasado, y aunque se sonrian un momento al volveros á ver les costará trabajo no llorar cuando hablen de sí propios.

Han sido verdaderos sacos de desdichas.

La série de sus desgracias comenzó en el grado de licenciado que no lograron aprobar, desde entonces todo les ha salido mal; la carrera malograda, su mujer muerta, los hijos discolos, reñidos con sus padres y la salud perdida; todo se le ha vuelto en contra.

Y vosotros permanecéis allí inmóviles y mudos, como delante de un montón de ruinas, buscando inútilmente una palabra de consuelo que no os parezca sarcástica ante tantos dolores.

Para estos todo ha concluido.

Se encuentran, en cambio, otros que no han comenzado nada todavía.

A los treinta y cinco años andan en busca de todo, de una profesion, de un amor, de una filosofía, de un sitio para vivir.

Viven en el aire, posados sobre un árbol como los pájaros, y tranquilos, sin embargo, sanos como manzanas, llenos de risueñas esperanzas como á los veinte años, no amargados por la experiencia dolorosa, porque no han penetrado el fondo de ninguna cosa, son grandes maestros en el género y gozan una felicidad que Dios les conserve.

Otros amigos, no ménos singulares, los encontrais en una gran ciudad; inmóviles años enteros en un empleillo en el cual han seguido como apc-gados.

Su vida ha tenido la regularidad de la marcha de un reloj.

El suceso principal de ella ha sido sustituir el cigarro por la pipa, por consejo del médico.

Viven retirados, con costumbres de viejos, contentos con tomar sus dos pastelillos al día, resignados con su suerte, benévulos con los antiguos amigos que vuelve á encontrar, tan privados de envidia como esperanzas y ocupados en el arte de la encajería, que recrea de las fatigas del trabajo y empleados desde hace diez años en hacer sonar un violín rebelde que es el consuelo de su vida.

Se encuentran otros que no han salido de la pequeña ciudad en que nacieron, los cuales, habiendo desaparecido las graves ambiciones que abrigaban en su mente, condenados á una oscuridad que aborrecen, han llegado á convertirse en bestias feroces; conceden patentes de animales á todo el mundo, hablan mal de todos los amigos que llegan á ser algo: se encolerizan desde el fondo de su soledad contra todas las prosperidades de los demás como si todas se hubiesen conseguido haciendo escabel de sus hombros, y pasan así su vida echando los hígados y mordiéndose la cola.

Están amables con vosotros si estais por tierra como ellos, y soberbios como Luzbel si os habeis elevado, y ¡quién sabe si muchas enemistades inexplicables de gentes desconocidas las debeis á las villanías y calumnias que han vomitado contra vosotros desde hace quince años!

Otros, no se sabe cuándo ni porqué, han echado humos aristocráticos: hechos hombres, han sacado un pergamino que tenían escondido cuando estaban en las aulas y han hecho de él un título de nobleza.

Los dejasteis afables y los encontrais secos: os reciben con una cortesía enmohecida, os presentan en su círculo de amigos, todos á su imagen y semejanza entre los cuales estais con violencia; os hablan sin

expansion, afectan cierto descuido hacia todo lo que os concierne y hacen sonar en vuestros oídos, con vanidosa complacencia, mil famosos nombres que nada os importan: rechazan con disimulo toda tentativa vuestra de volver á la antigua familiaridad y acaban por dejaros en un estado de ánimo que fluctúa entre el resentimiento y la compasión.

Otros, que veáis envejecidos, los volvéis á encontrar retoñados en una segunda juventud hacia los treinta años; de repente se ha revelado en ellos intempestivamente un corazón nuevo que los ha empujado á la vida del galanteo,—el amor los ha atraído tarde; pero por completo.

Se han vuelto por dentro y han empezado á vivir de nuevo, cambiando de amigos, de costumbres y de trajes; se figuran que vuelven á tener veinte años y mariposas infatigables de salones y de teatros corren locos, en pos de los placeres, excitados por una especie de vértigo de imaginación que les hace no respirar más que para la mujer.

Os reciben con cortesía, pero sin cariño y distraídamente, sois demasiado viejos para ellos y desentonais en el círculo de Narcisos enamorados que hacen la vida de jóvenes teniendo sus cabellos teñidos y rizados por el peluquero.

*
* *

Encontrais, despues otros que en veinte años han pasado por media docena de profesiones y se han asimilado algo de todas: han tomado el aire militar en el ejército, la charla insustancial en la ocupación de comisionista viajante; cierto barniz de instrucción en el cargo de bibliotecario; hacen juegos de prestidigitación; llevan las cuentas de varias casas; enseñan esgrima y han escrito un folleto sobre *agricultura*.

Os reciben con grandes fiestas, con mucho ruido, os presentan, en pocas horas á veinte amigos de las más diversas clases sociales, os calientan la cabeza con su charla y os separais de ellos contentos de haber vuelto á ver un amigo cordial y alegre, aunque algo inquietos con la duda de si será un hombre afable ó un tunante.

Al más travieso del instituto lo encontrais convertido en grave concejal del Ayuntamiento, un modelo de funcionario público enfatuado con su cargo y el

cual os explica, durante seis largas horas con una cruel profusion de detalles; todos los ramos administrativos del Municipio, y os obliga á visitar todos los locales, los fosos todos y todos los montones de piedra, lo que han dado que decir y que hacer, sin dejaros un momento de tregua.

Volveis á encontrar tambien al amigo hecho pensador, dedicado á una especie de perturbacion del entendimiento, el cual se ha creado una filosofía particular para él, fundada en los accidentes de su propia vida y en algun parcial desconcierto de su cerebro; gran expositor de teorías abstrusas y demoledoras que él solo entiende, poseido de un orgullo inocente que se delata en sonrisas y en reticencias misteriosas, encaminadas á dar una gran idea de su nebulosa conciencia en la cual vive y se consuela de todo.

Encontráis, en fin, al amigo que era de naturaleza recelosa y fría y que ahora os recibe con cariñosa cortesía que os admira y os repite cien veces las mismas expresiones de benevolencia, tartamudeando un poco y pronunciando frases entrecortadas con una mirada fija y centellante en la cual leéis en seguida, con el frio del espanto las consecuencias de la embriaguez.

*
* *

Y ¡cuántos secretos nos revelan todas aquellas cosas que vemos de pasada en las varias ciudades donde hemos vuelto á encontrar amigos!

Pequeñas habitaciones oscuras y tristes que dan á entender una vida de privaciones, ángulos vacíos, aquí y allá, que esperan los muebles indispensables, para adquirir los cuales se aguarda un aumento de fondos, casas bien puestas, donde el amigo nos lleva á dar vueltas inútiles, con fingido descuido, para hacernos tocar los tapices y entrever las colgaduras de seda; casas modestas, pero arregladas y limpias, que nos recuerdan los blanquísimos cuadernos y la irreprochable caligrafía de nuestro compañero de colegio, hotelitos elegantes llenos de fotografías de mujeres, ante las cuales el amigo solteron despues de una alegre jornada, apoderado de repentina melancolía, nos confiesa que está aburrido en su soledad y nos cuenta, con voz conmovida, larga historia de un casamiento frustrado; pobres casuchas en

un quinto piso, donde el amigo poeta nos hace tragar un manuscrito de 300 páginas, el cual no acusa sino un progreso deplorablemente dudoso, sobre el que nos legó veinte años hace...

Aquí y allá volvemos á encontrar algun viejo pergamino amarillento que nos arranca un grito de admiracion, retratos de ancianos que recordamos vagamente haber encontrado en las escaleras del colegio hace un siglo, con direccion al despacho del Secretario para pedir informes de su hijo; algunos muebles destrozados que nos recuerdan la habitacion de otra casa en la que hemos pasado muchas tardes repasando lecciones de historia patria con nuestro amigo en mangas de camisa.

Y si las casas nos dicen tanto, las hijas de los dueños nos dicen todo.

Ciertos ojos que vemos pasar por una puerta entreabierta, trae á la memoria ciertas precoces arrugas del semblante que poco há habíamos visto.

En una casa vemos vibrar aun el último chispazo del amor; en otra nos acordamos en seguida de dos miradas cogidas al vuelo y de dos monosílabos secos, apenas oídos, que rompieron de un golpe el hilo eléctrico que hacía latir juntos dos corazones.

Alguna vez se nos escapa una íntima exclamacion de estupor al ver comparecer al ama de llaves: la

veíamos ir á la escuela todos los días, con los libros debajo del brazo, seguida á pié, á lo lejos, por el amigo que llevaba los libros á la espalda; al cabo de diez años, fiel como un perro, ha ido á buscar á su primer amor de chiquillo, al cual servimos muchas veces de amanuense para sus cartas.

¡Ah! si en la calle habeis estado fríos con el amigo, ¡cómo se cambia vuestro sentimiento hacia él al verlo allí, entre sus hijos, en medio de los restos de su hogar paterno y de los recuerdos de sus muertos, en aquellas habitaciones donde esconde sus dolores, donde acaso perderá á un niño, donde morirá quizás él mismo, entre aquellas paredes, aquellos objetos, aquellos secretos, aquellas caricias, que constituyen un todo tan solemne y tan frágil, tan dulce y tan horrible!

¡Cómo parece que se acerca aquel tiempo que pasamos juntos, sentados á una mesa preparada de cualquier modo, en medio de aquel bello desórden, comidas improvisadas de familia, mirando á cada instante el reloj para no perder el último tren! A los postres, un tanto excitados por el exceso del vino, el amigo repite los gritos de admiracion y de placer del primer encuentro y vuelve á hacer un resumen del pasado, dándonos noticia de unos

cuantos antiguos amigos, de los que no sabíamos nada.

Pero, entónces, no se lamentan de su perdida juventud.

Tambien la edad madura tiene sus ventajas, ¿no es verdad?

Tiene en mejor órden sus bienes que á los veinte años. la familia constituye una grave preocupacion, pero al mismo tiempo un gran consuelo, por más que se diga, y despues, la imaginacion más tranquila, el amor al trabajo, el gusto de ver las cosas en sus naturales límites, el estar en los secretos de bastidores del teatro del mundo; la satisfaccion de haber aprendido á vivir y de sentirse aguerrido y dispuesto para todas las pruebas.

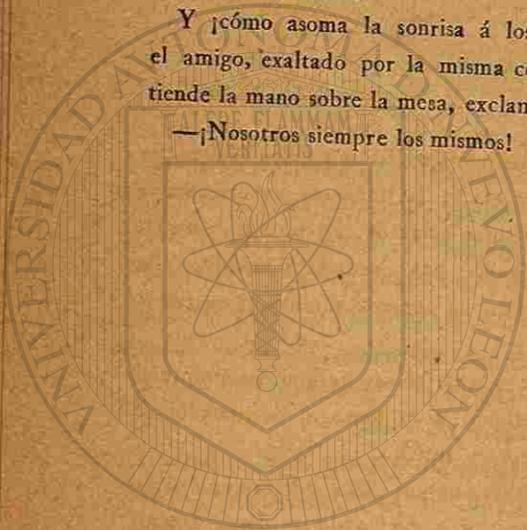
Luego empiezan los fragmentos de la crónica de la familia, relaciones de las enfermedades de los niños, historias de los pleitos con los parientes, los inconvenientes de la profesion, reconvencciones contra el gobierno, y, á veces, el balance financiero de la familia, declarado allí, sin reservas, á despecho de la mirada severa de la señora.

Y en aquel desahogo de confianza en las que el alma se enseña desnuda, ¡cuántos rasgos reaparecen del antiguo muchacho, que habían quedado velados hasta entónces!

Tendencias que llegaron á ser pasiones; defectos que degeneraron en dolencias; tumores que se convirtieron en jorobas.

Y ¡cómo asoma la sonrisa á los labios cuando el amigo, exaltado por la misma conversacion, nos tiende la mano sobre la mesa, exclamando:

—¡Nosotros siempre los mismos!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*
* * *

Es verdad. Las inteligencias se pueden haber ensanchado ó enriquecido, las maneras haberse hecho más delicadas y más correcto el lenguaje; pero las almas, en el fondo, han quedado inmutables, la fisonomía moral no ha sufrido cambios ni rectificaciones.

Bajo las nuevas apariencias reconocis pronto al ingénuo, al maligno, al vanidoso, al descuidado, al embustero, al grosero antiguo.

Y si han sufrido cambios, han sido cambios necesarios, impuestos por la fuerza de las cosas, efectos inevitables de accidentes exteriores; no hay uno que sea efecto de la voluntad, consecuencia de una de aquellas luchas que sostenemos para mejorararnos á nosotros mismos y que hemos soñado todos en la vehemencia de la juventud.

Todos se han dejado ir por la pendiente de la propia naturaleza.

Algunos al volver á ver á un amigo despues de

muehos años, tratan de ocultarle los defectos y las debilidades que dominándoles en la adolescencia ó en la juventud, eran ocasion de la burla ó del menosprecio, se ingenian por aparecer como un hombre nuevo. Pero la ficcion es muy difícil; despues de un breve esfuerzo, se hacen traicion á sí propios; la antigua naturaleza se revela pronto por cien partes, y entonces se resignan á dejar caer la maldita careta, algo avergonzados, en verdad, de la puerilidad de su intento. ¡Cuántos cómicos atavíos toma la vanidad, y á cuantos recursos raros acuden en semejantes ocasiones.

Casi todos gustan de mostrarnos que han dado un gran paso hácia adelante, en cualquiera direccion y que no han gastado su vida sin obtener alguna ganancia.

Uno espresa tener un gran concepto de sí, sin explicar la causa, y se revuelve en un fingido orgullo que nos hace suponer debe fundarlo en algo.

Otro, conociendo su superficial ligereza, para hacernos creer que ha cambiado, se hace un lio refrenando la expresion de sus sentimientos, pensando las palabras, reprimiendo la sonrisa y queriendo tomar una fisonomía que no es la suya.

Hay quien quiere aparecer que ha adquirido una profunda cultura mientras no le hemos visto, y trata

todos los asuntos con frases pretenciosas é hinchadas que no dan lugar á réplica, callando á tiempo para aparentar que tendría mucho que decir sobre el particular, y dando á entender que está mareado por la inmensidad de cosas que tiene en su alma.

Algunos, no pudiendo vanagloriarse de su actual estado, pretenden hacernos comprender que ha apurado ya los goces de la vida, que ha vaciado la copa de los placeres, que está harto de todo y que no haría el menor esfuerzo ni por obtener una corona de emperador; por mucho que le digáis sobre vuestra suerte en el mundo, se quedará tan indiferente como una estatua de piedra.

Hay quien quiere aparecer ante nosotros como un personaje que se ha hecho importante en su pueblo; acompañándoos por la calle saluda á todo el mundo; tiene las haciendas á granel; os deja por un asunto urgente, segun dice, y se va á su casa á dormir la siesta; da cierto colorido de importancia en vuestra presencia á todas las conversaciones que tiene con los amigos; y por la noche os lleva al teatro para que lo veáis hacer visitas en todos los palcos, desde los cuales os mira furtivamente para estar seguro de que lo observais.

Hay tambien quien tiene la pretension de hacerse aparecer enriquecido y pródigo, y contrae una deu-

da vergonzosa para daros una comida de banquero.

Os pasea todo el día en coche, que no paga, os invita á quintas que no tiene, os habla con cierto aire de benévola compasión de los tiempos pasados, cuando se encontraba en la pobreza y después de haberos dejado en el tren y de despediros con aires de protección, se pasa tres meses sin un cuarto.

Hay, en fin; quien no pudiendo hacer otra cosa, os da á entender que ha conseguido el colmo de la felicidad en la familia; su mujer es un ángel del cual no se cree digno; sus hijos son un milagro de talento y de bondad, su vida doméstica es un paraíso; y os lleva á su casa para haceros asistir á un idilio algo artificioso y á veces un tanto violento que hace ruborizarse á la señora.

¡Cuánta simpleza!

*
*
*

Con la mayor parte de los amigos que se encuentran después de larga ausencia, quisiéramos estar más tiempo, pero es mejor dejarlos muy pronto llevando intacta la impresión agradable del primer recibimiento.

No hay que forzar las cosas. Casi siempre, aun los mejores, han cambiado de la manera siguiente: En el agasajo con que os han recibido, tenía mucha parte la novedad y el placer de ver interrumpida de un modo cualquiera, la monotonía de su vida ordinaria.

Al día siguiente, pasada la novedad, no pueden ya tener la misma vivacidad en sus demostraciones amables y están más secos con vosotros; casi se arrepienten de haber sido demasiado expansivos como sucede después de una borrachera, y os tratan con una forzada cortesía, con el semblante frío y la voz débil, fastidiados de haber hecho alteración en sus costum-

bres, impacientes por veros marchar en el primer tren.

Creíais poder reanudar la antigua amistad. ¡Cál! No había con qué reanudarla durante veinticuatro horas.

El amigo suspira ya por volver entre sus compañeros diarios, á seguir sus acostumbradas conversaciones; á veces, volviendos de pronto, cogéis al vuelo una mirada suya, que expresa una cosa bien distinta de la simpatía, ó un gran bostezo que no tiene tiempo de contener; ó mirando de soslayo, mientras saluda á otros amigos que pasan, sorprendéis un gesto de víctima que quiere decir:

—Todavía lo tengo sobre mis costillas.

En aquellas últimas horas os haceis pesado el uno para el otro y despues de haberos hecho muchas caricias al encontraros, como dos hermanos, os separais con sonrisas forzadas y miradas maliciosas.

*
* *

Pero hay tambien, por fortuna, amigos con los cuales no son posibles estas mudanzas del corazon. Despues de veinte años, aún en las primeras conversaciones, nos volvemos á encontrar en armonía de sentimientos y de opiniones, descubrimos recíprocamente en nuestro pasado una analogía tan singular de hechos, de pasiones, de crisis del ánimo, que nos vuelven á unir de pronto, como por cien hilos sutísimos que nos envuelven y nos atan rapidísimamente.

Estos olvidan amigos, ocupaciones, familia, todo, por nosotros, poseidos de una exaltacion de cariño, de una alegría juvenil que los hace infinitamente amables.

Días enteros, en los cuales se pascan cien veces las mismas alamedas solitarias, fuera de la ciudad olvidada, no bastan para decírnoslo todo; la conversacion dura hasta altas horas de la noche, se prolonga sobre la meseta de la escalera de la fonda, se con-

tinúa en la puerta del cuarto, íntima, calurosa, conmovida, llena de poesía y de placer, y nos deja tranquilos con el corazón ensanchado, rejuvenecido el sentimiento de la amistad, y refrescada la sangre.

Y conservan la misma sinceridad de sonrisa hasta última hora y es una tristeza dejarlos.

En medio de la apiñada multitud de las estaciones, por la noche, tarde, os pasan por la mente todas las desgracias que pueden ocurrir; quizá no los vereis más ó lo volveréis á ver despues de otros veinte años.

El amigo se pega á la portezuela de vuestro vagón con el corazón encogido; os aprieta la mano hasta el último momento; os envía un sofocado saludo cuando el tren está ya en movimiento; os hace una seña desde lejos que será quizá la última que vereis de él y adios.

Son momentos tristes y hermosos que no se olvidan nunca y que nos dejan mucho consuelo en la vida.

*
* * *

La experiencia sin duda nos hace desconfiados. Despues de haber corrido al encuentro de muchos amigos que nos han recibido con frialdad, nos hacemos circunspectos.

Pero un hombre que tenga alma en el cuerpo se decidirá siempre á dar el primer paso, se someterá voluntariamente, si es preciso, á hacer un pequeño sacrificio de amor propio para no perder una ocasión oportuna de estudiar el corazón humano.

Se acaba por hallar, para salir al encuentro de los amigos, una forma entre natural y circunspecta, que deja expedito el camino para una retirada honrosa. Si el amigo es franco y cordial, bueno; si es un pedazo de madera, se le deja en depósito filosófica-mente, en el mismo metro cuadrado de la calle donde se ha tenido el honor de detenerlo; y si reclama su parte, se le deja declamar sobre una mesa anatómica, sobre la cual lo disecaremos á nuestro gusto.

En la mayor parte de los casos, más se gana que se pierde.

¡Y quién sabe cuántas de estas sorpresas en la calle nos reserva la casualidad! Quién sabe cuántos curiosos encuentros de final de drama nos esperan. Ya viejos chochos, en viaje, no nos daremos á conocer sino despues de muchas preguntas y de una rigurosa confrontacion de fechas; qué extrañas autobiografías tragi-cómicas que comprenderán medio siglo; qué encuentros imprevistos de hijos de amigos muertos; qué trasformaciones increíbles de situaciones en la vida!

Pues bien; hé aquí uno de tantos pequeños goces de la imaginacion, que nos ayudan á vivir.

*
* *

Pero la imaginacion se complace todavía más en otro pensamiento: en buscar el tiempo y la forma, cuando este deseo nos ocurre de sorprender, llegando inesperados, como areolitos, á los amigos ausentes, de los que conservamos grata memoria y de quienes estamos seguros de ser queridos.

¿Quién no ha experimentado alguna vez en su vida este placer exquisito de llegar una mañana temprano á una ciudad que se despierta y correr en seguida á una casa en la que se está seguro de volver á ver despues de largos años de separacion á uno que no se atreverá á dar crédito á sus ojos al veros y exhalará un grito de alegría?

Se suben las escaleras poco á poco, sonriendo, temiendo casi ser reconocidos á través de las paredes, se lee aquel nombre sobre una puerta, se da un nombre falso al que nos abre, se entra de puntillas en la sala, se escucha por la cerradura de la puerta para oír el recado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE LEÓN
"ALFONSO REYES"
Cada. 2005 MONTERREY, MEXICO

El bribon está todavía en la cama.

Desde ella, y medio dormido, pregunta las señas del desconocido importuno: su voz es aquella: su amor al orden es también siempre el mismo á lo que parece, porque no encuentra nada de lo que busca y revuelve el cuarto, murmurando.

Regaña, regaña; ya encontrarás quien te disipe el mal humor.

Finalmente, en seguida, separa bruscamente el portier y permanece mirándonos fijamente.

Habíamos calculado bien que se quedaría hecha una pieza.

Nos mira despacio; vamos á su encuentro.

Se lleva la mano á la cabeza; quiere recordar las sílabas de nuestro nombre...

¡Ah! da el gran grito salido del fondo del alma. Hélo aquí, apretado, estrechado en nuestros brazos, con una risa que parece un sollozo y balbuceante como un niño, nuestro buen amigo, nuestro antiguo camarada que no ha cambiado de corazón!



LAS AMIGAS



El bribon está todavía en la cama.

Desde ella, y medio dormido, pregunta las señas del desconocido importuno: su voz es aquella: su amor al orden es también siempre el mismo á lo que parece, porque no encuentra nada de lo que busca y revuelve el cuarto, murmurando.

Regaña, regaña; ya encontrarás quien te disipe el mal humor.

Finalmente, en seguida, separa bruscamente el portier y permanece mirándonos fijamente.

Habíamos calculado bien que se quedaría hecha una pieza.

Nos mira despacio; vamos á su encuentro.

Se lleva la mano á la cabeza; quiere recordar las sílabas de nuestro nombre...

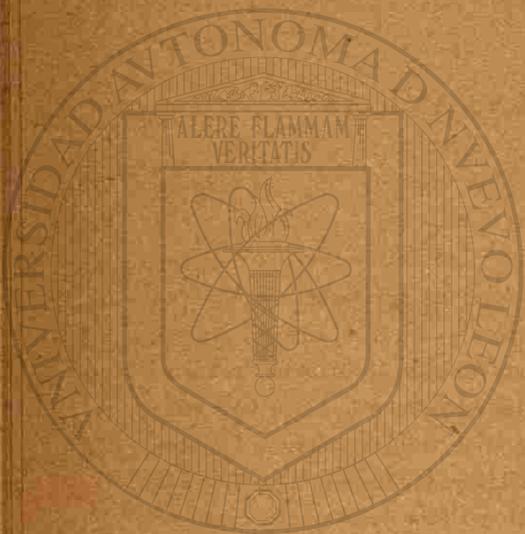
¡Ah! da el gran grito salido del fondo del alma. Hélo aquí, apretado, estrechado en nuestros brazos, con una risa que parece un sollozo y balbuceante como un niño, nuestro buen amigo, nuestro antiguo camarada que no ha cambiado de corazón!



LAS AMIGAS



®



LAS AMIGAS



CUÉRDOME de las noches de lluvia en tiempo de la guerra, cuando el regimiento cansado y cubierto de barro, pasaba por delante de una villa, y veíamos sombras negras de señoras asomadas á la ventana de un salon iluminado; me venía siempre á la mente aquel dicho de Juan Jacobo, que existe un deseo de la mujer, al cual no se mezcla ningun pensamiento sensual, el deseo de un placer particular, mal definido que experimentamos al estar en su compañía.

Despues de tres meses de campaña, estábamos todos cansados de nuestra ruda amistad viril; teníamos necesidad de la amistad de voz mórbida y de palabra graciosa.

Cualquiera que fuese su edad, nosotros hubiéramos

rogado á aquellas señoras que nos dejaran estar una hora con ellas, oirlas hablar, decirles mil veces que hacía tres meses no teníamos á quien decir pensamientos y sentimientos que entre hombres no se cambian porque el fuerte olor del cigarro no nos deja percibir el aroma.

Hasta ciertas viejas campesinas de aspecto benévolo, nos inspiraban aquel deseo; y estábamos con placer en aquella pobre cocina á piso de tierra, sentados sobre unos taburetes, oyendo su monótona conversacion, llenas de compasion por nosotros y de horror por la guerra.

Eran voces toscas y palabras de gente ignorante; pero eran voces y palabras de mujer, notas débiles de dulcísima armonía lejana, en la cual se confundían mil sonidos de las cantinelas que nos adormecieron en la cuna, y de los sollozos que nos acompañaron á la partida.

Ciertamente, tambien entre amigos, bajo la tienda, mientras el campamento dormía, nos decíamos algunas veces palabras llenas de afecto; pero la actitud con que aquellas pobres mujeres estendian nuestros capotes empapados de agua, delante del fuego, y el acento con el cual nos interrogaban acerca de nuestras familias, expresaba algo que ninguno de nosotros sabía expresar y que todos teníamos necesidad de escuchar.

Y en tanto, pensábamos en ciertas señoras lejanas, á las cuales habíamos dado en otro tiempo el nombre de amigas, y este nombre nos hacía una nueva impresion dulcísima, en un todo diversa y no ménos viva, de la que nos producía el nombre de amante.



En los primeros años, la necesidad de esta amistad no se siente; pronto es sofocada y oculta por el amor.

¿Quién no recuerda su primera amiga?

No podíamos amarnos porque estábamos ligados, nosotros á una muchacha ligera, ella á un hombre—de quince años—sin corazón; pero como nos veíamos á menudo, en medio de los árboles espesos, y nos confiábamos nuestros afanes, era preciso que naciera nuestra amistad.

El amor, no; hubiera sido una infamia: lo decíamos los dos gravemente.

Pero éramos amigos del alma, tanto, que no podíamos estar un momento juntos sin cogernos las manos y mirarnos á los ojos.

Enrojecíamos un poco, es verdad, cada vez que nos encontrábamos impensadamente; pero no tardábamos en volver á tomar nuestros tranquilos razonamientos de amigos sensatos, que tienen sus dolores y al mismo tiempo experiencia del mundo.

Nuestra amistad buscaba la soledad y prefería la vegetación espesa.

¡Oh! ¡Estábamos hechos para entendernos!

¿También cuando ella hubiese tomado marido y nosotros casado con la que amábamos, seríamos siempre buenos amigos, no es verdad?

¿Nos lo confiaremos siempre todo como ahora; estaremos siempre estrechados uno á otro, de aquella manera, sin un segundo pensamiento, como hermano y hermana?

Y en tanto, nuestra mano inquieta buscaba su pequeño brazo bajo la manga de muselina; pero, ¿qué importa? Era el brazo de una amiga, y la cabeza que un instante después se apoyaba en su hombro era la cabeza de un hermano; y el ardor que sentíamos en la sangre, era el ardor del desden por la deslealtad de nuestros amantes, la indignación de una amistad noble, desconocida de las almas vulgares; por temor de las cuales nos separábamos uno de otro al más ligero rumor de pasos, diciendo que la altivez de ciertos afectos no era comprendida por el mundo.

Y nos lo repetíamos después que se alejaba el rumor, metiéndonos uno á otro los cabellos en las orejas, y nos jurábamos, con los ojos velados por el sentimiento más puro de la amistad, que allá

donde nos arrojaré el destino, cuando uno fuese herido por la desventura, el otro correría á socorrerlo, á animarlo, á darle el beso de amigo, así, como él que se daban en aquel punto y que bajaba lentamente desde la frente á la boca, lo cual se podía conceder aun á los besos de la amistad, cuando era verdaderamente una amistad sincera y profunda...

*
*
*

La primera amiga no la hemos tenido sino algunos años despues, la primera vez que nos hemos alejado de nuestra casa.

La tristeza de nuestro cuarto solitario, el pensamiento de nuestra madre lejana, la melancolía que sucede á las primeras alegrías de la libertad, por tanto tiempo suspirada, nos conducía á menudo al lado de algunas viejas señoras, de las cuales era un consuelo verse dar consejos y hacer amonestaciones, con aquella modulacion de voz, con aquellos lentos movimientos de las manos que casi todas las madres tienen iguales y que son como la lengua universal del amor materno.

Y cobrábamos afecto hácia aquellas señoras. ®

Pasábamos muchas horas tranquilas, junto á ellas, en aquel comedor que recordaba el de nuestra casa delante de aquella mesita alumbrada por una vela con pantalla y llena tambien de aquellos pequeños

objetos que nuestra madre tenía entre manos todos los días.

Y algunas veces se nos oprimía el corazón pensando en el gran espacio de tierra ó de mar que nos separaba de aquella estancia, en la cual nuestra más fiel amiga trabajaba tal vez en aquel mismo momento, con el pensamiento vuelto hácia nosotros, y entonces tomábamos la mano á aquella buena señora y la rogábamos que nos quisiera y la llamábamos amiga con voz que la conmovía...

*
* * *

El ideal á aquella edad es tener una amiga jóven y hermosa.

Habíamos leído en muchos libros que la cosa es posible; una bella amiga á la cual confiábamos todos nuestros secretos y todos nuestros dolores; bella, pero de una belleza singular que place al corazón y no turba los sentidos; una amiga que pudiéramos ver todos los días tranquilamente nosotros solos, durante muchas horas; buena como un ángel; llena de buen sentido y de dulzura cuando tuviéramos necesidad de consuelo y alegre como una niña cuando fuéramos felices; una bella señora, despreocupada, valiente, elocuente, la cual nos conociese hasta lo profundo del corazón y nos revelara hasta sus más íntimos pensamientos, dejándonos acariciar su pequeña mano, de la que besáramos todas las venas, todas las articulaciones y todos los hoyuelos sin perder el hilo de su discurso, que escucháramos como una música con los ojos entornados y algunas veces con las rodillas en

tierra; una hermana afectuosa que ciertos días hiciéramos llorar y otros enfadarse, pero que nos perdonara siempre, porque sabe que le somos devotos con toda el alma y que defenderemos su reputación al precio de nuestra sangre.

¡Cuánto no hemos fantaseado sobre estas amigas!

Señoras altas, pálidas, con ojos grandes y la voz sonora, que nos daban viriles consejos; mujeres amorosas y melancólicas, que lloraban con la frente apoyada sobre nuestro pecho; morenas graciosas y coléricas que nuestra amistad domaba poco á poco.

Y nos llamaban mil veces con su voz:

—¡Amigo mío! ¡Mi buen hermano!—é imaginábamos paseos por los bosques, encuentros alegres, despues de largas ausencias, escenas de despedida tan tristes, tan nobles, tan poéticas; que ni aun la mujer que amábamos hubiera sentido celos.

Uníamos así aquel amor y aquella amistad, los cuales hubieran sido en nuestra vida, uno un canto apresurado y poderoso, la otra un acompañamiento profundo, un *trémolo* delicadísimo y continuo de violoncello.

*
* *

Sueños.

Pocos años despues nos apercibimos de que hemos soñado.

El mundo opone más obstáculos á estas amistades que al amor, porque los juzga un amor hipócrita, sin valor y sin pasión; y se equivoca.

Cuando se ama á una mujer no se tiene necesidad de una amiga joven, y cuando no se ama á otra mujer se acaba por amar á la amiga.

No hay amistad sin simpatía; pero con una amiga fresca y bella, la simpatía no es más que el embrión del amor.

Dice un filósofo:

"No es pasión ni amistad: es un afecto aparte."

Sí, por todo el tiempo que emplea en nacer la pasión, el cual tiempo no es mayor que el empleado por la amistad en convertirse en íntima.

Dice otro:

"No es amor; es un sentimiento ménos impetuo-

so. No es amistad: es un sentimiento más tierno."

¡Qué sutilezas! ¿No sería más breve decir que es un amor tierno, sin ímpetus?

Sí, la ilusión de la amistad dura por un poco de tiempo. El cambio es lento.

La mirada que no busca otra cosa que los ojos de la amiga, comienza poco á poco á envolverle la cabeza, luego á ponerle sargas de perlas alrededor del cuello, despues á bajar y subir lentamente entre la punta de la oreja y la curva del hombro, como una mano que acaricia, más tarde á tomar medidas con centenares y centenares de cinturones alrededor de su talle sutil.

De día en día la cabeza se distrae más de aquellos sus discursos de buena amiga llenos de juicio y de gracia, de los cuales no se perdía al principio una sola palabra.

Todos los pensamientos caen por una pendiente dulcísima á confundirse en un pensamiento único, reprimido al principio resueltamente, despues rechazado con debilidad, más tarde gozado en silencio, mientras ella habla, y disimulado bajo la apariencia de una atención profunda, como hacen los chicos para chupar un confite en la escuela.

Despues vienen aquellas noches terribles, en que las voces más límpidas se velan, y las trenzas más

apretadas se dilatan; las melancolfas que hacen languidecer los ojos y los gestos; las confidencias fraternales murmuradas en los cabellos; las conversaciones acompañadas del olor de un ramito de violetas; el encontrarse de las manos inciertas sobre el libro; una tentación, un deseo continuamente reprimido y renaciente de tocar un lazo, de clavar un alfiler, de arreglar los hilos de un fleco, de sentir la morbidez de una mejilla.....

Pero no; la amistad dura todavía! El respeto puede tenerla á raya mucho tiempo.

Momentos hay en que la mente y los ojos se oscurecen de repente y toda el alma se lanza impetuosamente para obedecer el grito triunfante de la naturaleza que dice:

—¡Ama, coje, devora!

Pero hay también miradas imprevistas que revelan una fé tan tranquila y tan amable y otras que expresan una sospecha tan triste y una advertencia tan severa, que al encontrarlas, el amor se confunde y vuelve á replegarse precipitadamente detrás de la amistad.

La naturaleza vencerá á traición.

¡Ah! El día en que ireis á buscar el consuelo de su palabra, con un profundo dolor en el alma, no estareis seguros de que vuestra amistad no sea turbada por algun rebelde pensamiento.

La encontrais buena como siempre.

Vuestro dolor le hace derramar hermosas lágrimas de los ojos y bellas palabras de la boca.

No sabeis lo que os dice.

Es un corazón de mujer que canta y os consuela.

Ella os arranca todas las espinas que os han clavado en el corazón, una á una, con la paciencia y la dulzura de una madre.

Estáis ya consolados en el fondo del alma, pero vuestra dignidad orgullosa de hombre afligido, resiste aún; y ella vence una á una todas vuestras resistencias, hablando y rogando, con una voz que despierta y hace salir lentamente del rincón en que se habían escondido, todos vuestros pensamientos serenos.

¡Ah! ¡Existe, pues, esta divina amistad!

Un sentimiento de inmensa gratitud sale de vuestro corazón; os arrojaríais de rodillas á sus pies; se lo decís con las manos juntas sobre las suyas y con voz sofocada por la ternura, es un alma bella y buena como el sol, seréis siempre su amigo, su hermano, su esclavo; le daríais la sangre, la vida, la... la... el beso ha estallado, sonoro como nota de ruiseñor é imposible de deshacer, como una sentencia del destino.

Y entonces, hé aquí lo que sucede.

O la nota del ruiseñor no es perdonada y todo ha

acabado, ó es mucho más que perdonada y la amistad cambia en otra cosa, ó es perdonada despues de una tempestad, con pacto que no se respeta...

Y entonces sí, la amistad sobrevive como puede, con el rumor de aquel beso en los oídos. Pero queda enferma de fiebre incurable.

El mundo está lleno de estas amistades de ciento veinte pulsaciones por minutos.

Un poco de indulgencia por un lado y un poco de prudencia por otro la mantienen á raya un poco de tiempo.

*
*
*

Y bien, oigo decir; la amistad será más fácil, cuando la amiga sea jóven, pero esté lejos de la belleza. Es cierto. Pero... *esperad*.

En una comedia española se ha dicho: *grande es la fuerza de la mujer*. Cada cual tiene dentro de sí diez formas de mujer, que se manifiestan una despues de otra, á grandes intervalos de tiempo y algunas veces la décima es la que acaba la amistad.

Cada día un poco, lentísimamente, la boca de la amiga buena y afectuosa se contrae, el óvalo de la cara se perfecciona, ciertas líneas rígidas del talle se curvan, ciertos gestos adquieren una gracia, una idea vaga de gracia que os sorprende no haber observado jamás, que ya no encontráis al día siguiente y que volveréis á ver despues de algunos días, por mucho tiempo.

Hay narices maltratadas por la naturaleza que tardan años y años en corregirse, pero que al fin se afila y arregla.

Cierto pensamiento agudo y delicado expresado habitualmente por la amiga, se acaba por verlo señalado en el rostro como un hoyuelo graciosísimo que hermosea la sonrisa.

A veces la cara queda tal como es, y son los ojos los que cambian, que se ensanchan, se hacen profundos, negros, dulces, poderosos, de manera que de toda la cara no se ve otra cosa; ó es la voz que despues de un año de amistad parece haber tomado morbidez maravillosa, ciertos acentos nuevos, un timbre misterioso, lleno de caricias secretas y de promesas confusas, que escuchais atentamente, maravillados y pensativos sin poner atencion en lo que dice.

Y entonces—un bello día—buscáis á la amiga y no la encontrais: es otra mujur—la mujer.—

Llamais á la amistad y os salta delante el muchacho vendado y terrible que os estaba acechando hacia tiempo.

*
* *

Hay una sola amistad que dura: la de una amiga en la que el sentimiento cómico se sobreponga al afecto.

¿Quién lo dice? Es la verdad. El amor es tímido delante de la risa satírica; la alegría distrae la tentacion.

Es una amistad fácil que adelanta mucho camino en poco tiempo, porque la familiaridad nace igualmente tan pronto de reir como de llorar juntos, que son dos manifestaciones profundas del alma.

Y no importa que la agudeza de la mujer—puesto que le están vedados muchos argumentos y muchas palabras,—tenga un campo más restringido que el nuestro, donde puede herir profundiza más, porque las manos femeninas manejan más diestramente el alfiler que las manos viriles.

Ciertamente que es un placer grande el de reir de oculto con la amiga, en presencia de otros, de cosas

ó personas, de las cuales no es lícito reír abiertamente; y en las imitaciones bufas, hechas á cuatro ojos, de la voz ó del gesto de los conocidos comunes, ver asomar en la hermosa señora de treinta años, á la antigua colegiala indisciplinada y mordáz.

Pero es una amistad de corta duración. La burla se envenena sin apercibirse y se convierte en maledicencia amablemente feroz. La mujer pierde su delicadeza.

No puede hacer uso más que de la sonrisa; la risa habitual, la carcajada cómica la deforma el corazón y el aspecto.

Al cabo de poco tiempo se rogaría á la amiga que no riera más.

Aquella amistad acostumbrada á la burla, no encuentra palabras para el afecto, cuando de ellas necesita, ó no osa decirlas por temor á su propia risa;—no tiene nada de femenino;—es una amistad de jovencillos, un poco menos libre, cortada á medida de las conveniencias;—pero en definitiva no es una cosa delicada.

*
* * *

Existe otra amistad, la más delicada de todas, más bien sobreentendida que expresada; la que puede existir por un poco de tiempo, en algunos casos, raros como la poesía en la vida, entre una jovencilla y un hombre que llega á la edad madura, fino de inteligencia y noble de ánimo.

Pero casi no es amistad, porque la libertad no existe en ella; es un sentimiento que no puede definirse con una palabra; tímido casi por igual, por razones diversas en el uno y en la otra; no confesado á nadie porque no sería comprendido ó creído; trémulo y mal diseñado, como una cerilla encendida al aire libre, en la luz del pleno día.

Puede nacer en él del recuerdo de un amor antiguo, en ella de una semejanza vaga que encuentra, entre el aspecto de aquella benévola naturalidad y una imagen de juventud predilecta de su fantasía.

Puede nacer del recuerdo de una hija perdida y del afecto por un padre muerto; de una pura

admiración artística de la belleza y de una simpatía reverente é ingénua por el ingenio.

Pero se mezclaban otros sentimientos en el amigo; la curiosidad de descubrir perfumes desconocidos, bajo las hojas del capullo cerrado, de estudiar en el acto de la formación, la criatura tremenda y adorable que tiene tanta parte en su vida; y una piedad secreta por aquella juventud esperada como presa por las pasiones salvajes del mundo, y un nuevo deleite que se encuentra en aquel silencio, de mil cosas, en dar vueltas alrededor de mil obstáculos que le surgen inesperadamente delante.

Y en medio de la dulzura de un afecto casi paternal, de vez en cuando un sentimiento de amargura por los años huidos, un surgir tumultuoso de deseos, sofocados violentamente con una especie de rabioso placer.

Y despues una tranquilidad del ánimo, cansado y descontento tambien de aquella amistad, como de una hermosa novela sentimental, demasiado diversa de la realidad de la vida.



No hay más que una amiga para el hombre: la amiga de cabellos blancos, delante de la cual, la mente se encuentra enteramente libre y los sentidos perfectamente quietos: hé ahí el ideal.

Una vieja amiga que conserva la gracia en la vejez y un no sé qué en el fondo de las pupilas y en los movimientos de los labios que ayuda á formarse una imágen confusa de su figura hermosa y viva de otro tiempo; una naturaleza alegre y fuerte que ha conocido todos los afectos: con experiencia del mundo, pero sin excepticismo; buena, con una vena sutil de humorismo; analista, hasta de los sentimientos delicados; narradora aguda de graciosas anécdotas; culta sin pedantería, rica de hermosos recuerdos de amistades y sucesos lejanos, que exige del amigo más cordialidad que reverencia, y se hace joven con él, y cuando él ríe es una hermana, y cuando sufre, una madre, y bromcando, es maestra de delicadeza, y hablando, maestra de buen sentido.

¡Ah! La noble amiga que lo comprende todo, que siente todo, que dice mil cosas con una reticencia que nos pone la mano sobre la cabeza, cuando reclinamos la cara entre las manos, confesándola entre sollozos, la angustia de una ambición fracasada y la desesperación de un amor burlado, y nos aconseja resignación, olvido, trabajo, fé, en la potencia pacificadora del tiempo, con un sonido de voz solemne y dulce que parece que venga de la tumba de nuestra buena vieja perdida!

¡Querida amiga, inolvidable amiga, á la que nuestra juventud debe tan bellas horas de recogimiento y de silencio, fecundos en pasión y plegarias del pensamiento!



Pero, una amistad ardiente y palpitante, animada por el soplo juvenil de la mujer, ¿no es posible?

Si. Hay una amiga con la que puede darse esta amistad; una amiga, en aquel período de vida, en que aun no ha transcurrido la edad que seduce y parece que ya ha empezado la edad que no seduce.

En el aspecto tiene todavía alguna cosa de la primera; en el alma ha llegado ya á la segunda, con cierta resignación melancólica y dulce, como aquellos crepúsculos de otoño, en que una gran nube sonrosada é inmóvil colora con un reflejo gracioso la solitaria campiña.

En sus pensamientos y en su voz hay alguna cosa maternal y grave; pero en su corazón hay todavía arranques y en sus ojos relámpagos de la hermosa edad que cambian por algunas horas, por algunos momentos, su mirada, su rostro, su acento, y hacen callar repentinamente al amigo, asombrado, como

ante la aparición de una larva, tentado por gritarle:

—¡Permanece así, querida amiga!

Pues bien; cuando la amistad se adormece ligeramente, estos relámpagos de juventud la despiertan, y cuando el afecto de amigo está para cambiar en otra cosa... el relámpago ha pasado.

Así la amistad dura tranquila y viva, agitada de vez en cuando por un temblor y coloreada por una llama fugitiva, una amistad llena de voluptuosidades inexplicablemente delicadas de la imaginación y del corazón, mistas de sentimientos diversos y dulcísimos que degradan uno en otro como los colores de la luz en el prisma y se confunden cuando se fija el pensamiento: una amistad que tiene caricias en la mirada y en la voz y un apretón de manos, una familiaridad propia, ménos que fraternal, más que amistosa, respetuosa en el sentimiento, casi amorosa en el aspecto, libre y refrenada á un tiempo y objeto caro y continuo para ambos de una curiosidad pensativa y una sonrisa secreta.

*
* *

Entonces, sí, es una amistad que ensancha y rejuvenece el alma; es una dulzura y una fuerza de la vida.

Sin buscar el amor de nuestra amiga, hacemos todo lo posible porque nazca.

No es vanidad; es una necesidad invencible de gustarle para hacerse querer.

Todas nuestras facultades se aguzan y vibran.

Sin apercibirnos, corregimos las asperezas de nuestra voz, acariciamos la pronunciación, ennoblecemos el gesto, endulzamos la sonrisa, escogemos las palabras, sacamos con rapidez maravillosa de la memoria y del corazón todo lo que hay de más fresco y de más amable, y las ideas bajan de la mente escitada, con ímpetu, y el discurso corre un camino fácil como riachuelo que refleja la florida orilla.

¿Puede repetirse aquello que se dice en aquellas horas deliciosas que vuelan como minutos, en aque-

llas conversaciones siempre llenas y ardientes, atravesadas por mil sentimientos, estendidas sobre mil objetos, truncadas y empezadas mil veces, detenidas aquí y allá, con un silencio más placentero que la palabra, ante una dificultad imprevista, melancólica, burlona, fantástica, bañada con lágrimas furtivas y agitada por controversias apasionadas, íntimas como confesiones, alegres como fiestas, vagas como sueños?

Con los amigos no cambiamos más que la moneda del afecto; con aquella amiga cambiamos perlas; todo lo que el mundo llama pueril y que toca las fibras más delicadas de nuestro corazón, aquello que el hombre se avergüenza de decir al hombre; una mezcla extraña, inmensa y triste de recuerdos de familia, de impresiones de la infancia, de recuerdos religiosos, de propósitos de sacrificio, de fantasías de amor, de esperanzas perdidas, de remordimientos y alegrías y locuras de niño, que escondemos constantemente á la amistad viril y que una mujer solo comprende...

¡Ah! Seguramente, de las palabras más sinceras, más elocuentes, más delicadas que han salido de boca de los hombres, una gran parte ha sido dicha á las amigas; á amigas en las cuales moría la juventud, arrojando de vez en cuando sobre un rostro dulce y triste, un rayo fugitivo que tenía la amistad de amor.

*
* *

¿Y cuántas cosas nos enseñan?

L'homme es toujours un homme, c'est á dir, un peu bator,—dice un poeta francés.

El más delicado hombre del mundo es pronto derrotado por una amiga delicada. Mil durezas y vulgaridades, que jamás ha sospechado en sí mismo, se le hacen comprender un día por un velo ligerísimo que pasa sobre la frente del amigo, como la sombra de una ala de golondrina, ó por un movimiento casi imperceptible de su cabeza, semejante al temblor de una hoja.

Por mucho tiempo su amor propio recibirá pequeñas heridas dolorosas.

No lo verá al principio; pero á su pesar deberá persuadirse de que en todo sentimiento y en toda idea la amiga descubre alguna cosa que él no es jamás el primero en descubrir.

Tiene una experiencia del mundo ménos vasta que la suya; pero dentro del propio círculo, más limpia

y exacta. Sobre mil cosas ha pensado más asiduamente y más lucidamente que él.

Como la mano del niño deshace poco á poco el pequeño nudo en que se impacientan inútilmente los gruesos dedos del hombre, así la finura del pensamiento de ella, resuelve de primera intencion, sencillamente, una cantidad de problemas del corazon, delicadísimos, alrededor de los cuales el amigo soberbio se afana en vano con los instrumentos poderosos de su razon.

Ella habla casi siempre mejor que él, con intuicion maravillosa del valor de cada palabra, con adorable arte innato, para atenuar los reproches, para perfumar las alabanzas; para apreciar la burla, para modular las plegarias.

Y hasta el cabo de mucho tiempo el amigo no se apercibe de la influencia benéfica que aquella ejerce sobre él; encuentra en sí mismo un tesoro de sentimientos y pensamientos que no han nacido en su alma y se pregunta de dónde vienen y los analiza; y entónces se recogen, se ordenan, y forman como una armonía en su corazon, y esta armonía es aquella voz.

*
* *

Pero estas amistades verdaderas, no son más frecuentes en el mundo que los verdaderos amores.

La mayor parte son una comedia mal recitada.

¿Quién escribirá un libro sobre los amigos de las mujeres?

¡Son tan variados y curiosos!

El *femenino*, el adorador de mujeres, el cual no quiere amistad, absorto perpétuamente en una adoracion de devoto; contento de respirar la atmósfera en que vive y de hacer el lacayo y el gato de la casa, con las espaldas dobladas y los ojos entornados; el espiritualista, destilador de sentimientos finos, que tiene su amistad á las mujeres á tal altura, dice él, que no pueden llegarle ni siquiera con el pensamiento los más delicados de sus amigos; el vanidoso que busca amistades íntimas de las mujeres, con el solo objeto de hacerlas pasar por amor, que él niega sin embargo obstinadamente, con una delicadeza por la cual pretende ser admirado; el voluptuoso que

busca en aquellas amistades un excitante exquisito á deseos que apaga á veces poco exquisitamente; el envejecido, reducido á hacer el amigo de las mujeres, como el cantante desechado, á hacer el maestro de declamacion, un amigo, que no tolera una broma sobre la pureza de su amistad y sobre la virtud de sus amigas; el amigo profesoral, el académico de la conversacion que tiene necesidad de fáciles admiradoras para esmaltar con ellas, nasalmente la doctrina que los hombres le rebaten...

Hay tambien una gran variedad de viejos: el amigo dulce y venerable, al que son permitidas ciertas caricias que hace con deleite secreto; el pecador de imaginacion, que se regocija con el reflejo de los amores de otros; el amigo austero, guardian del honor de la casa, que vigila con ojos de inquisidor á los amigos jóvenes, en cuya piel quisiera encontrarse; el viejo amigo brioso y amable, que insinúa bajo una amistad, en el fondo sincera, una pequeña intencion de galantería sin esperanza, acogida benévola, como forma lícita de la delicadeza; y, en fin, el amigo verdadero, el viejo amigo de la señora noble de corazon y de palabra, devoto en la adversidad, afectuoso y fiel hasta las últimas horas de la vida...

Y tal vez es justa aquella sentencia: que no se

puede ser amigo verdadero y perfecto de la mujer, sino en la edad en que cesa de preocuparse de la propia persona y se renuncia sinceramente á inspirar amor.

Una sola amistad es fácil á los jóvenes, y poco ménos bella que el amor: la de las amigas lejanas.

Su imágen es más poética que su persona, sus palabras escritas más dulces que las palabras dichas; pero podemos sentir el amor sin hacer morir la amistad.

El beso amoroso estampado sobre la carta, en un momento de emoción, no turba nuestra buena armonía de amigos: ellas no lo sienten más que en la vivacidad impetuosa de la respuesta.

Los deseos que nos inspiraban otras veces con su presencia, se inflaman á veces; pero no encontrando delante más que una imágen, acaban por cambiar y convertirse en ternura.

La ausencia es como un velo blanco y trasparente que rodea á la persona de un misterio delicado, que mantiene vivo en nosotros cierto sentimiento de curiosidad fantástica y de juvenil respeto más grato al corazón que la antigua franqueza.

La pluma puede hacer las caricias vedadas á la mano.

Escriben mejor que nosotros cartas armoniosas y ligeras, en que el pensamiento se muestra apénas, y huye, como para hacerse seguir del nuestro; y se siente el efluvio de sentimientos no expresados, que se buscan entre palabra y palabra, como violetas entre las hojas; y las palabras borradas hacen trabajar mucho tiempo la cabeza, como voces inarticuladas que huyen á un amante en el sonido.

Cartas acariciadoras y dulces que adormecen el dolor, como el canto de una madre; palabras de un lenguaje indefinible que el hombre entiende, pero no habla; murmullos del alma, que la música sólo puede traducir á los sentidos...

Pero los años pasan, y las cartas se hacen tristes: la amiga ha sido herida por el amor, ó en los sentimientos de la familia, ó en.... Pero jamás se aparta de la memoria. Queda como una luz llena de poesía en nuestra vida: las cartas de las amigas no se quemán como las cartas de las amantes; las nubes pasan y el horizonte azul vuelve á aparecer.

Pero si cada uno de nosotros debiera contar la historia de sus amistades femeniles frustradas...

Pensad un instante y acudirá á vuestra memoria el índice de una novela semiséria que haría ruido: amistades purísimas que ardieron secretamente como larguísima mecha subterránea, por meses y por años, y que despues estallaron de repente, como monton de pólvora, en un amor desesperado de que el amigo y la amiga permanecieron los primeros, maravillados como de un prodigio psicológico; amistades groseras y estúpidas cultivadas como hongos, sobre el tronco de una pasion amorosa, y arrojadas despues con desprecio; amistades poético-dramáticas, de género contrahecho, sostenidas por lo sério durante cierto tiempo y despues truncadas por un brusco acceso de risa; amistades severas y hermosas, que nuestra juventud impaciente destrozó para siempre de un golpe; amistades ambíguas, espirituales y pecaminosas á un tiempo reguladas por ciertos esta-

tutos del otro mundo, contínuamente violados y obedecidos, segun el estado de los nervios; amigas adoradas durante siete días, como mujeres sublimes, y despues olvidadas completamente; y una procesion bufa de maridos mal persuadidos de nuestra psicología, y de amigas de las amigas, ménos persuadidas que los maridos, y de amigos rivales, ménos persuadidos que todos, que hacen la amistad más tempestuosa que el amor...

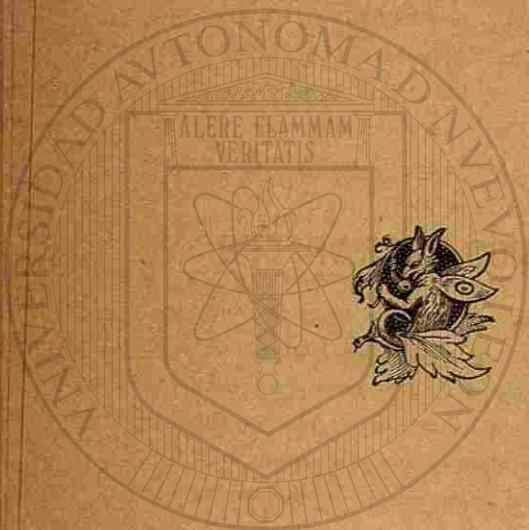
No, una verdadera amistad entre hombre y mujer, en la edad en que es todavía posible que sea creida, no es más que un caso; requiere por ambas partes condiciones de índole, de familia y de vida, poco ménos fáciles de encontrarse unidas, que las que se requieren en dos artistas de ingenio para que puedan trabajar juntos en una sola obra de arte.

Son pocos los hombres que hemos tenido tales amistades.

¡Y afortunados ellos!

Porque esa amistad deja, en quien la ha poseido, una huella imperecedera de delicadeza; de la cual se encuentra todavía alguna cosa hasta en medio del fango de las más viles pasiones y bajo las ruinas de honor.





EL AMIGO EXTRANJERO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL AMIGO EXTRANJERO



A amistad con los extranjeros tiene muchas de las dificultades que presentan las amistades entre compatriotas de diversas provincias.

Precisa es una facultad particular del alma, que no es muy frecuente, para sentir vivamente esta amistad.

Un amigo mío—el más querido de mis amigos del otro lado de los Alpes—la definía elocuentemente con su hablar ardiente y precipitado: el sentimiento poético de las cosas extranjeras, una simpatía vaga y viva hacia todo lo que está lejos y es distinto de nosotros, una espontánea benevolencia, mezcla de curiosidad, de respeto y de no sé qué admiración inconsciente hacia aquellos que han nacido bajo otro cielo y que hablan otra lengua: una tendencia á ver

detrás de cada extranjero, como en vasto cuadro disolvente, lugares, personajes, imágenes de sucesos antiguos y recientes, mil cosas reales ó fantásticas de su país y á confundir los sentimientos que estos nos inspiran con los que nos inspira su persona, como si fuese la imagen viviente de su propia patria... ¿Qué se yó? añadía en el afecto que tengo por un amigo de Copenhague entra la imagen de Hamlet y la forma extraña del archipiélago de Dinamarca; yo digo: un sueco amigo mío, con cierta complacencia de amor propio,—como diría mi amigo Andersen:—y entre dos amigos igualmente simpáticos, es mi predilecto aquel por cuyas venas corre sangre de otra raza.



Es la diversidad del idioma—decía también—lo que me liga al amigo extranjero.

Y yo le decía á él la misma cosa.

—Hablándote en tu lengua la aprendo de tí; para mí posees un tesoro que no hallo en ningún otro amigo de mi país; tienes sobre mí una superioridad que no es mérito tuyo, pero que tiene mi espíritu en un estado de sujeción que te engrandece á mis ojos: el esfuerzo de atención que haces para adivinar mi pensamiento á través de la imperfecta frase, y la palabra con que me ayudas á completar la expresión de mi sentimiento, me hacen el efecto de un acto delicadísimo de nobleza, por el cual debo estarte agradecido; y me parece como que viene de tí la satisfacción de amor propio que experimento las veces en que logro decir con claridad lo que quiero decir. Nuestra amistad gana algo de esta manera todos los días, porque en cada uno de ellos quito un sutilísimo hilo al ligero velo que estiende entre tu mente y la mía.

La misma exaltación que me produce el no poder expresar mis sentimientos por entero, los vigoriza; hablando contigo trabajo más intensamente con el pensamiento que hablando con otro; tu amistad me hace combatir, cansarme y gozar la satisfacción de vencer: por eso me es doblemente amable.

No eres para mí un amigo tan solo; eres un maestro—eres la palabra de un pueblo—y tu amistad, es como un espejo que refleja un mundo.

*
* *

Durante muchas horas, paseando por las alamedas de un jardín grandísimo, oscuro todo por la niebla, él me ha hablado en mi lengua, pensosamente, sin alterar casi la pronunciación del idioma patrio; y aquel italiano duro é ingénuo, mezcla á la vez de violencias de reglas gramaticales y reminiscencias de los clásicos, aquellos períodos fatigosos de las cuales las junturas crujían y las frases finales caían fuera como fragmentos,—me hacían un efecto gratísimo—allí abajo á aquella gran distancia de mi país.

Ha dicho bien otro amigo mío extranjero: el estudio de un idioma es casi un rejuvenecer de la inteligencia y del ánimo, una segunda educación la cual nos hace sentir otra vez las contrariedades y los placeres de nuestros años primeros.

A través de aquel lenguaje manco é impropio no comprendía claramente siempre su pensamiento, pero la falta absoluta que había en su discurso de todo artificio de orador y artista, me dejaba apreciar

mejor el fondo de su hermosa y afectuosa naturaleza.

Ninguna palabra gallarda hubiera acertado á ser más grata que la mirada incierta que me dirigía á cada solecismo que salía de su boca.

Variando de idioma parecía tener veinte años menos: yo envejecía, y él resultaba con la timidez del muchacho.

Era un nuevo amigo el que tenía á mi lado en aquel momento; un nuevo amigo con el cual me parecía que estaba en el deber de portarme con más nobleza que con el viejo, como si al balbucear mi idioma, él fuese huesped mio y pupilo de mi patria: el gesto de desanimacion profunda que hacía cuando se le escapaba el sentido de mi discurso demasiado rápido y cuajado artificiosamente de palabras poco usadas, despertaba en mí un sentimiento de viva ternura hacia él, una necesidad de hacerle hablar otra vez en su lengua, para que se alzase sobre mí y se desquitase de la breve sujecion en que le había tenido.

Y volvía á hablar en su idioma, pero descontento, moviendo la cabeza con incredulidad y tristeza su respuesta á los cumplimientos que le dirigía por el modo con que había hablado mi patrio idioma.

*
*
*

El amaba á nuestro país apasionadamente por simpatía natural y por efecto de su educacion. Había estado en él más veces, y su bondad jovial, fielmente reflejada en su ancho rostro de hombre honrado le había hecho encontrar agrado y cortesía en todas partes.

Al escuchar solamente el nombre de nuestras grandes ciudades, parecía recibir en su frente un soplo del aura primaveral: veía, oía, soñaba en un solo instante mil cosas, y pedía noticias de objetos y lugares con la sonrisa y el tono de voz con que se piden noticias de una antigua amante.

Yo comprendía demasiado que era deudor á mi país de una gran parte del afecto que me demostraba, por lo que me sentía herido en mi orgullo alguna vez: me parecía no hacer más que el oficio de un representante, con él, y que de cada palabra afectuosa suya debiera guardar para mí una sola sílaba y enviar las demás á Santa Croce.

Pero amaba á la jóven Italia; á la legion de artistas vivientes, á los batallones de verdes penachos, á nuestro pueblo, á nuestros niños, á nuestras esperanzas y tenía este amor, no solo en la cabeza, sino en la sangre también.

Todo lo que podía hallar de grato para mi amor de patria en las reminiscencias de sus estudios ó en los juicios de sus compatriotas me lo repetía en mil formas con una gran naturalidad,—que era un arte profundo y noble—casi el descuido—y con más delicadeza de palabras cuando se imaginaba que dirigía miradas de aburrimiento y cansancio á la multitud que hormigucaba alrededor.

Y cuando le agradecía con mil palabras aquel cariñoso afecto de hermano con el cual me hacía sentir continuamente el calor de mi lejana patria, me miraba con expresion de estupor—de fingido estupor, porque bien veía el por qué de mi gratitud—con una mirada tan curiosa de sus fijos ojos y en su boca abierta una expresion ingénua de—No comprendo—tan risueña y tan amable, que me veía obligado á darle las gracias riendo también de aquella ficcion.

*
*
*

Y sin embargo, aun en medio de aquellas demostraciones de sincerísimas benevolencia, algunas veces se presentaba en mi alma un sentimiento que le hubiese afligido si lo hubiera adivinado.

Es inútil: en el extranjero y más aún en el extranjero vecino vemos siempre la vaga imágen del invasor.

Hallamos el fantasma del "bárbaro" hasta en el amigo.

De improviso, pasando por una grande y populosa calle un soldado que encontraba cara á cara era el resorte para mover mi fantasía: veía á mi amigo mezclarse entre la multitud, ésta formarse en columna, los carruajes convertirse en carros de artillería, la calle en un valle sombrío y toda aquella mugiente multitud penetrar en Italia por aquel valle...

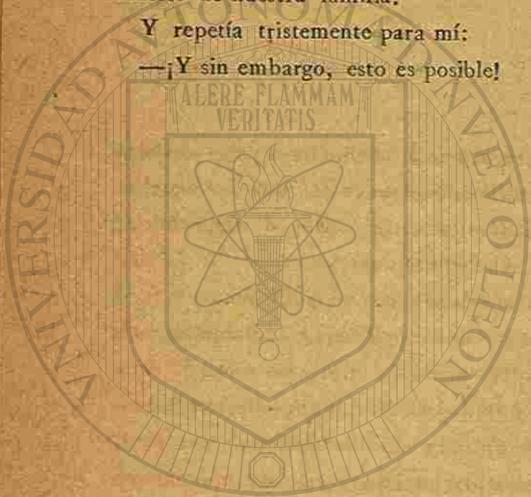
Es una vision momentánea; pero tan distinta, que despues de pasada, aun creía ver por un ins-

BIBLIOTECA
"ALFONSO PETERS"
Apto. 1023 MONTREY, MEXICO

tante sobre el rostro de mi amigo la máscara de un enemigo—un semblante frío y siniestro—tan doloroso de ver como el trastornado rostro de un muerto de nuestra familia.

Y repetía tristemente para mí:

—¡Y sin embargo, esto es posible!



*
**

Pero bastaba una sola palabra suya para ahuyentar todos aquellos pensamientos, una de aquellas palabras italianas que pronunciaba á despecho de todos los músculos de su cara.

Charlando, charlando, nos maravillábamos muy á menudo los dos de ver la ciudad iluminada: la noche nos había cogido de improviso sobre la cima del Vesubio ó de la isla de Lipari,—bajo un sol radiante—contemplando un hermosísimo mar azul, que le hacía hablar agitado, con un movimiento rápido y continuo de la mano, como el de un pintor loco que arrojase con furiosa alegría puñados de color sobre una tela.

Entónces me acompañaba á casa, hasta arriba á un pequeño gabinete bajo y oscuro que daba á una solitaria calle.

El experimentaba una extraña impresion entre aquellas curto paredes. La habitacion parecia verdaderamente la cueva de un conspirador.

Pero su fantasía viva de artista, y su amor poético hacía la revolución de Italia, le hacía ver cien fantasmas á la incierta luz del hogar, en medio de aquellos viejos muebles de alquiler: Mazzini en la cama, adormecido; Jacobo Ruffini á la cabecera, Montanelli á la mesa, Mayer á la ventana; carta de Cavaignac sobre la cómoda; pistolas sobre las sillas; y estaba sentado durante largo tiempo con los brazos cruzados, mirando á su alrededor con curiosidad, ó fijando los ojos entornados en una pared, absorto en una imaginación confusa de conjuras, barricadas y patíbulos, de la cual volvía poco á poco algo conmovido, para decirme que habíamos reconquistado la patria y en ello mostrado al mundo que teníamos un temple como de bronce, hermosas y terribles almas de menospreciadores de la vida.

*
*
*

Había hecho él muchas observaciones sobre los escollos que presentan las amistades con los extranjeros.

Era un agradable asunto de conversacion, entre nosotros, que nos teníamos por limpios de todos los defectos que crean asperezas.

A algunos tipos los habíamos conocido los dos.

Uno, por ejemplo, es el amigo lleno de nobleza y simpático, con el cual no hay medio de entenderse, que sabe únicamente treinta palabras de nuestra lengua, con las que se ingénia para decirlo todo, en conversaciones interrumpidas por largos intervalos de silencio, obligado á menudo á elaborar una frase incomprensible: un buen amigo que nos podría decir mil cosas y se ve obligado á hacerlas comprender con las manos y los ojos, y rabia y se atormenta, hasta que callamos los dos, desesperados, cobrando nuevas fuerzas para comenzar de nuevo á sudar y combatir.

Por lo demás, es un amigo que deja mejor recuerdo de sí que aquel que lo dice todo, porque siempre imaginamos más bello lo que quería decirnos, que aquello que es verdaderamente lo que diría.

Otro es el amigo filólogo, que se halla entre nosotros para estudiar la lengua; el cual no os considera como un hombre, sino como un vocabulario viviente, el cual os hojea de la mañana á la noche sin cuidarse de lo demás, tomando apuntes, dirigiéndoos preguntas, queriendo á toda costa que vuestro lenguaje responda á ciertas teorías suyas preconcebidas, conjugándoos verbos al oído en el palco del teatro: una hermosa cabeza de amigo, que os escribe desde su país para ejercicio del estilo, y deja enfriar su amistad cuando es dueño de la gramática.

Otro es el amigo censor, paternalmente solícito del porvenir de vuestra nación, el cual comienza cada discurso con una advertencia útil:

—Una virtud que falta á vuestro país....

—La sola cosa en que os sobrepujamos....

—El defecto principal de que deberíais corregiros....

—Un vituperio que no podéis negar que es muy merecido....—

Y así en aumento mientras que tengais paciencia.

Y tambien un tipo ameno es el amigo que despues

de haber pasado un año entre vosotros, entusiasmado con vuestra patria, y festejado por todos, vuelve á su casa, é imprime un opúsculo, en el cual os trata á todos de bribones é ignorantes....

Pero el más bufo en su impertinencia es aun el que él me decía: un amigo que adora á vuestro país por las amorosas dulzuras que en él ha encontrado, y os la refiere ingénuamente, dándoos golpecitos en la espalda en señal de gratitud....

Era una gran satisfacción para nosotros el filosofar sobre nuestros defectos nacionales, tratando con palabras amigables y tranquilas asuntos, sobre los cuales tantas gentes no pueden cambiar cuatro sílabas sin perder el juicio; y buscar juntos los lejanos orígenes de nuestras diferencias, ayudándonos mutuamente como hubiéramos hecho para comparar dos traducciones distintas de un mismo libro.

Mientras él discurría á través de la historia de los siglos, yo fantaseaba á veces, observando los rasgos severos, casi diré antiguos, de su rostro, de qué cadena extraña podía ser él el último eslabon, y remontándome á los tiempos que he indicado, me lo imaginaba confusamente como un melenado mayordomo de la córte merovingia, como un rudo caballero normando del reinado de Cárlos el Simple, como un desgrefiado y pálido mercader perseguido por las calles de Palermo al toque de las vísperas, y como un barbudo secretario de Cárlos VIII, y un

gran oficial cubierto de plumas envuelto en el humo de la artillería de Marignano, y un viejo gentil-hombre hugonote tendido en medio de la calle, con la gorguera ensangrentada en la noche de San Bartolomé; y volviendo hácia mí las mismas imaginaciones, me preguntaba si nuestras dos cadenas no podían haberse unido en el pasado, y si nuestra amistad era el primero y comun eslabon, ó si algun otro las había unido en el trascurso de los siglos; y al pensar lo que era nuestro casual encuentro, nuestro afecto de un instante en la inmensidad del tiempo y vicisitudes del mundo, brotaban en mí sensaciones poéticas que no sabía explicarme, y apretaba el brazo de mi amigo, repitiéndome su nombre con una especie de maravilla.

Algunas veces hablábamos de la posibilidad de una guerra entre nuestros mútuos países.

Esta conversacion le enojaba.

Pero cuando le preguntaba si en caso tai, romperíamos nuestra amistad, se tranquilizaba y sin sonreír decía resueltamente:

—¿Por qué entonces? Es imposible. La libertad del corazon es el más sagrado de los derechos humanos. Para mí tú siempre estarás separado de tu patria. Podrás hasta pelear con nosotros en el corazon de mi país, y me parecerá que aquel soldado no es tu verdadero *yo* para mí, —sino un italiano cualquiera, uno de los trescientos mil fusiles de tu ejército— y que el verdadero *tu*, mi amigo, continuaba viéndole aqui con el pensamiento, por estas calles como ahora te veo, ó allá abajo en tu ciudad, en aquella habitacioncita tranquila, donde te ví la primera vez y donde me escribistes tantas cartas llenas de afecto. Seríamos brutos y no hombres civilizados, si no su-

piéramos conservar nuestra amistad con los extranjeros por encima de la pasiones que empujan á los pueblos el uno contra el otro. Hágase lo que se haga, el más grande ideal de los hombres, irresistiblemente adorado, en secreto, hasta por el que le rechaza y le burla, es el ideal de una humanidad sin patria. El día en que me persuadiera á que la pasion patriótica podía herir una amistad como la nuestra, sería de inmenso desconsuelo para mí, porque entonces debería reconocer que el ideal es una esperanza de locos y que los pueblos están destinados á odiarse y destrozarse hasta la consumacion de los siglos. Pero estoy bien seguro de mi corazon.

Y hasta en la noche que le dije adios á la ventanilla del tren, en aquellos momentos en que dos personas que deben separarse se sienten ya tan lejanas me repitió aquellas palabras estrechándome la mano.

—No, querido amigo, es imposible. En nuestra amistad, somos ciudadanos de un mundo ideal, al que no llegan gritos de muerte ni cañonazos. Aunque corriese entre nosotros un torrente de sangre, desde una ribera á la otra, aun nos enviaríamos un saludo triste y afectuoso al par. Lleva un buen presagio de mi parte á tu país.

¡Qué hermoso período se sucedió entonces para nuestra amistad!

Vueltos á la patria, se vive aun por algun tiempo en país extranjero, el pensamiento vuela con rapidez hácia aquellos amigos, embellecidos repentinamente por la distancia, y el recuerdo es tan vivo todavía, que los ojos parecen verlos.

Durante muchos días se experimenta la necesidad de saber á menudo de aquellas gentes y de fingiros con las cartas la ilusion de que aun estamos allí.

—Y bien, ¿qué haces desde mi marcha? ¿Cómo empleas las horas que me dedicabas? ¿Has visto á este, has visto al otro, has vuelto á tal ó cual parte, continúas pasando todas las mañanas por aquella calle, te acuerdas de esto, de aquello, en qué piensas, qué te ha sucedido, cuándo nos veremos?

Y sus constantes cartas, llenas de vida, respondían á cien preguntas, referían la crónica de su viaje, describían el encuentro con un comun amigo, me

transportaba al rincón de aquel cuartito donde habíamos pasado juntos tantas horas, ponían delante de mis ojos aspectos de calles larguísimas, me hacían oír el alegre tumulto de la enorme ciudad; eran la continuacion de conversaciones que no habíamos tenido tiempo de acabar, expresiones de sentimientos que no hubiéramos osado decir de palabra, páginas escritas con el corazón, llenas de nobleza y discrecion, en los cuales sonaba su voz y se veía su rostro; palabras tan juvenilmente afectuosas, tan hermosas, tan caras al corazón del amigo y del italiano, que me hacían tomar con viveza la pluma, y escribir afanosamente, conmovido el corazón, pronunciando en voz baja y acentuando con movimientos de cabeza las palabras que escribía:

—¡Querido y bueno E***!

—¡Cuán léjos estábamos de sospechar entonces que pocos días despues se vería puesta á peligrosísima prueba nuestra amistad!

Los pueblos vecinos tienen, de vez en cuando, ímpetus de ódio y soberbia que, no pudiendo en la guerra, se destogan en un huracán de amenazas é injurias, los cuales álzanse furiosos, decrecen y se tranquilizan poco á poco dejando detrás de sí un gran silencio.

Son como conmociones parciales é instantáneas producidas por una racha de viento en el mar inmenso de la sangre humana.

Mil rencores antiguos se despiertan entónces, los ánimos más apagados se encienden al soplo abrasador de los vientos; una injuriosa multitud surge aquí y allá, con las bocas desencajadas y los brazos extendidos, ahullando palabras que manifiestan el deseo del estrago; los amigos de ambos países huyen ó se separan: todos los sentimientos de artística simpatía, todas las correspondencias intelectuales que unen á los dos pueblos, se turban ó suspenden; las

muchedumbres, olfatean el olor de la pólvora, los dos ejércitos tiemblan, el mundo mira y espera...

¿Y la amistad, mientras tanto?

¡Ah! ¡Pobres propósitos!

Al principio, sin embargo, manifestamos no apreciar nada de lo que ocurre.

¿No habíamos dicho que en nuestra amistad éramos ciudadanos de un mundo ideal al cual no llega el eco de los gritos de guerra?

En medio de aquel creciente tumulto, continuábamos hablándonos con el afecto antiguo, ocultando nuestra inquietud y amargura.

Pero, ¡qué sé yo!

Las cartas no eran ya como las primeras.

Un no expresado pensamiento bullía entre renglón y renglón, como una sombra.

Ciertos períodos no terminaban ya de natural manera.

Algo indefinible hubiese hecho comprender á un extraño, que en nuestro lenguaje entraba por algo un poco de propósito.

Ninguno de los dos dudaba en el fondo, de los sentimientos de su amigo hacía él; pero aquel silencio guardado por los dos sobre un asunto, en el cual, tanto el uno como el otro, debíamos reflexionar continuamente, era un comienzo de desconfianza y frialdad entre nosotros.

No éramos amigos verdaderos, si no nos decíamos todo; no estábamos bien seguros de nuestra amistad, si parecía peligroso discutir sobre un hecho que, sin embargo, habíamos considerado tantas veces como posible, razonando sobre él tranquilamente.

Se adivinaba que nos atormentaba al uno y al otro un cierto temor: el de que el propio silencio fuese interpretado por el amigo como un reconocimiento de las injurias del propio país y una resignada aceptación de los ultrajes del otro....

Era una intolerable interpretación....

Era preciso explicarse.... la dignidad lo quería.... la amistad lo mandaba.

Dos cartas se cruzaron finalmente, en las cuales el torrente comprimido saltaba estrepitosamente en palabras llenas de amargura, mixtas de solicitud y afecto.

En suma, ¿qué es lo que sucede? ¿A dónde vamos? ¿Qué tienes? ¿Qué obcecación es esta? ¿Qué maldito frenesí nos arrastra?

Nadie razona ya. Vamos á ver, razonemos al ménos nosotros dos. Procuremos entendernos y darnos una recíproca satisfacción, si es posible, hablándonos con el corazón en la mano, como siempre nos hemos hablado. Tenemos acusaciones y reproches que dirigirnos, ¿no es verdad?

Pues bien; acusémonos y defendámonos en el estilo franco de dos buenos amigos, no persiguiendo más que la justicia y la verdad.

Y entónces comenzó entre nosotros una larguísima discusión sobre las causas remotas é inmediatas de los sucesos del día, sobre las pasiones que nacieron de ellas y la forma en que se habían expresado y se expresaban en los dos países; y la discusión fué desde el principio tranquila, ordenada, llena de benevolencia...

¡Pero así y todo no era posible entenderse, santísimo cielo! La culpa era de los dos y de ninguno.

En todo extranjero, con respecto al país vecino, hay una tal cantidad de antiguas y falsas ideas, que el tiempo ha convertido en axiomas, una urdimbre tan tupida de supuestos juicios, tomados de inconstantes libros, y de apasionados periódicos, un cúmulo tal de ignorancias pequeñas, que producen en todos groseros errores, que causa asombro el verlos surgir uno por uno, encadenados entre sí, en aquellas discusiones profundamente sinceras, en las cuales nada se calla ni por cortesía.

Y después el orgullo nacional excitado, todo vá haciéndolo más difícil. Toda razón adoptada por el uno, aunque con la mejor buena fé y la mayor claridad, se desnaturalizaba en la mente del otro, y era entendida al revés ó embrollada. El amor de la patria daba un falso calor á cada argumento.

Teníamos como una inmensa batahola en los oídos, que nos impedía entendernos bien.

Cada uno decía del otro impacientándose.

—¿Pero cómo no comprende, no vé, no oye, no reconoce esto ó lo otro? ¿Cómo no le exaltan ciertas injusticias? ¿Es obstinación ó insensatez ó perturbación de su inteligencia? ¿Qué cree, en fin? ¿Hasta dónde pretende que llegue la condescendencia de la amistad?

Pero el sentimiento de la amistad era todavía tan fuerte, que las cartas seguían siendo amistosas, aunque ya se notase aquel cierto temblor en el estilo, que hace oír al que lee, el afanoso alentar y violenta pulsación del que escribe.

*
* *
*

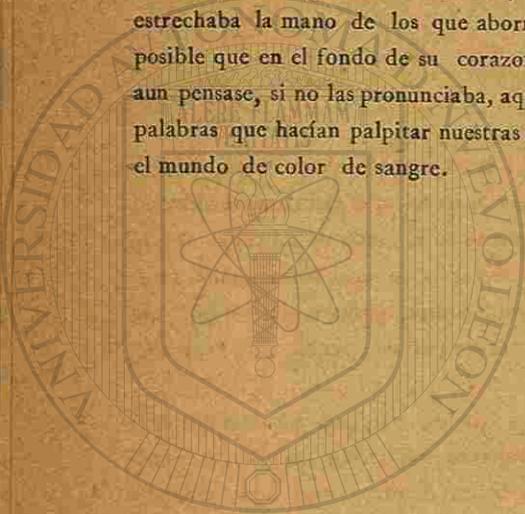
Eramos amigos aún... ¡Oh! aquellos malditos retazos de insolentes papeles arrojados como sucios andrajos de país á país, aquellas injurias amontonadas y envenenadas por el ingenio, aquellas absurdas calumnias mil veces repetidas con el bestial ahinco de la embriaguez, aquellas burlas dirigidas á la patria que aparecían como manchas de fango sobre la frente de nuestra madre, ó de nuestros hijos, sobre las lápidas de nuestros muertos y sobre los monumentos de nuestra gloria!..

¿Quién podría hallar entonces la diferencia entre el cargo y la data?

Los insultos que de nosotros partían, no los creíamos sino represalias, las que nos dirigían parecíannos provocaciones.

La ira estalla, ruje el odio, la sangre oscurece los ojos y la mente;—una multitud desconocida no es suficiente á nuestra ira—el ódio tiene necesidad de objetos determinados;—y la primer imágen que de su

país se me aparecía era él;—hasta creía odiarle á él en algunos momentos;—él, despues de todo, vivía entre aquellos que nos insultaban, los estimaba, estrechaba la mano de los que aborrecíamos, él, es posible que en el fondo de su corazon, aprobase y aun pensase, si no las pronunciaba, aquellas horribles palabras que hacían palpar nuestras entrañas y ver el mundo de color de sangre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*
* *

Los recuerdos de su buena amistad eran, no obstante, tan vivos aun en mí, que casi siempre bastaban á reanimar el afecto en el fondo de mi corazon, uno sobre todos; el recuerdo de una hermosísima tarde en que paseábamos juntos, gozando del sol por una alameda de un jardín público, vecino á un gran arco de triunfo.

Allá entre los árboles, vimos un pequeño grupo de niñas y niños italianos, modelillos de pintor, vestidos á la usanza de los Abruzos, con aquellos lindos colores, un grupito admirable por su belleza y elegancia.

Mi amigo lanzó una exclamacion de alegría y se acercó á ellos; le rodearon, tendiendo sus morenas manos, y sonriendo con aquellos grandes ojos dulces y negrísimos, con una gracia que encantaba y una familiaridad alegre y afectuosa, cual si fuesen pequeños que pidiesen confites á su padre.

Mi amigo preguntó su nombre á todos y dónde

habían nacido y cuántos años tenían, y le respondían todos á la vez semejando al piar de un nido de pájaros.

Eran muchachos de mi país, estaban en tierra extranjera, eran amables y hermosos, me recordaban millares de otros pobrecitos niños italianos maltratados por su familia, explotados, abandonados y envilecidos; me enternecían; hubiéralos llenado de oro y de besos; no los interrogaba porque no era dueño de la emoción que embargaba mi voz.

Sin embargo, más viva y más dulce era aun la emoción que experimentaba al contemplar á mi amigo.

Palpitaba de alegría mi corazón al ver cuán feliz era en medio de mis pequeños conciudadanos y por hacerse comprender de ellos, ¡qué cariñosamente acariciaba sus larguísimas cabelleras, con qué curiosidad recogía sus palabras, con qué acento de singular inclinación repetía los nombres de sus aldeas y cómo dejaba ver en sus ojos la conciencia y el contento de hacer una cosa indeciblemente grata para mí al acariciar á aquellas criaturas!

Yo lo conocía; sabía que recordaba y amaba mil cosas de mi patria posando sus manos sobre aquellas cabezitas y palpando aquellos multicolores vestidos; comprendía que cruzaban rápidamente por su alma,

Rafael y Rossini, y los prisioneros de Spielberg, y las canciones de Leopardí, y las rojas camisas de Volturno y que era mi hermano por la sangre en aquel momento, y le decía desde mi corazón: —Te lo agradezco: tu amistad no podría darme ya una satisfacción más grande que esta!

Pero estos pensamientos hufan de improviso ante otros mil suscitados diariamente por recientes sucesos, por un nuevo y clamoroso insulto que nos hería en el corazón por nuevos y odiosos particulares de un acto de omnipotencia que llegaba con las últimas noticias.

Siempre resultaba que me era difícil conservar ánimo constante hacia él, puesto que su país se iba tras formando á mis ojos.

Esto sucede siempre que el amor de patria nos hace enemigos de un pueblo á quien antes habíamos querido.

Desde entonces, y poco á poco, todo lo que el pertenece se hace desagradable.

Hasta de los escritores y hombres famosos que más sinceramente admiramos, no solo de los vivos sino de los muertos también, acuden á nuestra mente hechos ó frases que afean su memoria; un juicio falso, una maligna burla que dejaron escapar sobre nuestro país,

un defecto que tienen comun á su pueblo, una predilección que tuvieron por uno de los que ahora se encarnizan contra nosotros.

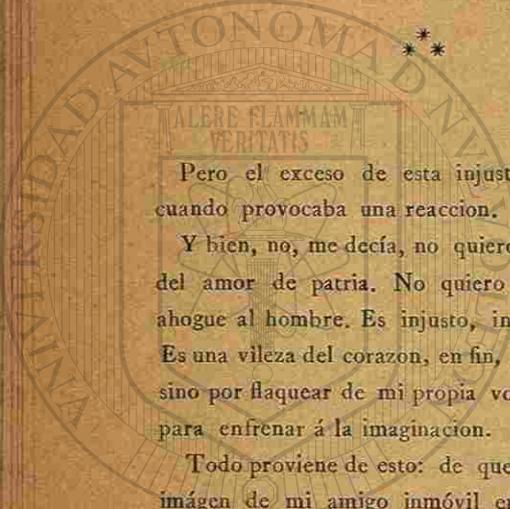
De la historia de su patria, no acuden á la memoria sino los hechos y personajes que fueron funestos á la nuestra.

De todas las gentes de aquel país, que en otro tiempo vimos ó tratamos aparecen solo á nuestra vista aquellos con quienes nos disgustamos ó nos ofendieron.

Y todas estas imágenes se confunden, se agigantan, ocultan las cosas y las personas amadas ó simpáticas envuelven á la nación entera; se convierten en la nación misma, y todo nos hace montar en cólera, hasta las notas de su música, la cadencia de su lengua, el nombre de sus provincias.

Y entonces hasta del amigo queridísimo se recuerdan opiniones, costumbres, gestos, miradas, acentos de los cuales, por la primera vez, se siente una impresión desagradable, como de otras tantas manifestaciones indeterminadas de una naturaleza que repugna á la nuestra, y que nos hacen decir:

—¡Oh! ¡También él es hijo de su país!



 * * *

Pero el exceso de esta injusticia de cuando en cuando provocaba una reacción.

Y bien, no, me decía, no quiero sufrir la tiranía del amor de patria. No quiero que el ciudadano ahogue al hombre. Es injusto, innoble y bárbaro. Es una vileza del corazón, en fin, y yo no la cometo sino por flaquear de mi propia voluntad, impotente para enfrenar á la imaginación.

Todo proviene de esto: de que no logro tener la imagen de mi amigo inmóvil en un rincón de la mente, fuera de la turba de mis pensamientos que son hostiles á su patria.

En suma, ¿qué quejas tiene de mí? ¿Qué es lo que ha hecho á mi patria? ¿Puedo pretender, por ventura, que no adore ciegamente á la suya? ¿Puedo negar que es un hombre de corazón, honrado, sensato, generoso? ¿Para qué sirve la cultura, la educación, el amor á la humanidad, si no sirve para establecer una diferencia esencial entre el patriotis-

mo del hombre de estudio, y el de los alborotadores de la plaza?

El aborrecimiento que me hace odioso el amigo es una centella de aquel furor bestial que impulsa en otras ocasiones á los ejércitos á degollar los inermes habitantes de la ciudad enemiga.

Yo veo al "bárbaro" hasta en el amigo. Pero el "bárbaro" que hay en mí, es el que ve el "bárbaro" en él.

—No, mi buen amigo—le escribía entonces;—no he cambiado; he sido injusto contigo en el fondo de mi alma; pero han sido injusticias del momento; vacilaciones instantáneas de la razón,—caigo algunas veces en ellas y ya no te veo;—pero cuando me rehago, te abrazo.

Y él me respondía con fraternales palabras, que me hacían interrumpir la lectura, para dirigirle un impetuoso saludo, agitando su carta hácia las azuladas montañas como una bandera de paz.

Pero la lucha de las injurias se iba exasperando aquí y allá, y el horizonte se ennegrecía.

Eran de aquellos días en los cuales la gente se detiene en la calle para mirar el regimiento que pasa, con mirada grave, meditando, como el viajero mira á su escolta armada, en el instante de penetrar en la selva. Todo enlace de ideas terminaba con la idea de la guerra.

Cien veces al día me encontraba dentro de este pensamiento sin recordar su principio.

Imaginaba que la guerra había estallado,—la ciudad trastornada,—la gente enloquecida y ansiosa por las calles—la llegada de los primeros cientos de heridos—las primeras noticias de los amigos muertos—los hospitales y las iglesias atestadas de mutilados y heridos—una negra muchedumbre de viudas y huérfanos—millones de campesinos trastornados, huyendo como rebaños aterrados por los campos convertidos en cementerios,—mil desolados aspectos de

una nación que pierde la vida por todas sus venas. ¡Ahl ¡Maldicion! No era amigo entónces.

Hasta él se veía confundido con las hordas malditas que ensangrentaban mi patria; nada me importaba que no aborreciese á los muertos, puesto que amaba á los matadores. Era su hermano—deseaba su triunfo,—festejaba nuestro exterminio,—hasta llegaba á desearle un balazo en la cabeza.

Después otra idea me reconciliaba con él.
Me figuraba estar en su casa, á la ventana de su cuarto de estudio, como otras veces, para mirar la gente que apresuradamente pasaba por la calle.

¡Cuántos no sólo no hubieran concebido nuestras pasiones, sino que ni se cuidaban de lo que con efecto ocurría entre los dos países!

No era preciso preguntarles, se reconocían por el aspecto á dolientes viejos, obreros desfallecidos por el cansancio, hermosos y alegres muchachos, madres de familia de severo rostro, negociantes afanados que hacían cuentas con los dedos, jóvenes disolutos de semblante embrutecido, muchachos, pobres...

Ni una de aquellas personas nos odiaba, sin duda, porque ni una pensaba en nosotros ni en cosa alguna del mundo fuera de las propias.

Y cruzando con la imaginación de calle en calle y de casa en casa, hallaba centenares, millares de

tales personas, millones de indiferentes por ignorancia, por índole, por enfermedad, por miseria, y después, fuera de su recinto, andando andando de aldea en aldea, de ciudad en ciudad, hasta las costas y las fronteras, por el vasto territorio, otras innumerables gentes, para las cuales mi país y la China era todo uno, y que hubieran levantado los hombros á una pregunta sobre tal propósito; gruesos y pacíficos propietarios, jóvenes enamorados, estudiosos aislados del mundo, aldeanos temblorosos á la sola palabra guerra, desventuradas mujeres consagradas únicamente á sus hijos, hombres de corazón afable, incapaces de ningún sentimiento de odio...

Eran miles de miles, en suma, como entre nosotros, como donde quiera, eran las tres cuartas partes del país, eran el país.

¿Pues entonces á qué hablar de odios nacionales? ¿A qué se reduce, en tiempos normales, la parte de la nación que lo siente, que lo agita, que lo expresa?

Y este pensamiento me hacía empuñar de nuevo la pluma para escribir al amigo palabras tranquilas y benévolas, como para retractarme tácitamente de las desdeñosas é injustas que le había dirigido en secreto.

Y provocaba en mis expansiones del corazón que volvían á ligarme á él con toda la fuerza del antiguo afecto.

"Estoy perdiendo una de las ilusiones más queridas de mi vida, amigo mío, le escribía. De día en día me veo obligado á persuadirme de una verdad aterradora: que nos odiais. Véome obligado á reconocer que no puedo amar á tu patria sin hacer traición á la mía. Todo lo que ocurre me parece un sueño, ó mejor, que me despierto de un sueño. Será preciso, por lo tanto, que dé un adiós á mis juveniles entusiasmos, extender un velo sobre mil recuerdos é imágenes y esperanzas que han embellecido mi vida durante treinta años.

Un ardiente rayo de poesía parece que ha desaparecido de mi horizonte. ¡Tu patria! ¡Yo que la he amado tanto! Hubiera dado por ella la sangre de mis venas; su nombre era una palabra sagrada: el eco de un grito de maravilla y de afecto para mí;

los colores de su bandera exaltaban mi corazón y mi fantasía como una música.

Y hoy su antigua y hermosa imagen se me aparece continuamente bajo la imagen nueva, y el primer sentimiento que en mí despierta es el sentimiento del pasado.

Pero después recuerdo...

—¡Vé, saluda en mi nombre, como antes, á tu maldito país que nos aborrece!—¡Yo le adoro!—
¡Le detesto!—¡A tí te quiero mucho!—¡Estoy triste!
—¡No hablemos más de esto! ¡Qué cosas!"



Pero entretanto que alternaban de esta manera entre nosotros sentimientos tan opuestos—confusos, no obstante, algunas veces—los ánimos se tranquilizaban aquí y allí.

Esta efervescencia del sentimiento nacional, aunque sea producto de gravísimas causas, no duran largo tiempo, cuando no sobrevienen nuevos sucesos; las pasiones individuales se elevan bien pronto por encima de los hombres; y la vida del mundo, á la cual asistimos por medio de la prensa, está tan llena de acontecimientos extraños é inesperados, que hasta los hechos más graves se olvidan ó aparecen lejanísimos en el trascurso de pocos meses.

El lenguaje de nuestras cartas se fué endulzando poco á poco, á medida que se endulzaban las impresiones.

Durante algun tiempo algun que otro tizon oculto inadvertidamente atizado, lanzaba aun encendidas chispas; pero muy pronto quedó apagado por completo.

Y entonces al pensar sobre ello no me sabía dar razon de cómo el sentimiento nacional ofendido había podido sofocar repetidas veces una amistad tan amable; me acordaba muy bien de las causas, pero me parecían insensatas y pequeñas, y hubiese confesado á mi amigo, para castigarme, los pensamientos más odiosos que sobre él había ocultado, si no hubiese temido entristecerle.

Pero él forzosamente tenía que dirigirse y se dirigía al mismo tiempo tal vez, algun reproche. Y efectivamente me escribía.

—”Perdóname si en mis cartas hallaste alguna palabra que te haya amargado ú ofendido.

”He pasado trístísimos días.

”En los grandes viajes que con el pensamiento he solido hacer á través del mundo, para visitar á mis amigos extranjeros, entraba en tu ciudad y me acercaba á tu cesa con el corazon oprimido: parecíame que iba á hallarla cerrada y muda, y que ninguno iba á responder á mi voz.

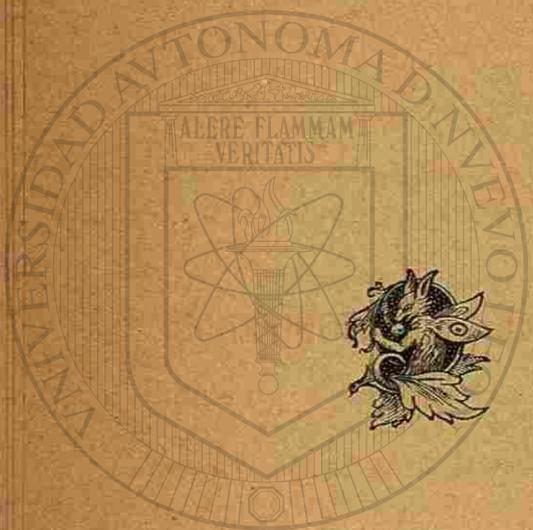
”Pero ahora todo está completamente allanado, los muchachos me sonrien desde la ventana, y tú me esperas en el umbral de tu puerta con el rostro sonriente y la mano estendida...

”Démonos el abrazo de paz, hermano mio.

*
*
*

Si, buen amigo. Tienes razon: este es uno de los grandes placeres que nos causa la amistad con los extranjeros: viajar con la imaginacion por todo el mundo, ir á visitar á nuestros más apartados amigos y sorprenderlos en sus ocupaciones diarias, al uno en el quinto piso de un enorme caseron de una inmensa y nebulosa ciudad del Norte; al otro en una azotea de una blanca casa bajo el azul limpidísimo del cielo de Oriente; á éste en una casita roja bañada por las aguas de un reverberante canal; á aquel en una factoría perdida en medio de una interminable llanura del nuevo continente; y volver á ver ó imaginar aquellas habitaciones, y los horizontes que desde aquellas ventanas se dominan, y observar la gente que pasa, respirar aquel aire, estudiar al amigo en las costumbres de su país, y al país en el carácter del amigo, y sentir simpatía vivísima hácia aquellos sitios, porque nuestros amigos en ellos han nacido y en ellos viven, y querer un poco á aquellos pueblos,

porque en ellos hemos hallado franco afecto, y experimentar secreto regocijo al ver vivir algo de nosotros á tan largas distancias, y reuniendo y confundiendo á la vez á todos estos amigos, y nuestras simpatías por sus patrias, y los afectuosos saludos que nos llegan de aquellas tierras y de aquellos mares que no habíamos visto y que ya no veremos más en nuestra vida, sentir como late dentro de nuestro pecho el corazón del género humano.



LOS AMIGOS DESCONOCIDOS

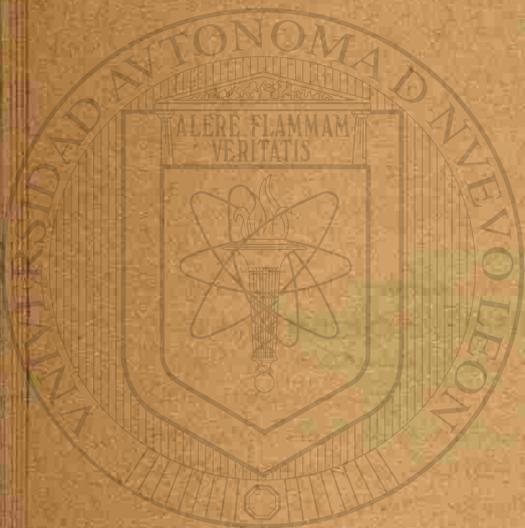
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS AMIGOS DESCONOCIDOS



UN tenemos otros amigos más lejanos y más poéticos que los amigos extranjeros: los amigos desconocidos, creados por nuestra fantasía, que imaginamos que deben existir, que existen en efecto en nuestro país, en otros pueblos, mezclados con la inmensa y desconocida multitud humana, con los cuales estrecharíamos una íntima y amabilísima amistad, si nos conociéramos: naturalezas de gran afinidad con la nuestra que nos atraerían al instante, y á quienes amaríamos con profundo afecto: algunos, sin duda, maravillosamente semejantes á nosotros, y como vaciados en los moldes de nuestra fantasía: otros distintos, pero con semejanza más agradable que la semejanza misma, personas que, de haberlas hallado en nuestro camino, ocuparían ahora gran parte de nuestra existencia...

¿Quién no piensa alguna vez en estos misteriosos amigos que no hemos visto y que no veremos jamás, que no tienen ni cara ni nombre, y que se hallan en todas y en ninguna parte? Cada uno de nuestros más íntimos amigos, no es sino la primera persona de una fila interminable de otros amigos posibles, la cual se alarga y cruza toda la tierra.

Más allá de nuestros amigos reales, vemos confusamente millares de rostros simpáticos y de manos estendidas hacia nosotros y percibimos un inmenso murmullo de agradables voces que creemos reconocer.

¿Quién sabe cuántos hermanos gemelos hallaríamos en el mudo si pudiéramos pasar revista á la humanidad entera, cuántas personas que á la primera ojeada y al escuchar el sonido de nuestra voz, se detendrían llenos de curiosidad, con una exclamación y una sonrisa en sus labios como asaltados por un vago recuerdo y un sentimiento de maravilla, que también nosotros experimentaríamos al verlos! La mente se confunde en estas imaginaciones; y es cosa que entristece en ocasiones, el pensar en el estrecho círculo de gentes en que vivimos, en el corto número de hombres en que hemos podido escoger ó debido aceptar nuestros amigos, y en los tesoros de bondad y nobleza que quedan desconocidos, cerca y lejos, algunos tal vez cercanos, al alcance de nuestra

mano, otros que se hallan cerca un día ó una hora, no sabemos dónde ni cuándo, y que sorprendidos y cogidos, hubieran traído un afecto, una alegría ó una fuerza más á nuestra vida.

A muchos de estos amigos, un pequeñísimo azar los ha alejado de nuestro camino: el haber tardado un minuto en llegar á una casa, el haber subido á un coche en vez de subir á otro, dormir á bordo en vez de pasear por la toldilla.

Hasta hemos visto á algunos: nos hemos encontrado frente á frente, con la maleta en la mano, en la estación del ferro-carril; en medio de la multitud—nos hemos dirigido una mirada y una sonrisa,—y un movimiento de la gente nos ha separado para siempre; pero el uno no ha olvidado la fisonomía del otro, mil veces se han recordado y se recuerdan aún con simpatía, casi con tristeza y con su cordial deseo de volverse á ver. ¡Y quién sabe!

Puede que estos amigos imaginarios tengan más importancia de la que creemos en nuestra existencia.

Tal vez son la causa del sentimiento de benevolencia indeterminada que á veces experimentamos, fantaseando, fijos los ojos en el horizonte como si una lejanísima multitud, casi desvanecida en el azul del cielo, nos saludase; y tal vez vienen también de ellos ciertos sentimientos consoladores, de los cua-

les no sabemos hallar la causa, que de vez en cuando brotan en nuestro corazón en los días de tristeza y desfallecimiento.

Hay momentos, en los cuales, sentimos hasta en el aire, algo bondadoso que nos envía una parte de la humanidad, un murmullo indistinto de nombres de amigos, y como soplos de ignoradas vidas que buscan el aliento de la nuestra.

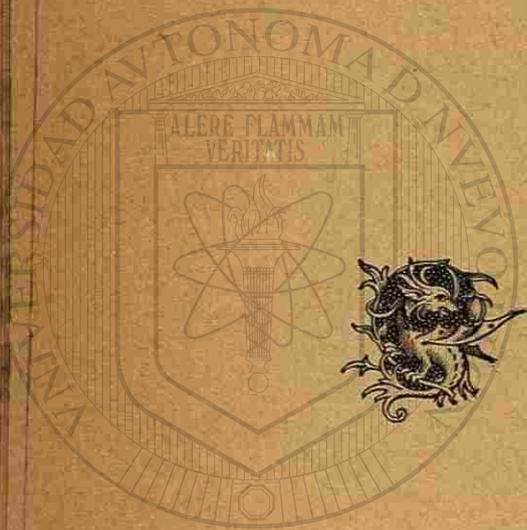
Y entonces se apodera de nosotros un impetuoso deseo, de movernos, de correr tierras y mares, de interrogar millares de rostros, de sondear por dentro millones de corazones, de hacernos amar, de unir á nosotros millares de humanas criaturas, de reuniones en gran familia de amigos, todos los que hemos nacido con el mismo signo en la frente, y que expresamos en cien leguas los mismos deseos y las mismas simpatías, como si fuera los recuerdos comunes de un mundo que otras veces hubiésemos habitado juntos...

Pero ¡ay de mí! la vida está rodeada de infranqueable barrera sobre la cual está escrito:

—No amarás más allá.—Las manos que podemos estrechar son contadas, y son tan escasos como los días felices, los nombres que podemos grabar en el corazón. No nos encontraremos más, pasaremos bajo el sol y bajaremos á la tierra desconocidos los

unos de los otros, como troncos arrebatados al mar por diversos ríos; ¡oh gentil poeta sueco que miras tus blancas montañas desde la ventana revolviendo en tu mente estos mismos pensamientos; querido estudiante ruso que estudias la lengua de mi patria en un miserable desvan de Moscov; buen doctor alemán de San Francisco, bravo teniente de húsares de la Reina que cabalgas fuera de los muros de Cartagena, honrado comerciante italiano que respiras el aire del Océano en las playas de Rio Janeiro; afectuosos amigos y servidores de otras gentes, que hubierais sido también nuestros amigos, y que hubiésemos tratado como á hermanos; ancianos, que nos hubieseis amado como padres, jóvenes, que hubiésemos querido como á hijos;—una muchedumbre inmensa nos separa y nos oculta á los unos de los otros—ignoramos los nombres y nuestra existencia... Y sin embargo creemos que algo son estos saludos con el pensamiento que nos enviamos, sin saber á quién ni á qué parte; no importa que no se encuentren, parécenos que no se pierden; nacen en el corazón del hombre y á los hombres vuelven; son afecto y poesía esparcidos en el aire; alguno los respira y los trasmite.





À MIS AMIGOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A MIS AMIGOS



ABIA de ser muy ingrato si terminase mi libro con un saludo á los amigos imaginarios sin dirigiros otro á vosotros amigos míos reales y verdaderos.

Puedo decir que con vosotros he escrito este libro. Tenía necesidad de estudiaros; os he ido escribiendo á todos desde el primero al último; el más lejano de vosotros, aquel que ménos puede suponer que acudió á mi pensamiento, cien veces ha sido recordado é interrogado.

Todos vuestros nombres están aquí cuidadosamente registrados, clasificados y agrupados de todos modos con sus notas marginales y algunos hasta ilustrados con cuatro rasgos de pluma que cuando ménos representan una cara humana.

No podeis imaginar la cantidad de recuerdos que

de cada uno he mezclado; paseos, aventuras, discusiones, anécdotas, burlas, enojos, juicios, palabras, cosas que la mayor parte de vosotros debeis haber olvidado, pero que á fuerza de pensar, han vuelto á mi mente una á una, claras como impresiones del mes anterior. He recordado á todos, he vuelto á ver los sitios donde nos encontrábamos á la vez y experimentábamos todos los sentimientos que mutuamente hemos expresado mil veces.

Para teneros aquí al principio tenía que correr la Italia en busca vuestra en todas direcciones desde Girgenti á Venecia; despues habeis venido poco á poco por vuestra propia voluntad; cada vez que entraba en mi habitacion allí os encontraba agrupados esperándome.

Por la noche especialmente, al cabo de algunas horas de trabajo, excitada la mente, tenía algunas veces visiones vivísimas, os veía sentados, apoyados en las librerías, junto á la pared, en el dintel de las puertas, detrás de los vidrios del balcon; en cada rincon se me aparecía uno, era una vertiginosa danza de kúpis de oficiales, de gorros de pintores, de togas de abogados, de bonetes de escolares; una confusion, un murmullo, entre estas cuatro paredes, que se me embarullaban las ideas y ya no lograba enlazar dos palabras.

El uno me sugería un agradable sueño de maledicencia, otro un ejemplo de reconciliacion; este me decía: —Refiere tambien la nuestra en aquel día entre las discusiones de los amigos; aquel murmuraba á mi oido: —Cita tambien á la dueña de mi casa entre los varios géneros de amigos.

Y á veces me apostrofábais en todos los dialectos de Italia, todos á una voz, contradiciendo lo que escribía, rechazando el servirme de ejemplo para la descripcion de ciertos defectos y falsedades: —¡No es verdad! —¡Es un defecto tuyo y no mío! —Desfiguras los hechos. —Me has dirigido á mí este alfilerazo. —¿De quién partió la primera ofensa? —Prueba á hacer tu retrato. —¡Ah! esto no lo tolero de veras!

Un tumulto del infierno. Yo me detenía. Brotaban ardentísimas disputas. Algunos me reprochaban antiguas ofensas que había olvidado y de las cuales me era preciso justificarme.

Otros me recordaban niñerías, descripciones que había hecho muchos años atrás y que me avergonzaba como si las hubiera hecho una hora ántes.

Los muertos colocaban su fría mano sobre la mano en que tenía la pluma y me obligaban á borrar una palabra. Algunos apoyaban sus manos en mi cabeza como acariciándome y murmurando palabras de gratitud que llegaban al corazón.

A cada momento interrumpíais mi trabajo.

A veces me fijaba en uno de vosotros, dejaba la pluma, poníame á pensar con los ojos medio cerrados recordando ciertas conversaciones suyas rehaciendo en mi mente su rostro, procurando como escuchar su voz volviendo á vivir con él en lejanos sitios y me olvidaba del libro por mucho tiempo.

Y de vez en cuando prorumpía en carcajadas que alteraban el silencio de mi habitación al recordar ciertas locuras que habíamos hecho juntos; ímpetus de afecto imprevistos que me hacía buscar con impaciencia en el fondo de una caja una amarillenta fotografía ó un paquete de viejas cartas y escribir con afán en un pliego de papel las palabras:—*Queridísimo amigo*—que quedaban sin continuación alguna; ó arrepentimientos amargos de antiguas ofensas, que la imaginación inflamada por el trabajo agrandaban sin medida; arrepentimientos que me tenían absorto un gran rato con el codo sobre la mesa y la cabeza apoyada en la mano, hablando con mi amigo, para conseguir su perdón, diciéndole:—Tienes razón; he sido un animal!—fuerte muchas veces, con voz clara y distinta, que sonaba en mi oído como la voz de otro y me despertaba bruscamente cual de un sueño. Y siempre, mientras escribía, á cada período, á cada línea corría con el pensamiento hácia uno de vosotros.

¿Quién sabe, me decía, si al leer esta página, el amigo tal comprenderá que se refiere al suceso de aquel día y verá en estos renglones una alusión á nuestros enojos de hace diez años.

¿Y quién sabe si aquel otro, con el cual no estoy en relaciones hace tiempo, adivinará que estas palabras me las ha inspirado él, que las escribo para hacerle comprender que reconozco haberle ofendido, y que con toda mi alma deseo su perdón?

¿Y qué el de más allá al encontrarme, no me vea con mayor regocijo que de costumbre, despues de haber leído este período en el cual es evidente que mi afecto y admiración se dirigen á él?

Puedo decir que he reanudado una nueva amistad con todos vosotros, en este espacio de tiempo; he penetrado hasta muy hondo en el corazón de cada uno.

Os he reconocido, al pensar en vosotros buenas cualidades que se me habían escapado, y bonísimas razones que oscurecen los defectos que os he notado; he hecho justicia á muchos, he descubierto deudas de gratitud que me obligo á pagar, he aprendido á hallar en vuestra amistad satisfacciones y consuelos que antes no sabía encontrar, y me he persuadido firmemente de que una parte de la felicidad de mi vida no la puedo recibir sino de vosotros y que no

la debo buscar más que en vosotros haciéndome mejor y queriéndooos mucho.

Y ahora experimento una cierta tristeza al dejaros al cabo de tanto tiempo de trabajar juntos.

Entrando en otro orden de ideas, comprendo que con muchos no conversaré ya sino muy raras veces; algunos quedarán como velados en mi memoria, otros desaparecerán para siempre.

Paréceme que el momento en que escribo la última palabra, todos vuestros fantasmas agrupados á mi alrededor, se dispersarán por todas partes como una multitud de prisioneros puestos en libertad, y que permanecerá solo, desde ese momento en adelante, trabajando en mi abandonada habitación...

Es un hermoso período de vida el que va á acabar en ese instante: hermoso por vosotros y gracias á vosotros.

Os lo agradezco al despediros y os doy un adiós salido de lo más profundo del corazón, antiguos y modernos amigos, viejos y jóvenes,—compañeros de la infancia y de la juventud—amigos de la edad viril—futuros amigos en la vejez—amigos que estais lejos, amigos ofendidos, amigos nuestros, ¡Adiós!

¡Adiós!



ÍNDICE

	Páginas
Las cartas.....	3
Los parientes de los amigos.....	61
En las desgracias.....	85
Entre italianos.....	107
Los lejanos.....	131
Las amigas.....	203
El amigo extranjero.....	243
Los amigos desconocidos.....	293
A mis amigos.....	301

FIN DE LA OBRA

la debo buscar más que en vosotros haciéndome mejor y queriéndooos mucho.

Y ahora experimento una cierta tristeza al dejaros al cabo de tanto tiempo de trabajar juntos.

Entrando en otro orden de ideas, comprendo que con muchos no conversaré ya sino muy raras veces; algunos quedarán como velados en mi memoria, otros desaparecerán para siempre.

Paréceme que el momento en que escribo la última palabra, todos vuestros fantasmas agrupados á mi alrededor, se dispersarán por todas partes como una multitud de prisioneros puestos en libertad, y que permanecerá solo, desde ese momento en adelante, trabajando en mi abandonada habitación...

Es un hermoso período de vida el que va á acabar en ese instante: hermoso por vosotros y gracias á vosotros.

Os lo agradezco al despediros y os doy un adiós salido de lo más profundo del corazón, antiguos y modernos amigos, viejos y jóvenes,—compañeros de la infancia y de la juventud—amigos de la edad viril—futuros amigos en la vejez—amigos que estais lejos, amigos ofendidos, amigos nuestros, ¡Adiós!

¡Adiós!



ÍNDICE

	Páginas
Las cartas.....	3
Los parientes de los amigos.....	61
En las desgracias.....	85
Entre italianos.....	107
Los lejanos.....	131
Las amigas.....	203
El amigo extranjero.....	243
Los amigos desconocidos.....	293
A mis amigos.....	301

FIN DE LA OBRA

